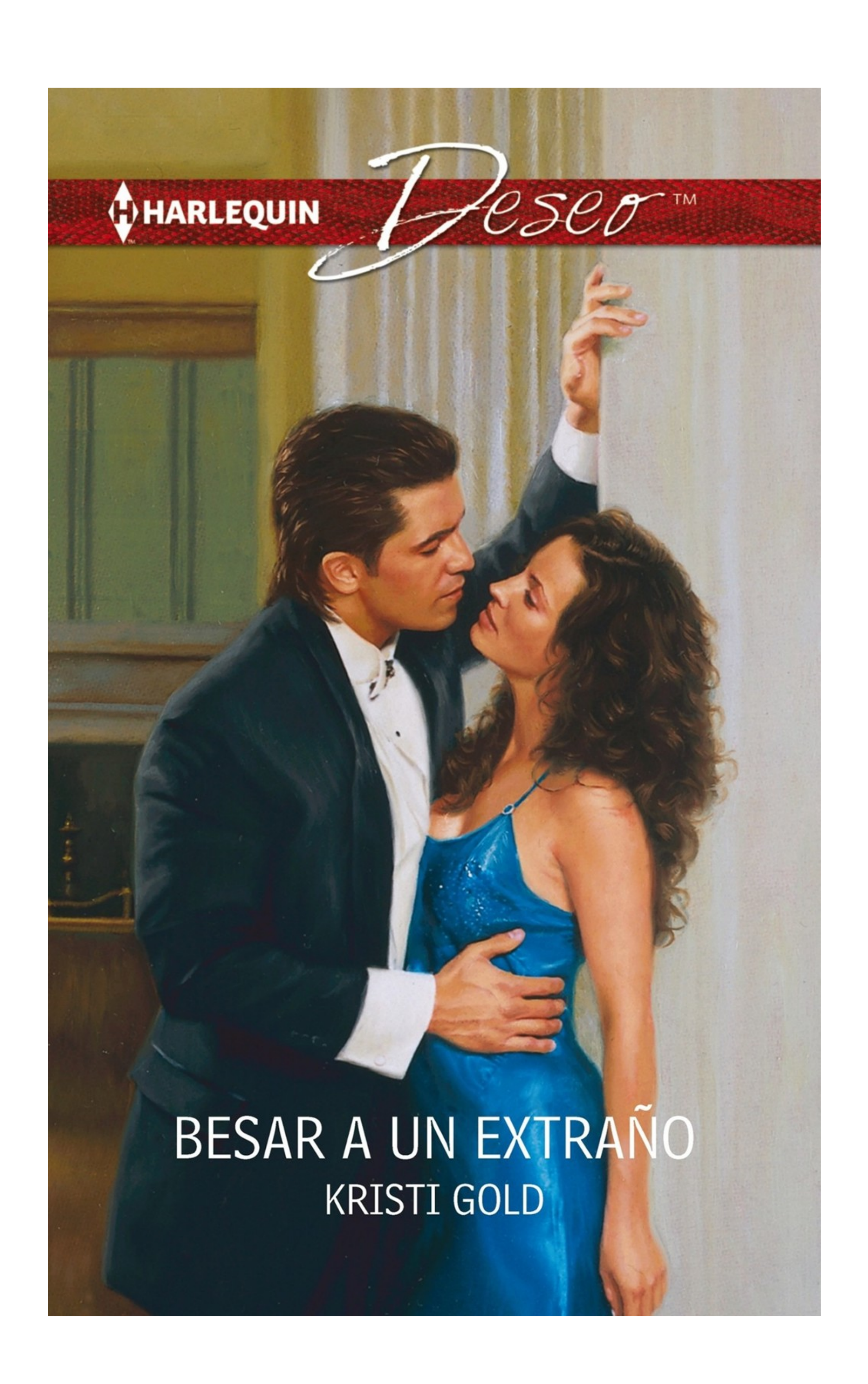

HARLEQUIN
Deseo™
BESAR A UN EXTRAÑO
KRISTI GOLD



BESAR A UN EXTRAÑO

KRISTI GOLD



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Besar a un extraño, n.º 1268 - mayo 2015
Título original: Renegade Millionaire
Publicada originalmente por Silhouette© Books.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-6295-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

A Joanna Blake nunca la habían besado de aquel modo. Pensó que ojalá al menos supiera su nombre.

Un momento antes, él se había acercado a ella al dar la medianoche, una presencia etérea con ojos color ámbar, como poseedores de un talismán. Ella había estado de pie en un rincón de la pista de baile del hotel, con un vestido prestado, y había pasado desapercibida para la mayor parte de la comunidad médica de la Gala de Nochevieja. Y ahora estaba bajo el encantamiento de un extraño que de algún modo le había dado fuerzas para ser valiente y atrevida, desinhibida.

Cuando él se la acercó en un sólido abrazo y le ofreció un beso, el corazón de Joanna se disparó como los fuegos artificiales que daban la bienvenida al Año Nuevo en el exterior. El deslizamiento de la lengua sedosa de aquel hombre, su aroma embriagador, su calor ardiente, apelaron a los instintos más básicos de Joanna.

Él finalizó el beso, pero no le quitó la sensual mirada del rostro. Joanna percibía solo a medias el jolgorio de la sala, los brindis, el tintineo de las copas de champán. En aquel momento era como si fuesen los dos únicos ocupantes en alguna otra dimensión.

–Feliz Año Nuevo –le murmuró él al oído.

A ello le siguió una palabra que ella no entendió en un idioma tan exótico como él. Sonó musical y misterioso, quizá una expresión de cariño, adivinó, o quizá eso esperó. Él la sonrió y ella le devolvió la sonrisa, incapaz de hacer otra cosa.

El encantamiento se rompió de repente cuando la realidad se interpuso entre ellos. Joanna se apartó horrorizada por lo que acababa de hacer. Nunca antes había besado a un perfecto desconocido. De hecho, no había besado a ningún hombre en mucho tiempo. Quizá por ello había permitido que ocurriera, y lo había disfrutado de forma tan entusiasta. Aun así, no le parecía excusa para dejarse llevar como lo había hecho.

–Tengo que irme –mascculló.

–¿Tan pronto? –preguntó él, arqueando una ceja.

–Tengo que irme a casa.

A casa, a un apartamento vacío, con aspecto de abandonado y carente de calor.

Joanna se dio la vuelta y se puso a salvo de la influencia cautivadora del desconocido. No había dado más que unos pocos pasos cuando se detuvo para echar una última mirada. El extraño la observaba con una sonrisa comedida, apoyado contra los ventanales de forma enigmática.

Tenía el pelo negro peinado hacia atrás y la piel perfecta y color caramelo. Su atuendo destacaba entre los esmóquines de los demás, una

chaqueta y pantalón grises y una camisa negra abrochada al cuello por un medallón de platino. El diamante de su oreja parecía brillar en sintonía con las luces de la línea del cielo de San Antonio.

Joanna anduvo a toda prisa hacia la doble puerta para escapar de su magnetismo. Pero en el fondo de su corazón sabía que nunca olvidaría aquella noche, nunca lo olvidaría a él ni su figura contra el cielo de la noche. Nunca olvidaría su beso hipnótico o aquel algo inexplicable que le había ocurrido a ella, que habitualmente era tan cauta.

Abrió la puerta con una mano mientras con la otra buscaba la llave del coche en su pequeño bolso de satén. Con las prisas, se le resbaló el bolso y desparramó todo el contenido, que recogió a toda prisa, y salió corriendo por el pasillo.

Al llegar a la escalera que daba al aparcamiento, sujetó la verja y se detuvo a recuperar el aliento antes de seguir hasta su destartalado coche. Abrió la puerta de este, se metió y volvió a tomar aire. Por suerte, pensó, solo se había tomado una copa de champán, pues de otro modo no habría podido conducir. En aquel momento se sentía más que un poco mareada, pero no era por el alcohol. Era por el beso. Era por él.

Tras dos intentos de meter la llave, por fin logró girarla para encender el motor y no escuchar más que un chirrido. Lo intentó una vez más y de nuevo no oyó más que las quejas de su caprichoso coche. El viejo sedán había escogido aquel preciso instante para rendirse, algo que ella había estado esperando, y temiendo, durante varios meses.

Se golpeó la frente contra el volante y soltó un gruñido de frustración. «¿Por qué ahora? ¿Por qué esta noche?», pensó. No tenía a nadie a quien llamar, nadie a quien buscar para que la llevara a menos que regresara al baile y se arriesgara a enfrentarse a su fantasma besucón. Pensó que quizá no era un panorama tan horrible.

Desde luego no tenía ninguna gana de verlo otra vez, por mucho que le atrajera pensarlo. Ya tenía un hombre en su vida y no necesitaba otro. Joseph, con su sonrisa confiada y su sabiduría a pesar de su corta edad, era todo su mundo, su esperanza. No tenía más que seis años y causaba bastantes menos problemas que cualquier hombre adulto, especialmente su padre, que los había dejado solos en la ciudad mientras él iba en busca de otro esquema de vida que le ofreciera riqueza y diversión. Adam nunca había querido hacerse cargo de las responsabilidades, o de una familia, y Joanna había aprendido demasiado tarde que nunca cambiaría.

En aquel momento deseaba que Joseph estuviera con ella, pero no lo estaba, y pensó que debía sentirse agradecida. El coche destrozado y su igualmente destrozado apartamento le servían para recordar por qué su hijo seguía viviendo con su abuela, a más de ochocientos kilómetros. Aunque estaba convencida de que era lo mejor, mandarlo tan lejos había sido la experiencia más difícil de su vida.

Él era su hombrecito y cada día, desde su separación hacía dos meses, tenía que resistir la necesidad de mandar a buscarlo para poder estar juntos.

Pero no tenía más remedio que descartar la idea; sabía que Joseph necesitaba serenidad y un lugar seguro donde vivir, algo que ella no podía ofrecerle hasta que encontrara una casa mejor y pagara algunos recibos más. Esperaba que pudieran reunirse pronto; pero para ello el destino tenía que dejar de meterse en su camino.

El golpe en la ventana asustó tanto a Joanna que estuvo a punto de gritar, pero se alivió al ver a Cassie O'Connor de pie junto al coche, y no a un atracador. Entonces salió del sedán y se apoyó en la puerta.

Cassie se llevó la mano a su pelo rubio y la miró con los ojos negros llenos de preocupación.

–¿Dónde ibas con tanta prisa?

–Trabajo mañana en el centro –contestó Joanna, que deseaba que el corazón dejara de latirle con tanta fuerza.

–Es horrible, trabajar en Año Nuevo.

–A los niños no les importan las fiestas. Además, tengo que pagar facturas –repuso Joanna, para quien la fecha no tenía gran importancia, puesto que no podía celebrarla con su hijo.

Y ahora que su coche se negaba a arrancar parecía tener una nueva deuda, otra más que añadir a la pila, gracias a la indiferencia de su ex marido.

–Lo siento si te he asustado –dijo Cassie–. Me preocupaba que te hubiera ocurrido algo cuando te he visto salir corriendo.

–La verdad es que me alegro de que vinieras; no me arranca el coche.

–Desde luego no es la mejor manera de empezar el año –contestó su amiga, mirándola con compasión–. ¿Tienes teléfono para llamar a un mecánico?

–No, y no tengo ni idea de a quién llamar –contestó Joanna, que no se podía permitir un teléfono móvil. Apenas podía pagar el «busca» que le obligaban a llevar.

Tampoco sabía cómo iba a pagar la reparación. En circunstancias normales, su salario como enfermera era más que decente, pero no con la cantidad de responsabilidades que le había dejado Adam cuando se fue.

–Le preguntaremos a Brendan –dijo Cassie–. Ha ido por el coche; podemos llevarte a casa.

–Os lo agradezco –contestó Joanna, a quien la idea de que los O'Connor vieran su vecindario no le hacía ninguna gracia–, pero podéis dejarme ya en la clínica. Tengo ropa de repuesto allí.

–¿Estás segura de que no quieres ir a casa?

–Seguro. Así ya estaré en el trabajo por la mañana, ya que parece que no tendré transporte.

–De acuerdo, si estás segura –dijo Cassie, y le ofreció una amplia sonrisa–. ¿Qué te ha parecido el doctor Madrid?

–¿El doctor Madrid?

–Sí, Rio Madrid. El hombre que te estaba besando hace un momento.

A Joanna le ardió la cara de vergüenza. Había tenido la esperanza de que nadie hubiera visto su arriesgado comportamiento.

–Ah, él. Supongo que no me di cuenta de que era médico.

En realidad no sabía ni su nombre.

–De hecho, ayudó al doctor Anderson cuando nacieron nuestros gemelos.

–¿Es tocólogo? –preguntó Joanna, a quien le temblaba la voz.

–Sí, y me sorprende que no lo hayas conocido antes.

Oficialmente no lo había conocido, aunque lo había besado.

–Solo llevo trabajando seis meses en el centro. No conozco a todos los tocólogos.

–Casi es mejor así; no es muy receptivo con los métodos de parto alternativos.

Joanna pensó que era una actitud típica de médico conservador, aunque no le había parecido el típico médico. Pero había aprendido que los hombres podían resultar engañosos.

–Espero no volver a cruzarme en su camino en breve.

–¿En lo personal o en lo profesional? –preguntó Cassie, frunciendo el ceño.

–Las dos cosas.

–Si tú lo dices –dijo su amiga, encogiéndose de frío–. Ahora vámonos de aquí; hace bastante fresco esta noche y tengo que relevar a la canguro.

Joanna no había notado el frío, probablemente porque aún le recorría el calor provocado por el doctor Rio Madrid. Empezó a moverse, pero se dio cuenta de que se había pillado el vestido con la puerta del coche, el vestido que le había prestado Cassie. Pensó en qué otro desastre podría ocurrirle aquella noche.

Abrió la puerta y desenganchó el dobladillo del cierre oxidado del coche, y enseguida vio una mancha de grasa en la seda azul.

–Lo siento, Cassie. Has sido tan amable al prestarme el vestido y ahora probablemente te lo he destrozado.

–No importa –contestó ella, echando una rápida mirada a la tela arruinada–, estoy segura de que quedará bien cuando lo lleve al tinte.

–Lo llevo yo –contestó Joanna, que tenía serias dudas–. Es lo menos que puedo hacer.

–Ya tienes bastante de qué preocuparte. Yo me haré cargo. Créeme, con gemelos de seis meses hay muchísimas cosas que lavar.

Joanna agradeció a los astros haber conocido a Cassie y a su marido, el neonatólogo Brendan O’Connor, nada más empezar el nuevo trabajo. Cassie había visitado la clínica de partos alternativos, a la que había enviado varios pacientes por su trabajo social en el Memorial. En cierto modo, su amistad le había hecho un poco más llevadero tener que enviar lejos a Joseph.

–Supongo que no estoy muy allá esta noche –suspiró Joanna.

–No lo dudo ni un segundo –sonrió Cassie–. Los besos de medianoche tienen ese efecto.

Joanna no pudo estar más de acuerdo. Aún tenía el beso fresco en la memoria y en los labios. Pero estaba dispuesta a olvidarlo, a pesar de que era el beso más inolvidable que le hubieran dado.

El beso de un extraño hermosísimo, lo último que necesitaba.

Rio Madrid sacó el «busca» del bolsillo de su bata y apretó el botón. «Genial», pensó, una llamada de Urgencias, justo lo que necesitaba para terminar un día de lo más ajetreado.

Retiró la bandeja con la comida sin tocar y se dirigió a la sala de urgencias. En las dieciocho últimas horas había traído al mundo tres bebés, había atendido una consulta llena de pacientes y apenas había tenido tiempo de tomarse un respiro, y mucho menos para comer. Se estaba empezando a preguntar si debía haber contratado otro colega tras la jubilación de Anderson. Pero era demasiado tarde para preocuparse ahora. Además, él siempre había sido un solitario y le gustaba.

Al llegar a la sala de enfermería, se apoyó en el mostrador para sujetarse. Estaba demasiado cansado para ser un hombre de treinta y tres años.

–¿Qué pasa, Carl?

–Tenemos una admisión de ginecología traída por una enfermera del centro.

–¿Dónde está?

–¿La paciente? –preguntó el corpulento enfermero.

–Sí, la paciente.

–En la habitación 3 con la enfermera.

–¿La enfermera?

–No se irá hasta que sepa qué ocurre –contestó Carl, encogiéndose de hombros–. Es lo normal cuando hay comadronas de por medio.

Aquello no sorprendió al doctor en absoluto. De hecho, enseguida le había recordado a su madre.

Obligándose a entrar en acción, recorrió el pasillo y vio a una mujer delgada en vaqueros y camiseta de pie. La examinó desde la punta de los pies hasta los brazos, cruzados sobre el pecho.

Aunque aún no la podía distinguir bien, notó cierto aire de familiaridad, lo cual le pareció extraño, puesto que no la conocía, pero no podía dejar de pensar que la había visto en alguna parte.

Empezó a andar más despacio. Había algo en ella que le recordaba a otra mujer de pie sola en la esquina de un salón de baile lleno de gente, que parecía querer fundirse con el ambiente. Pero Rio la había visto enseguida. Cuando habían dado las doce y nadie le había reclamado el tradicional beso, lo había hecho él de forma espontánea.

Aunque una vez hecho, no podía explicar el porqué. Quizá porque le había parecido tan bella y sola. Pero la forma en que había respondido a su beso le había hecho considerar llevarla a la cama para recibir el año, hasta que ella se había marchado corriendo. En realidad, estaba en su cama desde aquella noche, aunque solo fuera en su imaginación.

A medida que se iba acercando la observaba con detenimiento, y las dudas lo reconcomían a cada paso. No podía creer que fuera ella; no pensó que pudiera tener tanta suerte dos veces. Además, la mujer a quien él había besado iba vestida de seda azul, con el pelo recogido en un peinado muy a la moda, el rostro cuidadosamente maquillado; en general,

indescriptible.

Entonces la comadrona levantó la vista. Unas pestañas oscuras resaltaban sus ojos azules, y su piel blanca contrastaba con los rizos oscuros que le enmarcaban el rostro. Parecía recién sacada de un anuncio de jabón. Rio no pudo pasar por alto aquellos ojos expresivos que lo observaban con tan solo media curiosidad, ninguna sorpresa ni nada que indicara que lo conocía. Pero él tenía la sensación de que sí la conocía.

Decidió que no importaba; aquella noche tenía que ser profesional. Aquella noche él era el tocólogo y ella la comadrona, y estaba seguro de que no era un buen momento para entrar en lo personal, aunque aquella mujer resultara ser su tentación de Nochevieja, aunque tuviera algo suyo, algo que había llevado consigo los tres últimos días, tratando inútilmente de encontrar a su dueña. Y ahora estaba bastante seguro de haberlo hecho.

–¿Está usted con la señora Gonzáles? –le preguntó, quitándole el historial de la paciente.

–Sí.

Rio no pudo evitar una reacción ante el aroma floral que desprendía, ante la proximidad, ante el recuerdo imborrable de un beso que no se podía quitar de la cabeza. Levantó la vista de la tabla para mirar el semblante inexpresivo de ella.

–¿Y usted es?

–Joanna Blake. Vengo del centro –se presentó ella, dándole una mano suave y tersa.

–Yo soy el doctor Madrid –dijo, y parecía reacio a soltarla.

–Encantada –contestó ella, soltándose.

Él volvió a estudiar el historial, pero no lograba concentrarse. Cuanto más la miraba, más seguro estaba de que era su ángel no identificado.

–Hábleme de la señora Gonzáles.

–Llegó al centro con una hemorragia vaginal. Ha tenido dos embarazos, un nacimiento y un aborto.

–Tres embarazos y uno vivo más este –dijo él, frotándose la barbilla–. ¿Qué pasó con el otro embarazo?

–Tuvo un aborto espontáneo en el primer trimestre hace dos años. Esta vez está teniendo un embarazo sin incidentes; ningún problema de importancia.

–Bueno, parece que ahora tiene uno –comentó él, que cerró la tabla y se golpeó el pecho con ella–. ¿Le has examinado la cerviz?

–Claro que no –contestó ella, con el ceño fruncido–. Creo que los dos sabemos que una inspección interna podría agravar su hemorragia.

–Solo me aseguraba –intrigado por el tono categórico y el fuego en sus ojos, incluso excitado.

El semblante antes inexpresivo de ella se llenó de frustración.

–Doctor Madrid, estoy cualificada para reconocer síntomas problemáticos. Por eso he venido aquí con ella, para asegurarme de que mi paciente recibe el mejor de los cuidados.

–No estaba cuestionando su criterio.

–Sí lo estaba.

En efecto, lo había hecho. Había visto cómo los partos compartidos

terminaban mal en centros no hospitalarios, especialmente en uno. Por ello no podía alejar su preocupación respecto a los métodos no tradicionales, a pesar de que estos se estaban aceptando bien en la comunidad médica.

–Considéreme extremadamente cauteloso, ¿de acuerdo? Bueno, ¿nos quedamos aquí en el pasillo y seguimos con nuestra conversación o vamos a ver a nuestra paciente?

–Sí, pero antes debe saber que el señor Gonzáles apenas habla inglés y ella casi nada. Si quiere que le sirva de intérprete…

–Puedo conseguir uno en mi departamento de español, señora Blake.

–De acuerdo entonces. Después de usted, doctor.

–Diría que las damas primero, pero creo que entonces me llevaría un bofetón.

–Cree usted bien.

Por fin sonrió, y entonces él estuvo seguro de que aquella era la mujer que había tenido en la mente los tres últimos días, la mujer que había huido de él a medianoche. Su rebelde Cenicienta.

A Joanna le pareció obvio que no la había reconocido y, aunque pensaba que no debía, le importaba. Si lo pensaba fríamente, no había motivo por que tuviera que recordarla. La sala había estado muy oscura, y ella iba muy bien vestida. Aun así, no pudo evitar sentir una pequeña punzada en el corazón.

Pero debía ignorarla. El bienestar de la señora Gonzáles debía estar antes que nada en su mente, y no el doctor Rio Madrid. Al menos el doctor parecía preocupado de verdad por la mujer. Hablaba un español perfecto, con una voz amable y compasiva, al tiempo que preparaba la ecografía.

Mientras él trabajaba, Joanna aprovechó para observarlo detenidamente. Su aspecto era muy similar al de aquella noche, igual de atractivo, aunque había sustituido el traje por una bata azul sobre unos vaqueros gastados, y el arete de diamantes de su oreja por un aro de oro. También llevaba el pelo, negro y liso, peinado hacia atrás, lo cual le permitió a Joanna examinarle el rostro bajo la luz de los fluorescentes. Un rostro curtido, con nariz afilada, pómulos altos y mandíbula de acero. Y la boca. Joanna recordó sus labios suaves, recordó lo dulces que le habían parecido y la forma en que le habían quitado el aliento.

Bajó la mirada hasta sus manos, fuertes, que le habían apretado la espalda, acercándola a él, que la habían hecho derretirse. Quizá no pareciera el típico médico, pero le parecía una obra maestra como hombre. Hasta su nombre le resultaba llamativo, Rio Madrid.

–Bueno, ya está.

La confirmación del médico obligó a Joanna a regresar a la situación que los concernía, y a sus pensamientos a regresar a la paciente. El miedo en los rostros de los señores Gonzáles se había disipado hasta que el doctor Madrid se dispuso a explicar los resultados de la ecografía. Como Joanna había predicho, se trataba de placenta previa, y ahora lo más probable era que hubiera que sacar al niño por cesárea.

El doctor le hizo una seña para que lo siguiese hasta donde la paciente no pudiera oírlos.

–Como está ya al final voy a hacerle una cesárea.

–Descanso en cama…

–No es opción. Sangra demasiado.

–Doctor Madrid.

–Tenemos que sacar al bebé; es el mejor…

–Pero…

–…tratamiento.

Joanna esperó un poco hasta asegurarse de que el doctor había terminado con su diatriba antes de volver a hablar.

–Solo para que lo sepa, estoy totalmente de acuerdo con usted.

–¿Ah, sí? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Sí –contestó ella, que dudaba entre si quería zarandearlo o besarlo, lo cual le resultaba ridículo–. Si me hubiera dejado meter baza, se habría dado cuenta.

–Lo siento, estoy muy cansado ahora mismo.

–Eso pone a la gente maniática.

–¿Cree que soy maniático? –preguntó él, con una media sonrisa.

–Quizá solo un poco –contestó ella, mientras pensaba que era eso y además muy guapo.

–¿Podemos dejarlo en ligeramente malhumorado?

–Supongo que podemos llegar a un acuerdo con malhumorado. Siempre que quitemos el «ligeramente».

–Doctor Madrid –los interrumpió una enfermera–, los Gonzáles no tienen seguro. Necesito arreglar las cosas del pago con ellos y si no pueden pagar habrá que transferirlos…

–Ella no va a ir a ningún sitio –saltó él, con la voz desbordante de una ira contenida–. Voy a hacerle una cesárea de emergencia en unos diez minutos, y su marido estará con ella. Fin de la conversación.

–Pero la política del hospital…

–Me importa un bledo la política del hospital –protestó, y bajó la voz, aunque tenía la mandíbula tensa–. Sé que usted hace su trabajo, pero no tengo tiempo de discutir. Diga a su supervisor que me llame después de la operación si hay algún problema. Yo me haré cargo.

–Bravo, doctor. Estoy impresionada –comentó Joanna mientras la enfermera se marchaba agitando la cabeza.

–La burocracia de aquí es un asco.

–Una vez más, tengo que darle la razón –dijo ella, y echó un vistazo a la cabina–. Bueno, supongo que debo desear suerte a los Gonzáles para que haga usted su trabajo.

–¿Quiere entrar con nosotros?

–Me encantaría, si no hay problemas por parte del hospital –aceptó ella, sorprendida.

–Tiene mi permiso, y eso es suficiente. Vamos.

Después de que el doctor Madrid hubiera hecho las gestiones apropiadas, Joanna lo siguió a la planta de maternidad para cambiarse. Se vistió y se lavó bien, y lo encontró esperándola en la sala de operaciones.

Se detuvo a la cabeza de la mesa de operaciones para animar a la nerviosa pareja, y entonces se unió al personal médico.

–Supongo que ya habrá estado en un fregado de estos antes –preguntó el doctor, bisturí en mano.

–En muchos.

–No los harán en el centro, ¿no?

–Apenas. Pero he tenido oportunidades durante mi formación.

Había tenido unas cuantas en su accidentado pasado. Había suspendido los objetivos de su carrera profesional al quedarse embarazada en el segundo año de la Escuela de Medicina, y pronto se había visto obligada a volverse a meter en el papel de enfermera por necesidades económicas. Más tarde, Adam le había robado por completo su sueño de ser médico. Le había robado muchas otras cosas.

Se mordió el resentimiento para observar al tocólogo en acción. Parecía tener mucha práctica; era muy hábil con sus manos; sus movimientos, impecables mientras trabajaba deprisa para sacar al bebé. Joanna y el doctor se sonrieron al mismo tiempo cuando la pequeña criatura soltó un grito de protesta al entrar en el mundo de fuera del vientre de su madre. A Joanna le pareció un sonido maravilloso. Nunca se repondría del milagro del nacimiento, sin importar cuántas veces lo viera. Y por el gesto de satisfacción del doctor Madrid, este parecía sentir lo mismo.

Joanna había hecho poco más que observar hasta que el médico sujetó el cordón umbilical y le preguntó.

–¿Quiere cortar esto?

–Claro –aceptó Joanna, agradecida por que hubiera contado con ella hasta aquel punto.

Antes de entregarle el bebé a la pediatra que estaba esperando, el doctor Madrid le mostró el bebé a sus padres y les habló en español.

–Tienen una niña hermosa.

Joanna pensaba que los niños eran una bendición, y aquello le hizo pensar en su propio hijo y en cuánto lo echaba de menos, en lo mucho que lo adoraba. Y en toda la tristeza que había impregnado su vida durante los últimos meses sin él.

–Señora Blake, por favor, vaya con el señor Gonzáles a la enfermería mientras yo termino aquí.

–De acuerdo.

Al caminar hasta la cabeza de la mesa, Joanna vio que las cejas oscuras del doctor estaban bajas, en señal de concentración, y que gotas de sudor empapaban el gorro azul que le cubría la cabeza. Lo oyó dar algunas órdenes a los médicos y algunos comentarios del personal sobre demasiada sangre.

Algo iba mal. Terriblemente mal.

Joanna le dijo al señor Gonzáles que la siguiera, esforzándose por hablar con voz calma. El hombre besó a su esposa en la mejilla y se levantó. Una vez en el pasillo, la pediatra le indicó al nuevo padre que fuera con ella y ambos anduvieron tras la cuna portátil, dejando atrás a Joanna, que esperaba enterarse de lo que le ocurría a la señora Gonzáles.

La comadrona se quitó los guantes y la mascarilla y se quedó fuera de la

sala de partos, mirando por la ventana de la puerta para intentar discernir el problema, pero no pudo ver nada por la incesante actividad alrededor de la mesa.

Al cabo de lo que le pareció un tiempo interminable, el doctor Madrid se apartó de la mesa con cara de alivio. Se detuvo un momento para hablar con la señora Gonzáles, y entonces se dirigió a la salida mientras la cuadrilla preparaba a la paciente para moverla.

El médico se quitó los guantes, la mascarilla y el gorro y los tiró a la basura. Entonces empujó la doble puerta para encontrarse fuera con Joanna.

–¿Está bien? –preguntó la comadrona.

–Tenía una hemorragia, pero ya está controlada.

–No le ha tenido que hacer una histerectomía, ¿verdad?

–No, he logrado salvarle el útero. Ahora le darán sangre, y estoy seguro de que se pondrá bien.

–Me alegro; estaba preocupada.

–Yo también. ¿Quiere tomar un café cuando me haya asegurado de que la señora Gonzáles está bien?

–De verdad me tengo que ir. Tengo que llamar al centro e irme a casa. Visitaré a la señora Gonzáles antes de irme.

–¿Ni siquiera una taza de café? –insistió él–. ¿Diez minutos de su tiempo?

–La verdad es que tengo prisa.

Tenía prisa por escapar de sus ojos ámbar, de su sonrisa irresistible

–¿Siempre tiene prisa? –preguntó él, con su sonrisa irresistible.

–Voy a toda prisa la mayor parte del tiempo. ¿Usted no?

–Sí, pero estoy a punto de dejarlo –contestó él, mientras le recorría el rostro con la mirada, deteniéndose en los labios para volver a los ojos–. ¿Está segura de que no puedo hacerle cambiar de opinión?

–En serio me tengo que ir –respondió ella, que estaba segura de que sí podía.

Él se quedó mirándola igual que en la gala antes de que hubiera huido. Ella decidió que aquel hombre debía de tener demasiadas feromonas, que en aquel momento actuaban sobre ella de un modo nada desagradable.

–Puedo acompañarla al coche –le propuso él tras una sonrisa pícara.

La verdad era que su coche descansaba en el garaje de su apartamento después de haber reunido el dinero suficiente para remolcarlo. Pero no había logrado lo suficiente para arreglarlo, y seguía sin arrancar. Deseó poder decir lo mismo de su creciente pulso.

–Estos días, como hay mucho tráfico, voy en autobús.

–Puedo llevarla a casa.

–Me las arreglaré –contestó ella.

–De acuerdo, si está segura, supongo que tendré que tomarme el café solo.

Joanna se forzó a darle la espalda y alejarse, y apresuró el paso para no darse tiempo a cambiar de opinión y volver a él.

–Que pase una buena noche, Cenicienta.

Joanna frenó en seco.

Luego se giró lentamente pero no vio más que un espacio vacío donde había estado el doctor, que se había desvanecido.

Entonces se llevó una mano al corazón, que latía con demasiada fuerza, y tomó aire varias veces. La había reconocido.

Capítulo Dos

Rio se sentó una vez más en la cafetería del hospital, pero en aquella ocasión solo con una taza de café. No quería desperdiciar otra comida si lo llamaban para urgencias o para la sala de partos. Eran cerca de las ocho de la tarde y aún le quedaban tres horas de guardia antes de que lo relevara un residente. Pero estaba decidido a salir de aquel lugar, aunque significara volver a entrar.

Debería estar cansado, pero no era así, y pensó que era gracias a Joanna Blake. Había estado a punto de ir tras ella, esperarla a la puerta del vestuario e intentar convencerla otra vez.

No estaba muy seguro de por qué no lo había hecho. Normalmente no se rendía fácilmente con las mujeres, pero pensó que aquella era diferente. Desde luego no creyó que fuera su tipo, tan inocente. Salvo su boca, una gran boca, incluso cuando la utilizaba como arma contra él. También era una madre.

Sacó una foto del bolsillo de su bata y observó al niño que, imaginaba, sería el hijo de Joanna. Quizá se equivocaba, pero no creía. Tenía los mismos ojos, el mismo pelo oscuro, la misma sonrisa. Le volvió a dar la vuelta, como había hecho tantas veces en los últimos días.

Joseph Adam, 3 años. Mi amor. Definitivamente le parecía algo que escribiría una madre.

Había visto volar la foto hasta el suelo en Nochevieja cuando Joanna había tirado el bolso en su carrera. Pero antes de poder abrirse camino entre la multitud, ella ya había volado como una paloma que al fin saliera de su jaula.

Entonces se le ocurrió que debía habérsela devuelto aquella noche, pero no lo había hecho. Quizá lo veía como algún tipo de conexión entre ellos, quizá incluso lo utilizaría como excusa para volverla a ver. Quizá incluso aquella misma noche.

Y por qué no. No era una persona que esquivara los riesgos, fuera del ejercicio de su profesión. Además, quería saber más de ella. Quería saber si sentiría la misma reacción si la besaba otra vez, si iría más allá de un beso. Solo había una forma de averiguarlo.

Pensó que Joanna tardaría unos minutos en vestirse y llamar por teléfono y otros quince en ir a ver a la señora Gonzáles. Solo había pasado un cuarto de hora desde que la había dejado en el pasillo, así que pensó que si se daba prisa y se ponía la ropa de calle, aún podría pillarla en la parada de autobús.

Mientras lo pensaba, se levantó de la silla y fue en busca de una mujer que quizá no deseaba que la encontraran. Pero tampoco aquello lo iba a detener.

–Bonita noche, ¿verdad?

Joanna miró al hombre que se había sentado en el banco de la parada de autobús donde ella esperaba. Estaba tan absorta en sus pensamientos, todos sobre Rio Madrid, que ni siquiera había notado su presencia hasta aquel momento. Era un hombre grande y corpulento, con la cara sonrosada cubierta por una barba rojiza. Llevaba tan solo un chaleco vaquero, ridículo para el frío que hacía, que dejaba ver los tatuajes que le recorrían los enormes brazos y que formaban una tela de araña azul y le cubrían casi cada centímetro de piel.

De pie al otro lado del banco había otro tipo desaliñado que parecía un espantapájaros, con una gorra y una camiseta de franela raída, aspecto lechoso y que mostraba una ristra de dientes amarillos. El olor a cerveza y tabaco solapaba la brisa de enero, tanto que Joanna sintió náuseas.

–¿Le importa que se siente mi amigo? –le preguntó el hombre grande, señalando a su compañero con la cabeza.

Antes de que Joanna pudiera protestar, el segundo se había sentado al otro lado. De pronto estaba flanqueada por dos delincuentes infames.

Joanna fijó la mirada al frente y con el rabillo del ojo fue consciente de que los dos hombres la observaban fijamente.

–¿Quieres fumar, nena? –preguntó el delgaducho con voz ronca.

–No, gracias –contestó ella, que se apretó más los brazos que tenía cruzados y lo fulminó con una mirada de desdén.

–A lo mejor quieres bajar a tomar una cerveza con nosotros –dijo el grandullón–, dar un paseo por el lado salvaje.

–No bebo.

–Oh, vamos. Todo el mundo necesita una copa de vez en cuando –replicó el «ogro», que se acercó más a ella y le tocó la pierna con su enorme muslo.

Por su aliento, Joanna pensó que probablemente ya se había tomado unas cuantas y sintió un escalofrío.

–Yo no.

–Eres muy dulce –le dijo el tipo, acercando más la cabeza a su hombro.

Joanna saltó del banco y se puso frente a ellos, tratando con todas sus fuerzas de ocultar el miedo tras una fachada de dureza que desde luego no sentía.

–No se fíe de las apariencias, señor, puedo ser muy desagradable si tengo que serlo.

–Apuesto a que también puedes ser muy mala –gruñó el mismo, mientras el delgado se reía.

Joanna metió la mano en el bolso y entonces recordó que no había metido el spray la noche anterior al cambiar de bolso. Se giró hacia la calle, pero manteniendo a los dos a la vista, maldijo su estupidez por no haber salido del lugar a la primera señal de problemas y se preguntó una vez más dónde estaría el maldito autobús.

Entonces sintió un movimiento y después el peso de un enorme brazo alrededor del cuello y una mano en el hombro. Paralizada por el miedo,

pensó en darle una patada en la entrepierna y correr hasta el hospital Pero entre medias estaba el aparcamiento, uno enorme con tan solo unos pocos coches y probablemente menos gente.

Decidió que no correría, no les permitiría que vieran su miedo. Con un suspiro, se quitó el brazo del hombro y se puso a un lado.

–Mira, no me interesa ni una cerveza ni pasar un buen rato. Voy a casa con mi marido policía. Así que si yo fuera tú, me guardaría las manos antes de meterme en líos.

–Yo haría lo que dice la señorita, porque si ella no se encarga de ti, lo haré yo.

Joanna desvió la mirada de sus atacantes a Rio Madrid, que estaba de pie detrás del banco con las manos en los bolsillos de una cazadora de cuero negra, con una mirada oscura e intensa. Parecía una fiera lista para saltar.

Entonces rodeó el banco y se puso entre Joanna y los asaltantes.

–Moveos, «amigos». Buscaos a otra.

La pareja lo miró. El grande era unos centímetros más alto que el médico e igual de amenazador.

–A lo mejor no queremos a otra.

Rio abrazó a Joanna de forma protectora y entonces ella oyó un «clic» y se dio cuenta de que alguien había sacado un cuchillo o una navaja. Se le formó un nudo en la garganta y se quedó paralizada. Se dio cuenta de que era el doctor el que tenía el cuchillo cuando el gigante miró la mano que ella no veía y se echó hacia atrás; parecía un paranoico.

–Vale, llévatela. Tampoco es tan fantástica –dijo, y se volvió, con su compañero pisándole los talones y mascullando.

–Poli loco.

Rio puso las manos sobre los hombros de Joanna y la giró hacia él.

–¿Está bien? –le preguntó, preocupado.

–Lo estaba manejando bien.

–A mí me parece que era él el que lo manejaba todo.

–Estoy segura de que era inofensivo. Desde luego no ha podido huir de usted lo suficientemente deprisa. Además, quizá haya sido el cuchillo.

Rio le quitó la mano, sacó el arma en cuestión de la chaqueta y abrió la larga hoja con un «clic».

–La tengo desde los trece años. Está sucia y oxidada, pero parece que aún puede hacer algo de daño –dijo, y se la volvió a guardar en el bolsillo.

–Obviamente ha sido suficientemente convincente –dijo.

–Eso o quizá crea que soy su marido trabajando de paisano. ¿Es verdad?

–Estoy divorciada y no, no era policía. Lo más probable es que mi ex les hubiera dado dinero para que me dejaran en paz; eso si no hubiera decidido dejar que me llevaran.

Joanna se calló de repente. Nunca le había hablado a nadie de forma tan abierta sobre Adam. Y no le apetecía mucho mostrar su resentimiento.

–Parece que se libró de una buena –comentó el doctor.

–¿Qué hace aquí? –le preguntó entonces Joanna, que no comprendía la repentina aparición de Rio Madrid, por mucho que la agradeciera.

–Vine a buscarla, y me alegro de haberlo hecho.

–¿Le pasa algo a la señora Gonzáles? –que también se alegraba, aunque no lo admitiría.

–No, está genial.

–Entonces, ¿qué puedo hacer por usted?

–Pensé en tratar de convencerla para que tomara esa taza de café conmigo –dijo, y se quedó mirándola un rato–. ¿Seguro que está bien?

–Estoy bien, de verdad.

–Está temblando.

–Tengo frío –mintió.

Él se quitó la chaqueta y se la puso a ella sobre los hombros. Olía a cuero y al aroma picante que había llenado sus noches de fantasías.

–¿Mejor? –preguntó Rio.

–Mucho, pero ahora usted va a tener frío.

–No se preocupes por mí, casi siempre tengo calor.

Joanna no tuvo respuesta para aquello, al menos no una verbal, pues en aquel preciso instante su respuesta fue un calentón.

–Intuyo que no tiene coche –dijo él.

–Tengo, pero está en casa, roto.

–Entonces la llevo.

En aquel momento llegó el autobús, haciendo chirriar los frenos y soltando humo.

–No es necesario, ya tengo transporte.

–¿De verdad quiere subir? –preguntó Rio, señalando con la cabeza a los dos matones, que se estaban montando en el autobús.

–Bueno, la verdad…

–Prometo que llevaré las manos en el volante –dijo él, levantando las palmas–. Estará a salvo conmigo.

Joanna no se sentía en absoluto a salvo con él, y no porque supusiera una amenaza física, o al menos no la amenaza que resultaban el par de granujas. Pero había algo peligroso en Rio Madrid, un peligro del que podría disfrutar, un peligro que debía ser lo suficiente inteligente como para evitar.

Tampoco le gustaba la idea de que Rio viera dónde vivía, un vecindario lleno de crímenes en las afueras de la ciudad. Pero más que todo, le aterraba la idea de subirse al autobús con dos personajes bastante cuestionables, así que sin darse cuenta aceptó.

–Sí, si no es mucho problema.

–En absoluto –contestó Rio, con una sonrisa completa, una explosión sensual.

Joanna deseaba poder creer que no se estaba metiendo en líos con el doctor Rio Madrid.

Rio condujo despacio por las estrechas calles, sorprendido por el lugar al que Joanna consideraba su hogar. No es que no hubiera visto nunca nada igual; de hecho lo había vivido hasta cumplir los quince. Pero entonces la buena suerte había sonreído en favor de su futuro y él había ascendido en el mundo, un mundo al que nunca se había adaptado del todo.

Pasó las filas de apartamentos destartalados y casitas de madera y notó una ingente actividad en las calles, que no parecían muy legales.

–¿Vive sola?

–Sí –contestó ella.

–¿No tiene niños? –preguntó él entonces, pensando que quizá se había equivocado.

–La verdad es que tengo un hijo.

–Pero no vive con usted.

–No.

–¿Vive con su padre? –siguió preguntando, lleno de curiosidad.

–No, vive con mi madre en Texas.

–Eso está muy lejos.

–Sí, pero de momento no tengo otra opción.

–¿Por qué no? –preguntó Rio, roto por la desesperación en la voz de la joven madre.

–Mire dónde vivo. Ya es difícil para un adulto, imagínese para un niño.

–Entonces, ¿por qué no vive con su madre?

–Ojalá pudiera, pero no puedo. Apenas hay oportunidades de trabajo en mi ciudad natal. Tengo un montón de deudas y trabajar en una gran ciudad me da un sueldo más alto. Espero recuperarme en un año, encontrar un sitio mejor y que mi hijo pueda volver conmigo –le explicó, y señaló–. Por aquel callejón. Puede aparcar al lado de mi coche, es el blanco feo.

Rio giró el pick-up por el pavimento lleno de agujeros y lo aparcó donde ella le había indicado. Detrás había un edificio marrón de ladrillo de tres plantas, con las contraventanas rotas y rejas en las ventanas. El maltrecho césped estaba lleno de escombros, al igual que el callejón, con varios neumáticos apoyados contra el edificio entre botellas de cerveza rotas.

–Bienvenido al paraíso –comentó Joanna al abrir la puerta.

Rio salió y pisó algo duro. Al mirar vio una jeringuilla usada bajo su bota y agradeció haber pisado el plástico y no la aguja. Le dio una patada y se acercó al coche de ella.

–¿Qué le pasa? –preguntó.

–No lo sé, no arranca.

–Levante el capó.

–¿Qué?

–Levante el capó. Voy a echar un vistazo.

Sin mucha convicción Joanna sacó las llaves del coche y lo abrió para meterse y tirar de la palanca. Rio levantó el capó, pero la tenue luz de la farola no iluminaba lo suficiente.

Ella se unió a él delante del capó y se inclinó sobre el motor al lado del doctor, a quien tenerla tan cerca no lo ayudó a concentrarse.

–No veo –dijo–. Necesito una linterna.

–No hay ninguna en el coche.

–Debería llevar siempre una linterna. Yo tengo una en el mío.

–Supongo que siempre va preparado.

–Siempre –repuso él con una amplia sonrisa–. Para todo.

Pero no había estado preparado para ella, y menos para la inmediata

reacción de su cuerpo cuando ella se había puesto tan cerca, o para su necesidad de besarla de nuevo.

–¿Cuál es el suyo? –preguntó, mirando al edificio.

–Segunda planta, apartamento 202.

–Le propongo una cosa. Usted suba a preparar café y yo miro a ver si puedo hacer algo.

–De verdad no tiene que hacerlo. Además, no tengo con qué pagarle.

–Puede pagarme con café –contestó él.

–Pero…

–No hay discusión. Y dese prisa; me voy a quedar dormido si no tomo cafeína pronto.

–De acuerdo, lo bajaré.

–Ya subo yo por él.

–¿Está seguro? –preguntó ella, algo más que preocupada.

–A no ser que quiera que suba ahora a vigilar la zona, no sea que haya más criminales esperándola.

Considerando los alrededores, Rio pensó que aquello bien podría ser cierto, y odió la idea de que aquella mujer tuviera que ir sola a aquel lugar todas las noches.

–Estaré bien hasta que llegue –dijo ella, y se dirigió hacia la entrada.

Él se quedó mirándola, observando el contoneo de sus caderas bajo los vaqueros tan bien ajustados, y pensó que estaba mejor que bien. Y que él tenía un gran problema.

Joanna no se sintió del todo bien cuando oyó que llamaban a la puerta. Tomó aire y abrió la cerradura, dejando la cadena puesta para verificar que se trataba del doctor y entonces dejarlo entrar.

Se sintió incómoda y acomplejada cuando él inspeccionó el estudio, consistente tan solo en una pequeña cocina y un salón comedor que era también el dormitorio. El baño apenas tenía el tamaño de un armario y la ropa de Joanna colgaba de la barra de la cortina de la ducha, el único sitio disponible.

–No es mucho –comentó ella tras tolerar el silencio un rato más.

–Los he visto peores –aseguró él, y recorrió con la mirada el techo lleno de goteras–. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

–Dos meses.

–¿Y aún está entera? –le preguntó él, haciendo una excursión visual por su cuerpo.

–Hasta ahora –contestó ella, deseando que dejara de mirarla de aquella manera.

–Creo que he encontrado el problema del coche. Había una goma suelta que iba al motor de arranque. Estoy bastante seguro de haberlo arreglado.

–Es una noticia fantástica. ¿Siempre ha trabajado con coches?

–Soy bueno con las manos.

–Me alegro de que haya sido leve –dijo ella, a quien no le cabía ninguna duda respecto a lo de sus manos–. No estaba muy segura de poder pagar una reparación mayor.

–No se ilusione todavía. Aún tengo que asegurarme de haber encontrado el problema. Voy a bajar a ver si arranca –dijo, y se llevó una mano a la nuca e hizo círculos con la cabeza sobre los hombros. Parecía exhausto, y Joanna se sintió increíblemente egoísta.

–¿Por qué no tomamos café antes? Podemos mirarlo cuando se vaya.

–Me parece bien.

Ella fue a la cocina, sacó la cafetera del fuego y sirvió agua en las tazas.

–Espero que le parezca bien café instantáneo; es todo lo que tengo.

–¿Tiene teléfono?

–Allí en la pared. Usted mismo

–No quiero llamar –replicó él, mientras se lavaba las manos de grasa–; solo quiero asegurarme de que tiene cómo comunicarse si tiene algún problema.

–Sí tengo, y funciona.

Al menos de momento. Corría el riesgo de que le cortaran la línea por no pagar las llamadas de larga distancia. Pero no estaba dispuesta a renunciar a su único medio de contacto con su hijo, aunque ello supusiera apagar la calefacción.

Rio no dejaba de observarla mientras ella removía el café. Por mucho que odiara admitirlo, Joanna estaba bastante colgada de él, de su halo embriagador y de su mirada exótica y oscura, a pesar de saber que no era muy recomendable.

–¿Quiere algo más?

–Solo más café. Me gusta fuerte.

–Oh –pronunció ella, incapaz de decir nada más cuando él la rodeó para echarse una cucharada más y le rozó el hombro con el pecho.

El mero contacto amenazó con hacer que las rodillas de Joanna se disolvieran como las tres cucharadas de azúcar que le acababa de añadir al café. Rio se apoyó en el aparador.

–¿Estás más tranquila ahora, después del encuentro?

–Estoy más tranquila, pero también me siento un poco estúpida. Debí haber vuelto al hospital en cuanto vi al tipo grande.

–Probablemente te habrían seguido.

–Puede ser. No se puede uno fiar de un hombre con tatuajes.

–¿Ah, no? –preguntó él, frunciendo el ceño y con una sonrisa desconcertante.

El doctor dejó el tazón sobre el aparador, se volvió a ella y se subió la camiseta. Antes de que Joanna pudiera responder, se la sacó por la cabeza, llevándose consigo la goma del pelo. Y ahí se quedó, desnudo de cintura para arriba y con el pelo cayéndole sobre los hombros como una cascada de ébano.

Antes de que Joanna pudiera preguntarle qué creía que estaba haciendo, fijó la mirada en su pecho, un torso sin grasa con músculos definidos y un triángulo de vello entre los pezones. Joanna no pudo evitar recorrer con la mirada el camino hasta el borde del pantalón, que Rio se había desabrochado sin que ella se diera cuenta. Lentamente él se bajó la cremallera y la dejó sin habla, excitada, incapaz de moverse. Entonces salió a la luz el tatuaje.

Bajo el ombligo, un felino negro abarcaba todo el abdomen plano de Rio, interrumpiendo el caminillo de vello masculino que iba hacia abajo. Joanna se quedó boquiabierta. El tatuaje era poderoso, provocativo, impresionante.

Cuando al fin miró hacia arriba, no encontró la sonrisa del médico sino una expresión que la desarmaba.

–¿Esto me hace no ser digno de confianza? –preguntó él en voz baja y cautivadora.

Ella volvió a bajar la mirada hacia el tatuaje, nerviosa por la sensación de ser observada. Por lo que a ella respectaba, aquella particular obra de arte lo hacía mucho más sensual, seductor, misterioso. Sintió la imperiosa necesidad de tocarlo, de ver si era tan sedoso como aparentaba. Sin el más mínimo resto de sentido común, estiró la punta de un dedo sobre el felino, pero el doctor la detuvo agarrándola de la muñeca.

–Normalmente te diría que siguieras tocando, pero no estoy seguro de que sea una buena idea. A menos que te des cuenta de que estás jugando con fuego.

Joanna dirigió la mirada al bulto bajo los vaqueros de él, que estaban blanqueados en zonas difíciles de ignorar. Le ardió la cara por la vergüenza, por olvidarse de quién era, de con quién estaba, de lo que estaba haciendo. De nuevo.

Retiró la mano, pero no fue capaz de mirarlo a la cara.

–Lo siento, es solo que…, no sé, parece tan suave.

–Créeme, no lo es –dijo él en tono agrio.

–¿Es una pantera?

Él se miró el tatuaje y Joanna no pudo evitar mirar también. Los músculos del abdomen de Rio se tensaron cuando se pasó un dedo robusto por el lomo del felino, como había hecho ella, que sintió un escalofrío.

–Es un jaguar. Mi *onen*, o eso es lo que me dijo mi madre.

–¿Tu qué?

–*Onen* –repitió él, y se lo explicó mientras se volvía a poner la ropa y la goma del pelo, para el desagrado de Joanna–. Mi animal, o el animal que me fue asignado al nacer. Mi madre era de ascendencia maya y creía en la tradición.

–¿Así que eres maya?

–Eso y otras muchas cosas. De la realeza española, por lo que sé, de un misionero blanco de hace un par de generaciones. Mi familia tiene una larga historia de amores prohibidos.

Aquello sintetizaba muy bien lo que Joanna sentía por él, un hombre impredecible y enigmático que la cautivaba, le agitaba las fantasías y le mantenía el pulso errático.

–¿Y dónde está tu madre ahora?

–Murió hace unos años –dijo él con tristeza–. Era una mujer buena; un poco equivocada en sus creencias, pero muy buena con la gente que pasaba apuros.

–¿Como su hijo?

–No te equivoques conmigo, Joanna –dijo él con sonrisa cínica–. Disfruto de mi éxito y de todo lo que conlleva.

–Pero ayudaste a los Gonzáles sabiendo que no tenían seguro ni mucho dinero.

–Hago eso de vez en cuando, pero también tengo pacientes que pagan. No estoy en contra de hacer dinero.

Joanna pensó que su ex marido habría dicho exactamente lo mismo, solo que él habría optado por estratagemas para hacer dinero rápido y no por un trabajo honrado.

La conversación fluía y Rio Madrid seguía observándola con su mirada penetrante, como si necesitara interpretar sus sentimientos, descubrir su alma. Ella se esforzó en sacar más conversación pero le costaba asimilar los pensamientos mientras él la seguía mirando, ahora a los labios. Pensó que al menos no había mencionado la otra noche.

–Respecto a la otra noche… –dijo él, como si le hubiera leído la mente.

–¿La otra noche? –repitió ella, como ni no supiera de qué estaba hablando.

–Sí, Nochevieja. Me cuesta creer que no te acuerdes porque yo no he podido olvidarlo, «querida».

Ella se encogió de hombros, tratando de mostrar indiferencia a pesar de que se tambaleaba tanto por fuera como por dentro, como reacción a su declaración y a la expresión de cariño.

–Pensé que a lo mejor no me habías reconocido –confesó ella, aunque en el fondo le emocionaba que así hubiera sido.

–No lo hice al principio, hasta que sonreíste –afirmó él, y le pasó un dedo por el labio inferior–. Tienes una sonrisa preciosa, unos labios preciosos.

Joanna no pudo ignorar las cosquillas que le producía en el labio o el corazón que le latía con gran fuerza.

–¿Siempre besas a mujeres que no conoces? –preguntó, alzando la voz.

–Normalmente no –respondió él, tomándole la mejilla como había hecho aquella noche–, pero me pareció que no te vendría mal algo de compañía.

–Estoy acostumbrada a estar sola –dijo Joanna, que tuvo que hacer acopio de fuerzas para resistir el reclamo–. Lo cual no quiere decir que no lo agradeciera.

–¿Es eso todo lo que sentiste, gratitud?

No podía describir lo que había sentido cuando la había besado, lo que sentía en aquel momento con él tan cerca, con la mano en su cara, la mirada fija en su boca y su voluntad totalmente tomada por él. Entonces él bajo la cabeza muy lentamente y la besó con suavidad, no más que una provocación, un tanteo, pero que la dejó con un deseo como el que nunca había sentido.

El sonido de una sirena rompió el momento. Joanna se apartó de Rio y se dirigió a la ventana para observar la escena, tanto como para recuperar el aliento. Tres coches patrulla aparcaron en la acera frente al edificio y varios agentes armados se precipitaron en la entrada. Nada que no hubiera presenciado antes.

Entonces sintió una mano amable sobre el hombro.

–No estás segura aquí, Joanna.

–No tengo elección –contestó ella mientras se abrazaba a sí misma.

–Sí tienes elección –la contradijo él, tomándola del brazo, intranquilo.
–Te puedo asegurar que no. He buscado por toda la ciudad otro sitio donde vivir y no he encontrado nada que pueda pagar.
–A lo mejor no has mirado en el lugar adecuado.
–¿Qué quieres decir?
–Esto puede sonar a locura –empezó él, soltándola y dando un paso atrás–, pero puedes vivir conmigo.
–Creo que no, doctor Madrid.
–Me llamo Rio, y deja que me explique. Tengo una casa antigua restaurada en un buen vecindario. Hay una habitación muy agradable en el ático del tercer piso. Es bastante grande y muy cómoda, con baño privado. La mujer a la que le compré la casa la usaba como sala de lectura. Estarás a gusto, y a salvo.
A Joanna no le importaba lo tentador que sonara; no se sentiría a salvo, al menos desde el punto de vista emocional, viviendo en la misma casa que Rio Madrid, aunque fuera una mansión. Él solo ya representaba una tentación inmensa, una amenaza a su salud mental y a sus sentimientos.
Ella no tenía intenciones de tener una relación con otro hombre por el momento, aunque fuera un doctor de éxito, pues ya creía tener suficientes preocupaciones.
–De verdad te agradezco la oferta, pero apenas te conozco.
–Me conoces lo suficiente como para saber que tengo las mejores intenciones.
–¿Por qué harías eso por mí?
–Porque me preocupa tu seguridad.
–Pero si casi no tengo dinero para pagar esto –dijo ella, agitando la cabeza–. Mi madre vive de una pensión y tengo que mandarle dinero para mi hijo. Tengo un montón de facturas, gracias a mi ex, y…
–Puedes pagarme de otra forma, que no sea con dinero.
–No voy a ser tu…
–Déjame decirlo de otra manera. ¿Sabes cocinar?
–Soy conocida por un par de platos.
–Me gustaría eso de vez en cuando. Desde luego supera a la pasta envasada y los congelados.
Joanna luchó con todas sus fuerzas contra la necesidad de aceptar. Luchó contra el encanto de su tentadora mirada color ámbar y su sonrisa de renegado. Luchó contra sus anhelos, que se estaban dando a conocer por primera vez desde hacía mucho tiempo. No sentía que pudiera verlo diariamente y mantener a raya todas sus necesidades.
–De nuevo, en serio que agradezco tu oferta, pero no puedo aceptarla.
Entonces él sacó una foto del bolsillo trasero del pantalón y se la dio.
–Si no lo haces por ti, hazlo por él.
Joanna se quedó mirando un rato la foto de Joseph, que creía haber perdido.
–¿Dónde la has encontrado? –preguntó al fin, pues el impacto le había roba la voz.
–En el salón de bailes. Vi cómo se te caía, pero para cuando llegué ya te habías ido.

Joanna se pegó la foto al corazón, realmente agradecida de haberla recuperado. Tenía muchas fotos de su hijo, pero aquella era sin lugar a dudas su favorita. Miró a Rio a los ojos, en los que encontró ternura.

–Te debo mucho por esto.

–Se lo debes a tu hijo, Joanna. Él merece que su madre esté sana y salva hasta que podáis estar juntos. Yo te ofrezco esa posibilidad.

Aquellas palabras le hicieron reflexionar; tenían mucha lógica. Sabía que debería estar molesta por haber utilizado a su hijo para confundirla, pero también que lo que le estaba diciendo era verdad. Vio la inocente mirada de su hijo, su dulce sonrisa, y de repente sintió que habían tomado la decisión por ella.

Levantó la mirada para toparse con la de Rio Madrid y se encontró víctima de su carismático tirón, como si él solo tuviera el poder de moldear su voluntad y su desgarrado corazón. Pero no podía permitir que aquello sucediera.

–Meditaré tu oferta, pero si decido aceptar será por mi hijo.

Capítulo Tres

No había dicho que sí, pero tampoco había dicho que no, razón por la cual Rio decidió abordar el tema con Joanna Blake a primera hora de la mañana, en cuanto saliera del hospital.

La noche anterior le había dejado quedarse solo el tiempo suficiente para que terminara el revuelo del portal con la detención de varios punkies. Él se había ofrecido a dormir en el sillón, hasta que averiguó que el sillón era la cama. Claro que aquello no le había hecho retirar la oferta, pero ella se había negado rotundamente. Al menos el coche ya arrancaba, y ella parecía estar agradecida. Rio no había intentado aprovecharse de su gratitud intentando volverla a besar, aunque lo había deseado. Y aún lo hacía.

Pero lo más importante era que su seguridad estaba en juego, y su orgullo podía hacerle daño o algo peor. No pensaba dejar que aquello ocurriera, pero para ello tenía que convencerla de que se mudara con él.

Tampoco era tonto como para negar que la deseaba, pero no pretendía presionarla. Pensaba que después de un tiempo juntos, nadie sabía lo que podía llegar a ocurrir. Quizá todo, quizá nada.

Tras terminar sus rondas matutinas, fue andando hasta la clínica de partos alternativos, bajo un cielo claro y soleado. Disfrutó del paseo, del sol en el rostro, del aire fresco que llenaba sus pulmones y de la perspectiva de volver a ver a Joanna Blake. Con aquel pensamiento en mente, aceleró los pasos hasta que casi corrió en los últimos bloques.

Cuando llegó al edificio de ladrillo blanco, se detuvo a recuperar el aliento en una columna cuya insignia decía «Maternidad Edna P. Waterson». Se preguntó quién sería la tal Edna e imaginó que sería la viuda de algún millonario que quería ser recordada. Pero si no hubiera sido por Joanna Blake, él nunca habría parado en aquel lugar.

Rio traspasó la puerta de cristal, sorprendido por el entorno agradable. La sala de espera era cálida y acogedora, con sillones de cuadros azules y verdes, arte contemporáneo y suelos relucientes de madera noble salpicados por diversas plantas. Una música tenue se filtraba por los altavoces mientras unos niños jugaban en la zona de juegos bajo las atentas miradas de sus madres.

No estaba seguro de qué era lo que había imaginado, pero desde luego no era aquello. Quizá había esperado algo más desfasado, una vuelta atrás a un tiempo y un lugar de su pasado en el que la atención médica normal para mujeres embarazadas no estaba siempre a disposición de aquellas. El entorno que él había presenciado de adolescente cuando ayudaba a su madre a atender a mujeres que no se podían permitir más que una clínica para mujeres sin recursos. Le llegaron muy malos recuerdos de la falta de

higiene, de una mujer muy enferma, de su propia madre utilizando material obsoleto heredado de antiguas generaciones. De una noche oscura en que las limitadas habilidades de aquella la habían fallado a ella y a la joven a su cargo.

Rio echó a un lado sus recuerdos y anduvo a grandes zancadas hasta la recepción. Una mujer joven que estaba sentada al otro lado del mostrador lo recibió con una amplia sonrisa.

–¿Puedo ayudarlo en algo?

–Busco a la señorita Blake, ¿está?

–Sí, señor. ¿Tiene una cita?

El doctor dudó si darle su nombre, pues pensó que si Joanna sabía que había ido a visitarla, quizá no querría verlo.

–Es personal.

–¿Me dice su nombre, por favor?

–Es una visita sorpresa –contestó él con una sonrisa radiante.

–Pues no creo que a Joanna le gustan esa clase de sorpresas –contestó ella, sin borrar la sonrisa del rostro, mientras él maldecía su suerte.

–Solo dígale que soy un médico del Memorial, ¿de acuerdo? Es todo lo que necesita.

–No estoy segura… –dijo ella, mordiéndose el labio inferior.

Rio se agachó sobre el mostrador para mirar el nombre de la recepcionista en el cartelito que colgaba de su bata.

–Te agradecería mucho que lo hicieras, Stephanie.

Sin retirar la mirada de Rio, la joven descolgó el teléfono y repitió el mensaje.

–Espere aquí; vendrá en un momento –afirmó la recepcionista, que apiló unas carpetas y lo volvió a mirar con otra sonrisa–. Bueno, ¿y qué especialidad de médico es?

–Obstetra.

–¿De verdad? –preguntó ella, con la mejilla apoyada en una mano, y le sonrió con picardía.

–Sí, de verdad.

Estaba ligando con él. Quizá en otro momento él la habría seguido, pero la única mujer que le interesaba en aquellos momentos estaba a punto de llegar.

Entonces escuchó la voz de Joanna, dulce y relajante. Saber que estaba cerca hizo que su cuerpo reaccionara de un modo poco apropiado para un hombre adulto, especialmente en un lugar como aquel.

La puerta que tenía a su izquierda se abrió y por ella salió una mujer muy embarazada seguida de Joanna. Enseguida reconoció a la paciente, Allison Cartwright, «su» paciente.

Rio no sabía quién estaba más asombrada, Allison o Joanna. Las dos se quedaron mirándolo, pero Allison habló antes.

–Hola, doctor Madrid. Tiene gracia encontrarlo aquí.

–Supongo que yo podría decir lo mismo –contestó él–. ¿Qué hace aquí?

–No se enfade –contestó ella, levantando un hombro–, solo estoy de visita. Joanna me estaba explicando los métodos del centro.

–No hay problema –mintió, y miró a Joanna–. ¿Tiene un momento,

señorita Blake?

–Yo ya me voy, así que lo tiene –contestó Allison por ella, y salió corriendo.

–¿En qué puedo ayudarlo, doctor Madrid? –preguntó Joanna en tono profesional.

–No querrá discutir eso aquí, ¿verdad, señorita Blake?

–Sígame –le contestó ella, sonrojada, mientras le abría la puerta–, pero solo tengo unos minutos.

–Es todo lo que necesito –dijo él–. Por ahora.

Si no quería presionarla, sería mejor que dejara las insinuaciones para otro momento. Pero por algún motivo que desconocía, Joanna Blake sacaba su lado más perverso y le hacía perder el control. La siguió por el pasillo, observando el suave contoneo de sus caderas, envueltas en un pantalón negro, que no eran vaqueros, pero en él producían el mismo impacto.

–Todas las consultas están llenas, así que tendrá que valernos esto –dijo Joanna, y se paró en una habitación apartada del pasillo principal.

A Rio le pareció la habitación de una pensión, con cama de matrimonio, mecedora y una chimenea de ladrillo rojo. Encontró la decoración sorprendentemente elegante, con flores y lazos, y le recordó a la habitación de su ático, la que había ofrecido a Joanna Blake y la razón por la que estaba en aquel lugar. Pero antes tenía otra pregunta.

–¿Qué hacía aquí Allison Cartwright?

–Está pensando en venir al centro en lugar de al hospital.

–¿Por qué?

–Bueno, aún no está fija en su nuevo trabajo así que no tiene seguro y no puede pagar la factura del hospital.

–¿Y qué hay del padre del niño?

–Me dijo que está totalmente fuera del asunto.

–A mí me dijo lo mismo.

Sus pensamientos sobre Allison empezaron a palidecer al fijarlos en la boca de Joanna, y se preguntó por qué no podía quitarle los ojos de encima. Entonces retiró la mirada.

–Estoy seguro de que el hospital estaría de acuerdo en solucionar alguna financiación. Y yo también.

–Eso lo tendrá que decidir ella, ¿no cree?

–Ya veremos –dijo él, pensando que sonaba un poco imbécil.

No se oponía a lo que se dedicara Joanna Blake, incluso comprendía la necesidad en algunos casos, pero no podía deshacerse de su desconfianza sobre los partos fuera de los de los métodos hospitalarios. Aunque debía admitir que aquel lugar no era en absoluto como se había imaginado. Miró por la puerta abierta a su derecha y vio una bañera de hidromasaje en un cuarto de baño enorme. Entonces paseó por la habitación y se detuvo en la cama, cuya firmeza comprobó con la mano.

–¿Y cuál es la tarifa de esta suite de luna de miel?

–Para su información, es la Habitación Rosa, uno de nuestros servicios para el parto –informó ella, con un tono de impaciencia en la voz–. Y nuestras tarifas son como un tercio de las de una habitación normal en un

hospital.

–Bonita cama, bonito lugar. ¿No hay estribos? –preguntó Rio, tomándole el pelo.

–No hay estribos, no los necesitamos. Pero tenemos equipos de ultrasonido y monitores fetales, y muchas de las otras pequeñas maravillas médicas que hay en un hospital.

–¿Para qué es el hidromasaje? –preguntó, como si no lo supiera.

–Para partos bajo el agua.

–Oh, pensé que esto serviría también de habitación para la concepción.

–Eso normalmente pasa antes de venir aquí.

–¿Normalmente? Así que alguien la ha usado para alguna actividad extracurricular –comentó él, imaginándose a sí mismo en ella con Joanna Blake.

–Nadie ha hecho nada que no debiera hacer en esta habitación –dijo ella, mirando al techo–. No que yo sepa. Al menos yo no.

–Creo que se le sacaría mejor uso con una botella de champán, unas velas y un hombre y una mujer haciendo al bebé, no teniéndolo.

–Muy divertido, doctor.

–¿Tiene algo en contra del romanticismo, señorita Blake?

–No tengo tiempo para romanticismos; tengo muchos pacientes que atender, así que, ¿qué es lo que quiere?

Rio volvió a mirar a la cama y al centrar otra vez la atención en Joanna vio que ella estaba mirando al mismo sitio, quizá incluso imaginándose a ellos en aquella cama, o en cualquier cama, envueltos en sábanas, sudor y sexo. O quizá era lo que él desearía.

–Yo tampoco tengo mucho tiempo así que iré al grano.

–Aleluya.

–He venido para saber si te has decidido ya respecto a lo de mudarte conmigo.

Ella abrió mucho los ojos; parecía aterrorizada. Corrió a la puerta y la cerró antes de volverse a él.

–Baje la voz, por favor, no quiero que los compañeros piensen que voy a vivir con usted.

–Entonces ¿vas a vivir conmigo?

–Yo no he dicho eso.

–Sí lo has dicho.

–Lo que he dicho es que… –empezó, y se mordió el labio inferior–. No me acuerdo de lo que he dicho.

–Deja que te refresque la memoria –dijo él, mientras andaba lentamente hacia ella con las manos en los bolsillos para no tocarla–. Anoche dijiste que lo pensarías, y hace un momento has dicho que sí.

–Eso no es verdad.

Él se acercó más hasta que estaban casi tocándose y apoyó una mano en la puerta sobre la cabeza de ella.

–A lo mejor no con esas palabras, pero el mensaje que yo he captado estaba muy claro. Bueno, ¿cuándo quieres hacerlo?

–¿Hacer qué?

–Mudarte conmigo. ¿Qué te parece este fin de semana?

–No se da por vencido fácilmente, ¿eh?

–No, no me rindo fácilmente, y menos cuando está en peligro la vida de una mujer. Así que, ¿te viene bien el sábado?

A Joanna se le veía en la cara que era toda indecisión. Abrió la boca, la volvió a cerrar y por fin volvió a abrirla.

–De acuerdo, supongo. No tengo guardia, así que me viene bien este fin de semana.

–Genial, yo tampoco tengo guardia –afirmó él, cuyo primer instinto fue el de besarla hasta que ambos se quedaran sin aire, pero se decidió por el segundo, una simple sonrisa–. ¿Qué te ha hecho decidirte?

–Mi hijo.

Esperaba aquella respuesta, incluso la admiraba, pero le habría gustado pensar que vivir con él no sería una perspectiva tan lamentable para ninguno de los dos. Aunque, si lo pensaba bien, nunca había vivido más de un fin de semana con una mujer, y no estaba seguro de cómo se adaptaría a tenerla con él todo el tiempo, al alcance de la mano. Pero estaba más que dispuesto a intentarlo, a ver en qué derivaba.

–Eh, no estés tan seria –dijo, echándose hacia atrás–. Podemos pasarlo bien.

–No busco pasarlo bien, doctor Madrid –contestó ella cruzándose de brazos y con un suspiro–. Busco un lugar seguro, un sitio donde vivir de forma temporal.

Lo dijo con mucha convicción, remarcando la palabra «temporal». A Rio le pareció perfecto; nunca se le había pasado por la cabeza una relación seria, por no hablar de que Joanna Blake le parecía una mujer que se merecía algo sólido y estable.

–Primera regla, háblame de tú. Segunda, puedes quedarte el tiempo que te haga falta. Aparte de eso, no hay más reglas.

–Con nuestros horarios, ni siquiera sabrás que estoy aquí –aseguró ella, con una sonrisa muy tímida, pero suficiente para levantar la libido de Rio.

–Créeme, sabré que estás –dijo, sin poder evitar quitarle un rizo de la cara.

El día de la mudanza Joanna llevó sus pocas posesiones y muchísimos recelos. Estar cerca de él amenazaba a su sentido común, descubría anhelos latentes que prefería que permanecieran ocultos y le recordaba que tenía necesidades femeninas básicas. Pero pensaba que tenía que hacerlo por Joseph.

Se repitió esto último una y otra vez mientras esperaba cargada de perchas con ropa en el porche de Rio a que este abriera la puerta. Iba vestido con unos vaqueros hechos jirones y una chaqueta de cuero, y se había sujetado el pelo en una media coleta, dejando suelto el resto. Parecía el sueño de cualquier mujer, igual que su residencia.

Joanna había oído hablar del barrio del Rey Guillermo, pero no podía compararse a verlo en su esplendor. La casa, muy bien mantenida, recordaba a un caserón inglés, preciosa y mucho más grande que cualquier casa en la que ella hubiera vivido en sus treinta y cuatro años. Al contrario

que en su vecindario, en aquella zona no había coches ruidosos ni música ensordecedora, ni personajes amenazadores ni actividad criminal.

–Tengo que decirte una cosa.

Aquello atrajo la atención de Joanna hacia Rio, que tenía la mano en el picaporte y una caja bajo el brazo, pero ninguna expresión que mostrara a qué se refería. Ella se apartó un poco del porche para mirar la fachada de abajo hacia arriba hasta el tercer piso.

–Déjame adivinar, vives en una comuna.

–No, pero sí tengo una compañera de piso.

–Tenías que habérmelo dicho antes de que aceptara venir.

–No quería darte ningún motivo para cambiar de opinión. Además, creo que os llevaréis bien. Gabby es fantástica –dijo él lleno de orgullo y cariño.

–¿Y qué opina de que me venga a vivir aquí? –preguntó Joanna, intentando ocultar su frustración.

–Aún no se lo he dicho –respondió él con una sonrisa que mostraba todos los dientes.

–¿No se lo has dicho? –repitió Joanna, de piedra.

–No lo entendería.

Maravilloso, pensó Joanna, que se preguntó qué haría si aquella mujer no quería que viviera allí; tendría que irse a vivir al coche o a un hotel de mala muerte.

–Entonces quizá lo mejor es que espere fuera hasta que te asegures de que no le importa.

–No le importará; es muy amistosa.

–¿Estás seguro de que no quieres hablar con ella antes?

–No. Solo prepárate para el recibimiento –dijo él, y le abrió la puerta para que pasara.

Se olvidó por completo de la compañera al entrar en el vestíbulo circular. El majestuoso suelo de mármol refulgía como si fuera de hielo. Del techo colgaba una lámpara de araña con cristales que brillaban como diamantes. En frente, una escalera con barandilla de forja subía hasta girar a la izquierda en un gran descansillo, sobre el cual dejaba pasar la luz una ventana con vidrieras de colores con la forma de un felino negro con ojos dorados que quitaba el aliento, pero que estaba casi fuera de lugar entre tanta elegancia clásica. Joanna se quedó observando fijamente la mirada metálica del animal.

–Qué vidriera tan bonita.

–Gracias, la diseñé yo.

Miró a Rio Madrid, que la observaba desde debajo de la escalera, y se sorprendió por lo mucho que le recordaba al animal, por la capacidad que tenía de cautivarla con sus ojos color ámbar. Pensó que quizá aquella era la idea que tenía Rio de un autorretrato, pues en su opinión también él contrastaba con el entorno.

Unos ruidos de pasos como de pezuñas provenientes del pasillo llamaron la atención de Joanna, y entonces una enorme cosa con manchas negras y grises entró a saltitos al vestíbulo, la pasó de largo y se acercó a Rio.

–Menudo perro guardián –saludó el doctor, mientras el animal se ponía sobre sus patas traseras y le apoyaba las delanteras en el pecho–. Bájate,

Gabby.

Así que aquella era Gabby, la misteriosa compañera de habitación. Rio dejó la caja y al perro en el suelo y se quitó la chaqueta, que colgó de la barandilla. Rascó la cabeza a la perra de belfos caídos y orejas puntiagudas.

–Gabby, esta es Joanna. Joanna, esta es Gabby.

–Muy gracioso. Creí que te referías a que vivías con…

–Una mujer. Ya lo sé, pero no sabía cómo te sentirías con un perro faldero crecidito.

Joanna miró a la perra, a la que le colgaba la lengua de un lado y que parecía estar totalmente embelesada por su dueño, de lo que no podía culparla.

Se apretó las perchas contra el pecho cuando aquella se movió para olisquearle los pies. Al menos movía el rabo, lo cual pensó que era algo bueno. No estaba muy segura de qué hacer.

–Hola, Gabby –saludó, pero la perra no le hizo caso y volvió con su amo.

–La encontré en una cuneta hace tres años –explicó, rascándole detrás de las orejas–. Estaba muerta de hambre, creo que incluso la habían mordido. Me costó un año que confiara en mí.

–Ahora parece muy sana. Y grande.

–Es un cachorro grande –dijo Rio, y señaló al suelo–. Túmbate.

Gabby metió el rabo entre las patas y se estiró sobre la alfombra oriental al pie de la escalera, apoyando la cabeza sobre las patas cruzadas. Rio señaló a la escalera.

–Usted, señorita Blake, puede venir conmigo.

Joanna lo siguió en silencio, esforzándose por retirar la mirada del trasero del anfitrión. Pero cuando llegaron al segundo piso seguía mirándolo, imaginando, recordando la noche que la besó, la noche que se quitó la camiseta, el tatuaje, y debajo del tatuaje.

–Mi habitación está aquí –dijo Rio, señalando a la izquierda.

–¿Ah, sí?

–Sí, ¿quieres verla?

–A lo mejor después –se excusó ella, que deseaba no verla nunca.

–Hay dos cuartos de baño y otras tres habitaciones más pequeñas al final del pasillo –dijo Rio, señalando en la otra dirección.

–¿Qué hay en esas habitaciones?

–No mucho. Una es mi despacho y las otras dos tienen algunos trastos, pero no están amuebladas.

–Ah, ¿y yo dónde me quedo?

–Por aquí –dijo él, que cruzó el pasillo y abrió una puerta que llevaba a otra escalera de paredes estrechas–. Ten cuidado, está muy empinada.

Al final de la escalera, Rio abrió una puerta y entró en la habitación. Joanna se quedó boquiabierta al entrar tras él. Toda la habitación estaba envuelta en luz solar proveniente de la triple ventana. El dosel de volantes blancos salpicado de lilas, el vestidor antiguo, el suelo inmaculado de madera cubierto en parte por alfombras, todo parecía de tiempos victorianos.

–Vaya –fue todo cuanto pudo decir.

La habitación era casi el doble de su antiguo apartamento, y no tenía ni punto de comparación en cuanto a comodidad. Ni en sus fantasías más salvajes se habría imaginado algo semejante.

–Sí, está bien –dijo Rio, con las manos en la nuca y lleno de satisfacción–. No es exactamente mi tipo de decoración, pero no tuve valor para cambiar nada; tiene su propia personalidad.

Joanna no podía estar más de acuerdo. Fue a la cama y acarició uno de los cuatro postes del dosel.

–Es fantástica.

–El baño está aquí –dijo Rio, abriendo una puerta y apoyándose en la pared–. No es muy grande y solo tiene una bañera, una vieja de patas, pero restaurada. Si prefieres ducharte puedes usar uno de los baños de abajo, o el mío. Es grande.

Joanna se quedó clavada en su sonrisa sensual. Se imaginó con todo detalle en la ducha con Rio Madrid, incluyendo el cristal empañado por la respiración costosa, no por el vapor; cuerpos resbaladizos, manos incansables…

–¿Puedo colgar esto en algún sitio? –preguntó, alarmada por lo que estaba pensando.

–En el armario.

–¿Un armario? Qué bien, hacía mucho que no tenía uno.

También hacía mucho que no tenía un amante, un hecho que Rio le recordaba cada vez que lo veía. Cuando colgó sus cosas en el armario, se volvió a él.

–Supongo que iré por el resto de las cajas para subirlas.

–Ya lo hago yo. ¿Quieres comer algo?

–Claro. Pensaba ir a la tienda a comprar algo.

–Ya le dije ayer a mi asistenta que lo hiciera.

–¿Tienes asistenta?

–Sí. Yo no puedo limpiar todo esto solo, ni tampoco quiero. Viene dos veces por semana.

–Me creo que estoy en el cielo.

–¿Tu idea del cielo es una asistenta?

–Una de mis ideas –dijo, fue a la cama y se sentó en el borde. Entonces se rio y se tumbó sobre el blando colchón con los brazos sobre la cabeza–. Y esta cama.

–Estoy de acuerdo –dijo Rio, que se tumbó a su lado–, un buen colchón de lana está muy cerca del cielo. Otras cosas también.

–¿Qué otras cosas?

–Andar descalzo por el césped –dijo él muy serio–, nadar desnudo en un lago, hacer el amor a la luz de la luna.

–Muy poético, doctor.

–No es poesía; es perfección.

Joanna pensó que él era perfecto de pies a cabeza, al menos en la superficie. Pero sabía muy bien que la perfección no era más que ilusión, que todo el mundo tenía sus taras y Rio Madrid no era ninguna excepción. Pero también sabía que tenía un halo, un campo magnético muy sensual

que la atraía como si fuera de metal. Temió no poder ser suficientemente fuerte si él hacía un movimiento. Así que saltó de la cama y se puso de pie.

–Muy bien, ¿qué idea de comida tienes?

La mirada que le lanzó Rio indicaba cualquier cosa menos comida. Y su sexy sonrisa le hizo pensar a ella lo mismo.

–Estaría bien mantequilla de cacahuete con mermelada.

–La favorita de mi hijo.

–¿Sabes, Joanna? –dijo él en tono serio–. Tu hijo es bien recibido aquí. Si quieres ir por él podemos arreglarle una de las habitaciones.

–Te agradezco mucho la oferta, pero ahora mismo está en un colegio y no quiero sacarlo de su ambiente hasta que tenga un sitio propio. Quizá para este verano.

–No llevas aquí ni una hora y ya estás pensando en dejarme –dijo él, poniéndose de pie.

–No me voy a quedar aquí para siempre. Pero agradezco este acuerdo más de lo que puedas imaginar. Me dará una oportunidad de levantar cabeza.

–Poco a poco. Pero mientras, vamos a comer algo. Me muero de hambre.

Joanna también lo hacía, pero de cosas que no se atrevía a querer.

Capítulo Cuatro

–Tienes una fuente en la piscina.

–¿Una piscina, en serio? No me había dado cuenta. Debería salir al jardín más a menudo.

Rio no pudo evitar meterse con ella un poco. Se terminó el sándwich y se volvió a sentar en la silla, disfrutando de ver a Joanna mirar extasiada por la ventana. Observó sus rizos oscuros y su mano apoyada en el cristal, con las uñas cortas y cuidadas.

Le gustó, pues pensaba que las uñas largas implicaban arañazos difíciles de esconder tras hacer el amor. Luego se preguntó por qué estaba pensando en que aquello fuera a ocurrir entre ellos, pero algo le decía que iba a pasar. La tensión física entre ellos iba tomando fuerza, se avecinaba como una tormenta de verano, aunque ella no lo reconocería, al menos por el momento.

Rio se levantó de la mesa y fue junto a ella, pero sin pegarse demasiado, consciente de que probablemente la paciencia sería la mejor forma de manejar lo que había entre ellos, lo que ocurría desde Nochevieja. Aunque la paciencia era algo casi desconocido para él; era de los que iba siempre con los pies por delante y preguntaba después. Pero en aquel caso no era una buena idea. Miró al jardín, donde estaba tumbada Gabby con un hueso.

–Hay un pequeño jacuzzi en la esquina de la piscina, con sitio para tres.

–¿Para ti, Gabby y tu novia del momento?

–¿Estás intentando que te cuente mi vida privada, Joanna?

–No es asunto mío –dijo ella, acercándose aunque manteniendo la distancia–, pero supongo que ya habrás tenido a alguna mujer en tu jacuzzi.

–He estado muy ocupado últimamente como para utilizarlo –contestó él, que lo había hecho hacía mucho–. Pero hoy no lo estoy, ¿te apetece?

–¿Estás loco? Si hace cuatro grados.

–Por eso es un jacuzzi; tiene agua caliente.

–Además aún es de día.

Él colocó una mano en el cristal tras la cabeza de Joanna, acercó la cabeza y bajó la voz.

–¿Eres tímida, Joanna Blake?

–Soy madre, por amor de Dios.

–¿Y las madres no pueden meterse en un jacuzzi?

–Las madres no tienen el cuerpo de una veinteañera. Por lo menos esta no lo tiene.

Él se permitió recorrer con la mirada el esbelto cuerpo de Joanna, recreándose en ciertas zonas. Deseaba hacer lo mismo con las manos.

–Tengo serias dudas.

–Pues estás seriamente equivocado –aseguró ella, avergonzada–. Además, no tengo ningún bañador decente.

–¿Quién ha hablado de bañador?

–¿Qué hay en ese edificio de ahí? –preguntó ella, volviéndose a la ventana.

–Es un cobertizo con un garaje. Ahí guardo mi moto.

–¿Qué moto?

–Una Harley.

–Tienes una moto y una mansión. Yo diría que eres la contradicción personificada.

–¿Eso es un problema?

–En realidad no. Es solo que no eres en absoluto como pensé que serías. Al menos al principio.

–¿Y cómo creías que era?

–El típico macho. Me sorprende tu generosidad, pero también tu amor hacia las cosas materiales.

Él dio un paso atrás, lleno de culpa, regresó a la mesa y se volvió a sentar.

–Ya he oído eso antes, eso de que el amor por el dinero es la raíz de todos los males. Pero cuando no lo has tenido, el dinero no es algo tan malo. Supongo que tú ya lo sabes.

–Lo sé –contestó ella, y se sentó frente a él, mirándolo con sus ojos azules–. Entiendo que no tuviste mucho cuando creciste.

–Apenas tenía nada. Mis padres eran emigrantes granjeros, siempre en busca del siguiente trabajo. Cuando mi padre murió, mi madre se trasladó de California a Texas. Trabajaba recolectando fruta durante la temporada y como empleada de hogar el resto del año –explicó, sin añadir que también era comadrona por las noches.

–¿Qué le pasó a tu padre?

A Rio no le gustaba revolver en el pasado, pero ya se había abierto a las preguntas de Joanna.

–Un accidente laboral relacionado con algún tipo de maquinaria. No sé muchos detalles.

–Lo siento –dijo ella, con sinceridad.

–No lo sientas, apenas me acuerdo de él. Yo era muy pequeño.

–¿Y qué hizo que te decidieras por la medicina?

–Mi madre trabajaba para un coronel retirado –empezó él, que decidió acortar una larga historia–. Él sabía que me interesaba la medicina, así que, como no tenía hijos, me acogió.

–¿Te metió en una Escuela de Medicina? –preguntó ella, acercándose.

–Sí –respondió él, pensando para sus adentros que también le había llevado al infierno–, pero también me metió en un internado al cumplir los dieciséis. Lo odiaba. Me hicieron cortarme el pelo y me robaron mi herencia para que me adaptara. Llevo el pelo largo desde entonces.

–Tu cultura es muy importante para ti, ¿verdad?

–Algunos aspectos sí; otros no.

–Pero crees en tu… ¿Cómo era?

–Mi *onen*. Es mitología maya. El dios sol es un jaguar, y prevé la llegada de extraños.

–¿De extraños?

–Sí. Yo creo que mi madre lo eligió por nacer en los Estados Unidos, aunque ella juraba que lo había soñado, pero a mí me cuesta creerlo.

Nunca había creído mucho en los sueños hasta conocer a Joanna Blake y que esta se metiera en los suyos. Sueños surrealistas, sueños sexuales.

Pero entonces pensó que quizá su madre había acertado al darle su *onen*. Joanna había entrado en su vida siendo una extraña, con una total entrega hacia su hijo y una fuerte convicción por la ética de su trabajo. La madre perfecta, una mujer que merecía un hombre considerado que cumpliera todas sus expectativas, algunas de las cuales él estaba dispuesto a ofrecer, pero de otras no estaba tan seguro.

De repente se preguntó si aquella sería la mujer de la que le había hablado su madre, la extraña que cambiaría su vida a mejor. Pero él no creía en el amor, y no deseaba sentar la cabeza y adaptarse a lo que la sociedad dictaba, una licencia matrimonial y los típicos dos hijos.

Joanna seguía en silencio, con la cabeza apoyada en los brazos y la mirada perdida.

–Estás pensando en tu hijo, ¿verdad?

–La verdad es que sí –contestó ella, sobresaltada.

–¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

–Hace dos días –respondió–, cuando le conté a mi madre que me mudaba.

–Supongo que le resulta muy duro vivir lejos de ti.

–Sí –dijo ella con sonrisa triste–. Es duro para los dos, pero es un niño muy fuerte.

–¿Fue un divorcio difícil? –preguntó Rio, que quería saber más sobre ella.

–En cierto modo, sí. Sobre todo para Joseph, aunque tampoco es que tuviera una buena relación con su padre.

–Entonces, ¿su padre ha desaparecido de su vida?

–Totalmente. Ni siquiera sé dónde está. Claro que tampoco es que me interese mucho.

–¿Joseph pregunta por él?

–A veces, pero, igual que tú, era muy pequeño como para recordar mucho a su padre. Joseph es lo mejor que saqué de ese matrimonio.

–Llámalo ahora.

–¿Estás seguro? –preguntó ella, sorprendida y al mismo tiempo agradecida.

–Claro, seguro.

–Me gustaría, pero insisto en pagarte…

–Olvídalo. Solo llama a tu hijo –insistió él.

Ella se levantó corriendo y fue a zancadas al teléfono. Él pensó en marcharse para darle intimidad, pero por algún motivo no lo hizo.

–Joseph, soy mamá –la oyó, y vio que se le iluminó el rostro–. ¿Estás jugando con tu trenecito? Qué bien, me alegro de que te guste.

Rio miraba a Joanna con el rabillo del ojo mientras recogía los platos.

Esta jugaba con el cable, enrollándoselo en el dedo, se llevaba la mano a la cara de vez en cuando y en alguna ocasión se cubrió la boca. Rio se dio cuenta de que intentaba con todas sus fuerzas no llorar, y deseó poder hacer algo por evitarlo, por quitarle sus problemas, aunque fuera solo por un rato.

Al fin Joanna colgó.

–Ven, quiero enseñarte algo.

–¿Dónde me llevas?

–Es una sorpresa.

–No será al jacuzzi.

–No, quiero enseñarte mi sitio preferido.

Joanna miró con los ojos muy abiertos una habitación que tenía todos los recreativos de interior que se pudiera imaginar, incluida una canasta en una esquina, una mesa de billar en el centro y juegos recreativos alineados en la pared. Lo único que sonaba a adulto era una barra que recordaba a una taberna, con un espejo al fondo, estantes repletos de licores y vasos de todas las formas y tamaños.

–Esto antes era un comedor formal.

–Parece lo suficientemente grande para ser un salón de baile.

–Es cierto. La habitación no tenía nada cuando compré la casa, así que lo convertí en salón de juegos.

A Joanna le parecía que Rio Madrid era un niño jugando a ser adulto, médico conservador de día y adolescente aventurero de noche. Ya conocía a los de su clase; de hecho había estado casada con uno, así que sabía que era la clase de hombre que debía evitar a toda costa.

Pero en aquel momento no podía evitarlo, pues la estaba agarrando de la mano, como si esperara su aprobación por un trabajo bien hecho. Y estaba arrebatadoramente atractivo. Se soltó y fue a la mesa de billar, de madera tallada, obviamente cara, quizá incluso una antigüedad, y aparentemente cinco veces más cara que su coche. Lo miró y vio en él una expresión de orgullo.

–Muy interesante, doctor. ¿A esto es a lo que te dedicas en tu tiempo libre cuando no estás en el jacuzzi?

–Sí, me ayuda a relajarme –dijo, y levantó una ceja–. ¿Te interesa algún juego?

–¿Qué juego?

–Elige –dijo él, mostrándole toda la habitación–, aunque yo estaba pensando en el billar.

–Oh, no sé, hace tanto tiempo… Nunca he sido muy buena –dijo, mientras para sus adentros pensaba que nunca había sido tan buena como su padre, pero definitivamente no se le daba mal.

–Jugaré suavemente –dijo él, con voz melosa, hipnótica, que le hizo a Joanna pensar en que le hiciera el amor también suavemente.

Intuyó que lo haría tomándose su tiempo, usando sus manos habilidosas, sus labios… Se alarmó por estar pensando tales cosas, pero no podía negar que Rio Madrid era el hombre de sus fantasías. Entonces

decidió que no había nada malo en tener fantasías, siempre que no permitiera que estas se tornaran realidad.

Rio se colocó en el otro extremo de la mesa, sacó las bolas y las puso sobre el fieltro. Las colocó y fue por los tacos que colgaban del único espacio vacío de la pared.

–¿Exactamente cuánta experiencia tienes?

–Como ya te he dicho, hace mucho que no juego.

–Entonces te dejaré romper.

Decidida a centrarse en el juego, relajó los brazos, fue al extremo de la mesa y estudió el ángulo de tiro.

–¿Está bien así? –preguntó, fingiendo ignorancia.

–Diría que sí.

Rio no parecía estar mirando la bola ni el taco. Más bien le miraba el escote, ligeramente abierto por su posición agachada. Normalmente Joanna lo habría reprendido, se habría abrochado la camisa hasta el cuello y lo habría fulminado con la mirada. Pero no se sentía en absoluto normal. Se sentía perversa y disfrutaba del poder que parecía ejercer sobre él en aquel momento.

–Todo tuyo –dijo él al fin, mientras retiraba el triángulo.

Joanna meditó un poco y le dio a la bola blanca haciéndole botar dos veces antes de caer cerca del resto de las bolas.

–A lo mejor no sujetas bien el taco.

Rio se tomó su tiempo en ir al otro lado de la mesa, pero no dudó en colocarse detrás de Joanna y abrazarla, y en colocarle la mano al final del taco. Ella tenía toda la confianza del mundo en cómo sujetar un taco, pero no tenía ni idea de cómo manejar la proximidad de él y mantenerse lo suficientemente compuesta para seguir jugando. Sentía su calor en la espalda, duro, masculino, que la embriagaba como si hubiera vaciado la barra de un bar.

Sintió su aliento en el rostro y después una llama que le recorría todo el cuerpo. Olía a incienso, picante, exótico y tentador. Joanna siguió fingiendo no saber, siguió jugando a un juego en que las apuestas eran muy altas y en que el precio era perder el sentido común si no tenía cuidado.

–Agárralo con fuerza –le aconsejó él con voz cálida y melosa, seductoramente sexy.

–Lo intentaré –dijo ella, aunque lo dudaba.

Sentirlo detrás la hacía perder el control por completo. Parecía una mujer en una situación desesperada, envuelta en los brazos fuertes de un hombre-niño con demasiado encanto y los medios de hacerla temblar.

Con la ayuda de Rio, que en realidad no necesitaba, rompió el saque, y esparció de forma efectiva las bolas sobre la verde superficie, del mismo modo que se desparramó su compostura en presencia de él. Para su desagrado y a la vez su alivio, él se estiró y se alejó de ella; tenía una expresión de seguridad en sí mismo.

–No tienes que acertar a la primera.

Joanna sonrió para sí, pensando en lo poco que sabía él. Pero decidió que la farsa ya había terminado y empezaba la competición. Se inclinó

sobre la mesa, mientras intentaba no hacer caso del escrutinio de Rio.
–La bola doce al agujero de la esquina –dijo Joanna, y lo hizo.
Y volvió a hacerlo una y otra vez. Sin apenas esfuerzo limpió la mesa de todas las bolas rayadas.
–Bueno, doctor –dijo al fin, descarada y satisfecha–, ¿quieres dar algún toque antes de que meta la bola ocho?
–Serás bruja –respondió él, con sonrisa sexy y siniestra–. ¿Dónde aprendiste a jugar así?
–De mi padre.
–Te enseñó bien.
–La verdad es que sí. De hecho se ganaba la vida como profesor, de inglés. Igual que mi madre.
–¿Todavía jugáis los dos?
–Murió cuando yo iba a la universidad.
–Lo siento.
–Yo también, pero la verdad es que vivió una vida completa. Solo me habría gustado que hubiera conocido a su nieto.
Rio dejó el taco sin molestarse en tirar, pero desde luego hizo mella en la determinación de Joanna cuando se acercó a ella, le quitó el taco que dejó junto al suyo, y le acarició la mejilla con los nudillos.
–No recuerdo haber tenido ningún profesor que fuera un lince en el billar. Pero tampoco recuerdo que ninguna de sus hijas tuviera un aspecto como el tuyo.
Joanna se separó de él y anduvo a zancadas al otro extremo de la habitación, hasta llegar a un montaje de tren, con hasta el más mínimo detalle, con sus árboles y sus casitas. Se agachó y observó con detenimiento el túnel al pie de una montaña arbolada.
–A Joseph le encantaría esto. El tren que le regalé era de plástico barato.
Escuchó un ruido y al levantar la mirada vio a Rio metiendo todas las bolas en los agujeros. Tenía la camiseta un poco levantada, lo cual dejaba entrever su piel dorada y marcaba sus definidos músculos. El pelo le tapaba un poco el rostro al agacharse, pero a Joanna no le importó, pues ya la conocía de memoria.
–Cuando era pequeño solía mirar un montaje muy completo en el escaparate de una tienda de trenes –comentó, metió una bola y se incorporó–. Esperé muchos años para poder tener uno.
–¿Cuántos años tienes exactamente?, si no te importa que te lo pregunte –le dijo, buscando algo sencillo de qué hablar al sentirlo detrás de ella.
–¿Literalmente? –preguntó él, mientras encendía el motor–. Treinta y tres.
–¿Y cuántos te gustaría tener? –siguió preguntando ella, concentrada en la maqueta.
–Depende. Aquí vuelvo a tener trece. En el mundo real tengo que ser un adulto.
–Pues te llevo un año.
–¿Solo tienes catorce?
–Ja, ja –contestó ella, volviéndose con una sonrisa–. Treinta y cuatro, y medio.

Él se acercó más a ella, y pareció absorber el aire que había entre ellos.

–Una mujer mayor, intrigante. Pareces mucho más joven, no catorce, pero yo te echaba menos de treinta.

–A veces me siento una anciana.

–Estás radiante –dijo él, acariciándole la mejilla mientras observaba su cara sonrojada.

Joanna se estaba perdiendo, perdiendo su voluntad de resistirse a él. Sabía que no era sensato, pero el razonamiento no estaba en su mente en aquellos momentos. Rio sí que lo estaba, con su mirada penetrante y una sonrisa que desde luego no era la de un niño.

–¿Así que no te gusta ser adulto?

–No hay nada malo en ser un hombre cuando las circunstancias lo requieren.

Rio paró el tren, dejando la habitación en silencio. Entonces se acercó más a ella y le tapó la boca con un beso que podía haber hecho temblar las vías, las paredes, y que podía hacer a Joanna caer en la inconsciencia. Y lo hizo. Su lengua, el calor abrasador de su cuerpo, la fuerza de sus manos firmes que le recorrían la espalda y se detenían en sus caderas, tuvieron en ella el efecto de un encantamiento, un hechizo del que no habría podido escapar aunque de ello hubiera dependido su propia vida.

Ella le rodeó el cuello y le exploró el pelo negro y sedoso con las manos. El deseo avanzaba a medida que sus preocupaciones se retraían. Bajo la experta orientación de Rio Madrid, se olvidó de tener miedo de querer.

De repente Rio se movió y la llevó quién sabía a dónde. Quizás a un lugar de ensueño construido por él, como el dios mitológico del que le había hablado, un dios del sol que había creado una tea mientras él movía la boca suave pero firmemente sobre la de ella. Joanna supo instintivamente que podría llevarla a lugares desconocidos para ella, si se lo permitía.

Entonces sintió que el borde de una mesa le golpeó la cadera, y supo que era la de billar, aunque no importaba. Lo único que tenía en la cabeza en aquel momento era Rio y lo que este le estaba haciendo a su cuerpo y a su mente.

Este le recorrió el cuello con los labios, dejando una estela de hormigueos. Entonces le desabrochó los botones de la blusa muy despacio, permitiendo que el aire le refrescara la piel ardiente. Pero el calor volvió cuando le besó los senos erectos.

–*¿Me quiere usted?* –preguntó de repente él.

–Sí.

–*Diga mi nombre* –ordenó él en voz baja y persuasiva.

–¿Qué? –preguntó ella, que entendía español pero no aquella petición.

–Di mi nombre.

Ella lo gritó en la mente, pero temía formar la palabra en los labios. Si prescindía de la formalidad, temía que ya no fuera más el doctor esquivo. Si permitía que continuara aquel asalto glorioso a sus sentidos, aquel preludio del placer, estaba convencida de que podía convertirse en su amante. Y una vez más se haría vulnerable a un hombre que en absoluto necesitaba.

Pero necesitaba el contacto físico, sentirse deseada, satisfacer ansias que hacía mucho que había apartado de su vida, perderse en los brazos de un hombre que se llamaba «río», un hombre terriblemente seductor que prometía llevarla a territorio inexplorado.

Dudó un momento más, buscando en los ojos de él una razón para parar. Pero no vio más que preguntas y desilusión.

–Me prometí que no lo haría –se detuvo de repente él.

–¿Que no harías qué?

–Presionarte.

–No me has presionado; yo he dejado que ocurriera.

–No estás preparada –aseguró él, mirándola al fin.

–¿Cómo puedes decir eso? –preguntó ella, que se sentía más que preparada.

–Porque no puedes decir mi nombre. Y no voy a hacer el amor con una mujer que me llama doctor.

–Rio –dijo ella, con las manos en jarras y olvidando la camisa abierta–, ahí lo tienes. ¿Estás contento ahora?

–Sí, lo has dicho, pero no querías –replicó él con media sonrisa.

–No entiendo nada en absoluto.

–Lo entiendes, pero no lo reconocerás.

–Olvídalo –dijo ella, abrochándose la camisa con manos temblorosas–; de todas formas ha sido un error. Todo.

–¿En serio, mi amante?

–No soy tu amante, ¿recuerdas?

–Lo serás, Joanna –afirmó él, con una mirada que podía derretir la mesa de billar–, cuando estés lista.

–Estás muy seguro de ti mismo, ¿no?

–Puedes mentirte –dijo él cruzando los brazos–. Puedes fingir que no hay nada entre nosotros. Pero yo no puedo mentir; sé lo que siento cuando te abrazo y no es poca cosa.

Joanna se preguntó entonces por qué no se habría quedado en Nochevieja en su destartalado apartamento. Se sentía cómoda con su existencia, con su celibato y sus elecciones. Y le molestaba que hubiera tenido que llegar él para interrumpir su vida, un hombre que la hacía arder, desear, que le hacía darse cuenta de que poseía deseos insospechados.

El sonido del teléfono la sobresaltó.

–Doctor Madrid. De acuerdo, voy para allá –contestó Rio–. Tengo que irme al hospital.

–Creía que no estabas de guardia –repuso ella, que ya lo estaba echando de menos, lo cual le molestaba bastante.

–No lo estoy, pero es un caso especial. Primer hijo, dieciséis años; está asustada. Su novio no ha aparecido y quiere que yo la asista.

–Supongo que te necesita –dijo ella, cuya admiración hacia él creció más de lo que creía capaz.

–Sí. Es agradable sentir que alguien lo hace de vez en cuando.

Sonó casi triste, y tan solitario como Joanna se sentía la mayor parte del tiempo. Se detuvo en la puerta antes de salir.

–Siéntete como en casa. Puedes calentar una cacerola de la nevera para la cena. Me la dejó la asistenta.

–Lo haré –dijo, y sintió que necesitaba decirle algo, pero no sabía qué–. ¿Rio?

–¿Sí? –respondió él con sonrisa de satisfacción.

–Como es primeriza puede que tardes, así que quería darte las buenas noches y agradecerte todo. Espero que puedas dormir.

–¿Dormir? –dijo él, apoyándose en el marco de la puerta–. Ni en un millón de años.

Capítulo Cinco

Joanna no podía dormir. A lo mejor era por estar en una casa extraña, en una cama extraña, o por estar sola otra vez.

Desde que había subido a acostarse, había estado escuchando por si oía llegar a Rio, pero nada, ni siquiera oyó a Gabby que, por lo que sabía, seguía fuera.

Se había ido a su habitación tras una exigua cena de atún y una hora de televisión. Ahora estaba sentada en la cama intentando leer, pero enseguida lo había abandonado por una glamorosa revista sobre las rupturas de celebridades ricas e indulgentes. Cansada de todo aquello, dejó la revista a un lado y miró al techo.

Pensó que a lo mejor se relajaba con otra ducha o un baño caliente. O quizá el jacuzzi. Como Rio no estaba, pensó que podría meterse sin que nadie se enterase. Y si regresaba, Gabby la avisaría con tiempo suficiente para volver a la casa.

Se levantó de la cama y buscó el único bañador que tenía, negro y muy sencillo. Tomó una toalla y bajó las escaleras. Para asegurarse se asomó a la habitación de Rio, cuya puerta estaba entreabierta. La cama estaba hecha, y su dueño ausente. Entonces encendió la luz. Le pareció una habitación muy masculina, desde la cama de pino macizo cubierta por sábanas negras y doradas hasta las elegantes alfombras. Tenía una zona para sentarse a la derecha, con varias mesas adornadas con vasijas de porcelana de diversas formas y tamaños y algunas esculturas. En la pared, sobre la chimenea de mármol negro, colgaba un calendario con la luna, el sol y las estrellas. Pero lo que más le llamó la atención fue el aroma embriagador de Rio.

Se puso nerviosa por invadir la intimidad de este y salió del dormitorio para bajar hasta el jardín. No había luna y hacía frío, por lo que estuvo a punto de echarse hacia atrás, pero ya que había llegado hasta allí, decidió continuar. Cuando se le acostumbraron los ojos a la tenue luz, se dirigió al jacuzzi y se detuvo a unos pocos metros al divisar una figura oscura envuelta en sombras en el agua. Rio.

–Parece que hemos tenido la misma idea –la paralizó la profunda voz del médico.

–No podía dormir, así que pensé que podría relajarme aquí, pero si estás tú…

–Hay sitio suficiente para los dos.

Aunque hubiera ocupado todo el jardín, Joanna dudaba de que hubiera suficiente espacio para ella y Rio Madrid. No si quería mantenerse en guardia, con la cabeza alta y la ropa puesta.

–Ven conmigo –invitó él, con una voz tan seductora que prometía un

placer inenarrable–. El agua está fantástica.

En aquel momento no era el agua su mayor preocupación, sino la presencia inesperada de Rio. No se atrevía a dar un paso más; de hecho, no se atrevía a moverse. Pero al fin decidió que podía hacerlo y actuar como adultos si se quedaba un rato.

Se ató la toalla en el pecho y anduvo muy despacio. Logró bajar los escalones, pero no quitarle la vista de encima. La oscuridad no le permitía imaginar mucho más que la figura en tinieblas, lo cual, pensó, era bueno, ya que se dio cuenta de que Rio había dejado su ropa al borde en una esquina, y sospechó que era toda la ropa.

Aún con la toalla enrollada, se sentó en el borde opuesto a él con los pies en el agua.

–Vaya, está mucho más caliente de lo que pensaba.

–Acaba de subir unos grados la temperatura –repuso él, mostrando los dientes al sonreír en la oscuridad–; entre otras cosas.

Joanna no quiso mirar, pero lo hizo, aunque por suerte no vio nada. Entonces él se estiró hacia atrás y encendió la luz. Los chorros de agua tomaron vida, poniendo en marcha una espumosa cantidad de burbujas así como el pulso de Joanna. Ella miró hacia otro lado, temerosa de ver algo que no quería; es decir, todo el cuerpo de Rio, que ahora estaba reclinado en una esquina.

–¿Te vas a meter, Joanna, o te vas a quedar ahí sentada hasta hacerte un cubito de hielo?

–Hace un poco de frío –contestó ella, que sentía escalofríos de verle el torso desnudo.

–Aquí se está muy bien –contestó él–. Bonito bañador.

–Es todo lo que tengo –dijo ella, después de mirarse y volverlo a mirar a él.

–Lo digo en serio, Joanna, te queda muy bien.

–¿Cómo ha ido el parto? –preguntó ella, para cambiar de tema.

–Sin problemas. De hecho ha dado a luz en dos horas, una niña muy sana. Un poco por debajo de su peso, pero está bien.

–¿Entonces llevas todo este tiempo en el jacuzzi?

–Si fuera así –contestó él con una carcajada– estaría arrugado como una pasa. Y créeme, no lo estoy.

Una vez más ella quiso mirar bajo las profundidades del agua, encontrar un hueco entre las burbujas, encontrar el tatuaje y lo que había debajo. Pero se obligó a mantener la mirada en el rostro de Rio.

–¿Cuánto tiempo llevas en casa?

–Lo suficiente para darme un baño rápido y después meterme aquí. Me quedé en el hospital hasta que se despidió de su hija.

–¿Se despidió?

–La ha dado en adopción.

A Joanna se le partió el corazón; ella solo llevaba unos meses sin su hijo y aquello la destrozaba, así que no podía imaginarse entregar a un hijo para siempre.

–Seguro que ha sido una decisión difícil.

–Sí, pero ha sido por su bien. Quiere acabar el colegio y no tiene dinero

porque sus padres la han echado. Pero tiene un familiar dispuesto a hacerse cargo de ella, pero no de su hija.

–Espero que encuentren una buena familia para el bebé.

–Yo también; es duro que no te quieran.

A Joanna le extrañó que él dijera algo así cuando le había hablado con tanto cariño de su madre; le extrañó que hubiera sonado tan triste.

–Yo no lo sé. Parece que tengas experiencia.

–Bueno, mi madre era verdad que me quería, hasta que se casó con mi padrastro.

–No lo habías mencionado.

–Sí, el coronel.

–¿El hombre para el que trabajaba?

–Sí, y cuando se casaron me mandaron a un colegio interno. Esperaban que me conformara, que fuera lo que ellos quisieran, en el caso de él, blanco. No quedaría bien para un militar condecorado tener un mocoso pobre y multirracial, ¿verdad?

–Pero se apellidaba Madrid.

–No, se apellidaba Burlington. Me adoptó, pero yo usé el apellido de mi padre en la Escuela de Medicina, y lo cambié legalmente una vez resuelto lo de su patrimonio.

–Siento que tuvieras que vivir así.

–A cambio tengo todo esto –dijo él, haciendo un gesto con la mano–. Me dejó todo su dinero y su rancho, que vendí enseguida. No quería tener recuerdos de él.

De nuevo las revelaciones de Rio rompieron los esquemas de Joanna. Aquel hombre era aún más enigmático de lo que creía. Entonces se le resbaló un tirante del bañador. Cuando se lo fue a subir, él la interrumpió.

–Déjalo.

Por algún motivo ella le hizo caso, a pesar de que el tirante caído le bajaba el escote y dejaba al aire la parte superior de los senos.

–Métete, Joanna; no te voy a morder. Mucho.

Joanna sospechó que le costaría más energía de la que poseía resistirse. Pero en aquel momento ya no deseaba luchar contra él. Estaba segura de que sabría guardar las distancias y mantenerse apegada a la realidad. Se quitó la toalla y se metió en el agua frente a Rio. La piel lisa de este se veía azul por la luz. Pero él era oscuro y peligroso, la proverbial calma antes de la tormenta. Apoyó la cabeza atrás y cerró los ojos para borrar la imagen de Rio. Pero entonces una mano le agarró la muñeca, haciéndole abrirlos y acelerándole el pulso. Lentamente el doctor le dio la vuelta y la colocó sobre él.

–Relájate –le susurró–, no voy a hacerte daño.

Pero Joanna sabía que podía hacerlo, al menos emocionalmente. Aunque en aquel momento no le preocupaba, pues toda su atención se centraba en algo que sentía en la parte baja de la espalda. Y no tenía ninguna duda sobre qué era aquel «algo».

Él posó sus labios sobre el hombro desnudo de ella y los fue subiendo por el cuello. Ella tembló por la sensación y volvió a temblar cuando él le bajó el otro tirante y le acarició lo que asomaba de sus senos con los

nudillos. Joanna deseaba que continuara, quería más, pero él no siguió.

–Quítatelo –murmuró Rio–. Te sentirás mejor.

Abandonando todo rastro de sentido común, Joanna sacó los brazos de los tirantes y se bajó el bañador, dejando por completo los senos ante la vista y las manos del médico. Pero aun así él no la tocó, al menos de manera íntima.

Pero sí la abrazó, juntando las manos sobre sus senos. A Joanna le maravilló el contraste de los tonos de piel; el suyo casi de marfil y el de él, de chocolate. Le maravilló su repentina desinhibición y su indescriptible necesidad de que la tocara.

Le flotaron las piernas y por lo que le pareció flotó ella entera. Esperó a que Rio le terminara de quitar el bañador pero al ver que no lo hacía, se lo quitó ella y miró cómo se retorcía por la corriente.

–Mucho mejor. ¿No sientes más libertad? –le preguntó Rio.

Joanna tuvo que admitir que la sentía, igual que se sentía exaltada, descontrolada y necesitada. Entonces lo miró y vio brillar su pendiente de oro y sus ojos casi del mismo color. Sus rasgos fuertes y definidos por la luz reflejada de la superficie del agua la hipnotizaban, al igual que sus labios, cuyo contorno dibujaban las sombras de la noche.

Él se quedó observándola un rato; esperaba algo pero ella no podía saber qué era. No hizo el menor movimiento a pesar de que su mirada no abandonó la de ella.

Incapaz de aguantar más el suspense, Joanna le agarró la mandíbula y se acercó su boca a la de ella. Él la besó con fuerza, con ganas, una incursión lenta pero firme, seductora; entraba y salía, hasta que ella perdió la noción de tiempo, lugar o de propósito. Un leve gemido trepó por su garganta y ella intentó detenerlo, pero no pudo. Tampoco pudo apaciguar las ansias. Entonces sintió su erección contra la espalda, mientras se le movían las caderas por la corriente. Le pareció el momento más erótico de su vida, al saber lo cerca que estaba de entregárselo todo, y al reconocer al fin una faceta sensual de ella misma que había aprendido a negar hacía mucho tiempo.

Pero cuando él le tocó un pecho, Joanna se tensó, un acto reflejo que no pudo controlar. Él interrumpió el beso y le pasó el pulgar por los labios.

–¿Quieres esto, Joanna?

–Sí.

Sentía que la iba a tratar con cuidado y cariño, con destreza. Y así fue, primero con un pequeño pellizco en un pezón y después en el otro. Sintió que se fundía con él y cerró los ojos, inmersa en sus caricias y con las ondas del agua.

La noche la envolvía como un manto tan confortable como el abrazo de Rio y su tacto sedoso. Algo se rompió dentro de Joanna, su miedo, sus preocupaciones. Todo lo que importaba era él y lo que le hacía sentir, la innegable pasión, el ansia que era tan extraña y al mismo tiempo tan bien recibida.

Como si se hubiera deshecho por completo del caparazón de soledad y celibato que había reinado su vida hasta el momento, le tomó la mano y se la llevó abajo. Él se detuvo bajo el ombligo y empezó a frotarla con los

nudillos con un ritmo torturador.
–Dime lo que quieres, Joanna –susurró.
–Tócame –dijo ella, que no quería pensar ni considerar lo que estaba a punto de suceder.
–¿Así? –le preguntó él mientras jugueteaba con los rizos que tenía ella entre las piernas y le tocaba la piel sensible en una caricia suave pero persistente.
–Sí.
Las palabras sensuales de Rio bailaban en su cabeza como las burbujas sobre su cuerpo. Él la tocaba en lugares que ella había ignorado durante mucho tiempo. Entonces le introdujo un dedo de forma pausada.
El vapor se elevó sobre ella mientras Rio la envolvía en una nube de deseo. La presión empezó a subir bajo los insistentes pellizcos, igual que su necesidad de resistirse por miedo a perderse completamente. Pero por mucho que luchara por prolongar su llegada, el clímax llegó con la fuerza de una tempestad, sacándole el aire de los pulmones y el razonamiento del cerebro. Sentía el pulso en los oídos y le temblaba todo el cuerpo. Entonces se sintió débil y satisfecha.
Rio siguió jugando con ella un rato, siguió acariciándole el vello con manos suaves. Ella quería que la tocara otra vez, y otra, quería sentirlo dentro.
–¿Estás bien? –susurró él.
Estaba más que bien, y más que lista para continuar. Solo pudo asentir, acariciándose la mejilla contra la piel mojada y cálida del cuello de Rio.
–Bien, así a lo mejor consigues dormir –dijo él, le levantó la cara, le besó los labios y se quitó de detrás–. Quédate todo el tiempo que quieras.
Cuando salió del jacuzzi, ella solo pudo quedarse mirándole el trasero bien esculpido, el cabello empapado por los hombros y la espalda brillante por la humedad. Y cuando se volvió, la evidencia de que aún estaba excitado llamó su atención antes de que se pusiera los vaqueros sin molestarse en secarse.
Se sentía acomplejada, sola, desnuda, con frío y confusa. Se cubrió el pecho con un brazo y con el otro buscó el traje de baño. Al no encontrarlo, decidió salir de la bañera y ponerse la toalla.
–¿Dónde vas? –preguntó, castañeteando los dientes, mientras se sentaba en el banco, incapaz de seguir de pie.
–A la cama.
–Pero yo…, tú…
–¿Yo qué?
–Pensé que terminaríamos esto.
–Esta noche no, Joanna –dijo, y se puso la camiseta–. Esto ha sido por ti.
Entonces se arrodilló y le pescó el bañador, lo escurrió y se lo tiró, dándole con fuerza en los pies. Ella lo agarró y se puso de pie, intentando controlar su ira.
–O sea que estabas haciéndome un favor, ¿no? La pobre y desesperada Joanna Blake que no ha estado con un hombre en muchos años.
–¿No has estado?
–No, y no necesito favores –dijo ella, y le miró la entrepierna–. ¿Es

algún tipo de examen de fuerza que te haces, o tienes intención de aliviarte tú solo?

Él se comió el espacio entre ambos en un par de zancadas, le agarró la mano y se la puso en la erección.

–Tengo intención de que me alivies tú pero solo cuando estés lista –dijo, y se alejó un paso.

–¿Otra vez volvemos a eso? –dijo ella, mirando al cielo–. He hecho lo que querías. He dicho tu nombre, varias veces. ¿Qué tengo que hacer ahora, recitar poesía?

–Tienes que aprender a confiar en mí. Tienes que creer que valgo lo suficiente como para hacer el amor conmigo de cualquier manera.

–¿Y yo no tengo nada que decir? ¿Haremos el amor cuando tú digas que ha llegado el momento?

–Haremos el amor cuando vengas a mí sin que yo te coaccione, ni un minuto antes.

Apagó los chorros y las luces del jacuzzi, se giró y se marchó corriendo, con Gabby siguiéndole los talones. El sonido de la puerta sacó a Joanna de su trance. De repente sintió frío hasta la médula, y soledad. También se sintió decidida. Le parecía bien que Rio quisiera jugar, pero ella no tenía por qué jugar con él. Y si esperaba que ella fuera a él, podía ir pensando en otra cosa.

No lo necesitaba, y aquello fue lo que se repitió una y otra vez toda la noche.

La tarde del lunes siguiente Joanna pensó en las dos largas noches sin descanso que había pasado, mientras se preparaba para su paciente. Había sido un día igualmente caótico. Al abrir el agua caliente de la pila de la consulta la asaltó un flash back de luces azules, manos expertas, piel desnuda y el paraíso.

Se tropezó con el tensiómetro, tiró la pizarra y volcó el café, que por suerte rodó hasta el lavabo, evitando que la moqueta se empapara, y evitándole a Joanna una serie de juramentos dedicados a Rio Madrid.

Tenía que dejar de pensar en él y en lo que había pasado en la noche del sábado, tanto como en lo que no había pasado, que era lo único que tenía en la mente desde que se había levantado al amanecer, sola.

Suponía que debía agradecerle a Rio que no hubiera cambiado de opinión y no hubiera ido a buscarla, pero no era así. Por poco sensato que le pareciera, lo habría recibido dentro de su cama y de su cuerpo sin pensarlo dos veces, y probablemente no sin arrepentirse.

Sí, debería estarle agradecida por haberse mantenido alejado y por haberla esquivado también el día anterior. Pero en lugar de ello, estaba frustrada y necesitada y aún lo deseaba tanto como hacía dos noches. Tanto como la primera noche cuando la había besado.

–Perdona –la interrumpió Allison Cartwright, que llamaba a la puerta abierta–. ¿Tienes un momento?

–Entra –contestó Joanna mientras se secaba las manos, deseando poder deshacerse con la misma facilidad de los pensamientos sobre Rio–. Mi

próxima paciente no llega hasta dentro de diez minutos. ¿Qué pasa?

Allison entró a zancadas y dejó caer su ligero cuerpo en una silla, soltó un suspiro forzado y estiró las largas piernas.

–Se me están empezando a hinchar los pies y las caderas están tomando proporciones peligrosas, y voy al baño cada cuarto de hora porque creo que el niño está sentado en mi vejiga. Pero está bien, porque en unas seis semanas lo tendré aquí y le perdonaré todo.

–¿Sigues convencida de que es niño?

–Me apuesto lo que quieras –dijo Allison, dándose golpecitos en la tripa–. Es tan activo que no puedo evitar pensar que va a ser futbolista.

–Siempre puedes averiguarlo con una ecografía.

–No, quiero que sea sorpresa.

–Por cierto, ¿has visto últimamente al doctor Madrid?

–Precisamente de eso es de lo que quería hablarte, del doctor Madrid.

Joanna intentó no pulsar aún el botón de alarma interno, pero no pudo evitar preocuparse por que la gente supiera ya dónde vivía. Lo cual le pareció ridículo, pues pensó que Allison no tenía forma de saberlo ya que trabajaba al otro lado de la ciudad. A menos que se lo hubiera contado Rio, lo cual no era probable.

–¿Qué pasa con el doctor Madrid?

–He decidido tener el niño aquí en el centro, siempre que seas tú quien me atienda en el parto. Pero no sé cómo decírselo, ha sido tan bueno conmigo y es un gran médico, pero la verdad es que no quiero tener a mi hijo en el hospital.

–¿Estás completamente segura? –dijo Joanna, después de acercarse a ella–. Me habías dicho que estabas pensando en usar la epidural y sabes que aquí no la proveemos.

–Estoy segura. Y ya no me preocupa tanto el dolor porque sé que estarás conmigo. Si te soy sincera, hay otros motivos por los que no quiero tener al niño en el Memorial.

–No tienes por qué decírmelo –dijo Joanna, frunciendo el ceño–, pero ¿tiene algo que ver con el padre del bebé?

–Podría decirse –titubeó Allison–, pero preferiría no hablar más.

–Entiendo –contestó la comadrona, a quien pareció obvio que el padre trabajaba en el hospital, y se preguntó si estaría casado, lo cual le daba mucha pena, aunque le costaba creer que Allison hubiera caído en aquella trampa, pero sabía por experiencia lo persuasivos que podían ser los hombres, y lo decepcionantes–. ¿Quieres que le comunique yo al doctor Madrid tu decisión?

–Para ser justa tengo que decírselo yo, pero si pudieras, digamos, allanarme el camino para que no le pille tan de sopetón.

–Ningún problema –dijo, aunque no le hacía gracia–. Se lo mencionaré esta noche.

–¿Esta noche?

–Eh, ah, sí –titubeó ella, que no sabía cómo salir de aquello–, si lo veo esta noche, por algún motivo. Es posible, si hay alguna razón para que lo vea esta noche.

–Creo que la comadrona protesta demasiado –dijo Allison con una

sonrisa, e, inclinándose hacia delante, bajó la voz–. ¿Es tan bueno como parece?

–No lo sé –contestó ella, que estaba sudando por todo el cuello.

–¿Estás segura?

–Uy, mira –cortó Joanna mirando el reloj–, va a llegar mi paciente.

–De acuerdo, enfermera Blake –dijo Allison, que se levantó de la silla con un estilo que Joanna siempre había deseado tener y se dirigió a la puerta. Rodeó el pomo con sus finos dedos y se volvió a Joanna con una sonrisa ladina–, no te voy a molestar puesto que todos tenemos derecho a nuestros secretos. Pero en cuanto averigües lo bueno que es el doctor, no te olvides de contármelo.

Con aquello se marchó. Joanna se resistió a echarse agua por la cara para refrescarse el repentino sudor. Entonces pensó en agua, agua relajante y caliente, burbujas enroscándose alrededor de su cuerpo, dedos suaves sobre su piel tierna…

Se llevó las manos a las mejillas como si intentara sacudirse los recuerdos, y maldijo a Rio. Pensó que en cuanto lo viera se preocuparía por comentarle lo de Allison Cartwright. Y le dejaría muy claro que se habían terminado los juegos, así que sería mejor que guardara las distancias. Solo deseó recordar guardarlas ella también.

Capítulo Seis

Tras dos largos partos, Rio llegó pronto a casa el viernes, poco antes del amanecer. Preparó un fuego, se quitó la camiseta y se tiró en el sofá con Gabby. Desde que Joanna se había ido a vivir con él hacía dos semanas, apenas se habían visto por sus horarios incompatibles. Habían cenado juntos un par de noches y debía admitir que había disfrutado de las comidas que le había preparado, de sus conversaciones y sobre todo de la forma en que siempre lo hacía sonreír con alguna historia divertida sobre su hijo. Apreciaba que siempre lo escuchara cuando había tenido un día duro y apreciaba compartir sus preocupaciones sobre sus pacientes. Pero también había sentido su intranquilidad las veces que, incapaz de resistirse, le había tocado la cara o la mano.

Rio decidió que debía considerarse afortunada, pues él deseaba tocarla en otros sitios y besarla por todas partes. Había luchado consigo mismo para tener las manos quietas, para no ponerse detrás de ella cuando estaba cocinando y él deseaba con todas sus fuerzas subir la temperatura metiéndole una mano por dentro de los pantalones anchos que se ponía al llegar a casa y hacerla reaccionar como lo había hecho en el jacuzzi. Pero había decidido mantenerse firme y dejar que fuera ella quien diera el siguiente paso, aunque aquello lo matara.

Pensar en hacer el amor de verdad con ella lo puso muy duro y lo hizo querer gemir de frustración. Se bajó un poco la cremallera para aliviarse, pero no ayudó mucho. Solo había una cosa que podía ayudarlo, y estaba arriba, profundamente dormida. Se quitó la cinta de la cabeza, apoyó esta en el respaldo del sofá de cuero y los pies en la mesita. Con Gabby a su lado hecha un ovillo, encendió la televisión y puso la teletienda. Normalmente habría puesto algo más interesante o algo que lo ayudara a dormir el par de horas que le quedaban antes de regresar al hospital. Pero en aquel momento tenía todos sus pensamientos en Joanna, en el hecho de que estaba arriba en la cama, sola, y que él estaba en el sofá ardiendo en deseos por ella.

Pero había hablado muy en serio cuando le había dicho que no harían el amor hasta que ella fuera a él. Tenía que ser una decisión consciente la que la llevara a su cama. Tenía que decidir que estaba dispuesta a entablar una relación que podría no consistir más que en dos adultos disfrutando de su intimidad. Deseaba poder ofrecerle algo más, pero no estaba seguro de poder. Una parte de él temía la falta de libertad, pues había renunciado a mucha en su vida. Pero lo más importante era que no estaba seguro de estar hecho para el matrimonio o la paternidad, pues su propio ejemplo no había sido nada satisfactorio. A veces había pensado en jugar aquel papel, pero nunca había encontrado una mujer que despertara en él sentimientos

que lo llevaran a un compromiso serio.

Salvo la mujer del piso de arriba. Quizá por ello le empezaba a asustar tanto tener a Joanna Blake en su vida. Se había equivocado al pensar que podría llevar bien tenerla allí y no tenerla del todo. No le gustaba su propia debilidad, pero tampoco quería dejarse llevar por el deseo sin saber a ciencia cierta que ella estaba dispuesta a aceptar las condiciones. Pero dudaba de cuánto tiempo podría mantenerse fuerte ante su presencia, tanto emocional como físicamente.

Gabby aulló, giró la cabeza a un lado y se quedó mirando a la puerta. Rio miró por encima del hombro para ver dibujada la figura de Joanna, vestida con una camiseta de franela hasta los muslos y calcetines, y el pelo un maremágnum de rizos. No recordaba haber deseado a nadie como la deseaba en aquel momento. Se le había empezado a calmar el cuerpo hacía solo unos minutos hasta que apareció ella y este volvió a cobrar vida. Si hubiera sido un caballero, se habría tapado con un cojín, pero por el aspecto de Joanna no parecía que esta se fuera a dar mucha cuenta.

–¿Qué haces levantada tan pronto? –le preguntó cuando ella se sentó en el rincón del sofá.

Cuando inconscientemente se llevó una mano al torso descubierto, la mirada de ella siguió el movimiento y bajó por el abdomen hasta donde los vaqueros estaban abiertos a medias, lo cual lo hizo sentir más incómodo.

–¿Qué haces levantado tú? –preguntó ella, desviando la vista al televisor.

–Todavía no me he acostado; de hecho, acabo de llegar a casa. He tenido una noche muy movida así que aún tengo un subidón de adrenalina.

Tenía también un subidón de ella, de imaginarse quitándole el camisón despacio y haciendo el amor durante mucho tiempo y de forma salvaje frente a la chimenea. La llama se había apagado pero el fuego bajo su cinturón generaba suficiente calor para calentar toda la ciudad. Joanna se estiró y bostezó.

–No podía dormir más. Demasiadas cosas en la cabeza, supongo.

–¿No va bien el trabajo? –preguntó él, cuya preocupación por ella al verla tan afligida lo ayudó a calmar sus ansias.

–El trabajo va bien –contestó ella, agitando la cabeza–. Ayer recibí una carta de mi madre y Joseph.

–¿Algo va mal? –preguntó él, con creciente preocupación.

–No demasiado. Joseph va bien en el colegio, con sobresalientes, pero tiene un pequeño problema con hablar en clase –explicó, y sonrió–. Lo ha sacado de su padre.

–Echas de menos a tu hijo –dijo Rio, tras quitar los pies de la mesa e incorporarse.

–Lo echo de menos todas las noches y todos los días, sobre todo cuando hace frío. Me recuerda a cuando nació, en noviembre. El día que lo llevé a casa hacía un grado en la calle. Era tan pequeño y yo estaba tan asustada. Pensar en moldear una vida es sobrecogedor, pero me gusta recordar aquel día en que éramos solo él y yo, empezando a conocernos.

–¿Y tu marido?

–Oh, estaba fuera celebrando que había tenido un hijo. Empezó a celebrarlo ese día y siguió durante una semana.

–Pero estuvo contigo en el parto.

–La verdad es que no. A Adam no se le daban muy bien esas cosas, pero tuve suerte y solo fueron cuatro horas de parto.

–Tuviste suerte en el parto. No puedo decir lo mismo sobre tu elección de maridos.

–Era un embaucador con labia –dijo, y señaló con la cabeza a la televisión donde el presentador resaltaba las virtudes de un limpiador–. Como ese tipo. Lo que te cuenta suena muy bien y pronto descubres que has comprado un producto con taras. Aprendí que cuando algo parece demasiado bueno para ser verdad, lo más seguro es que sea así.

Con cada revelación, Rio despreciaba cada vez más al ex de Joanna sin siquiera conocerlo. Pero lo que sí sabía era que lo que ella le contaba era cierto, justificación suficiente para su odio.

–¿Te dio ese bastardo alguna vez lo que necesitabas?

–Me dio a Joseph.

–Debería darte dinero.

–¿De dónde lo iba a sacar, de su cara bonita? –dijo, con la voz airada de una mujer desdeñada–. Fue incapaz de mantener un empleo cuando yo iba a la escuela; dudo mucho que tenga uno ahora.

–¿Ibas a la escuela cuando nació el niño?

–Escuela de Medicina, a segundo. Así es como terminamos en San Antonio.

–¿Escuela de Medicina? –preguntó él, a quien lo había sorprendido sobremanera.

–Sí; no es que pensara tener un niño entonces –contestó ella, agarrándose las piernas con las manos–. Quería esperar a terminar pero… Creí como una tonta que con un hijo Adam se relajaría un poco, pero es obvio que me equivoqué.

–Obvio. Pero no te arrepientes de haberlo tenido.

–No, él es mi vida.

–No tenía ni idea de que quisieras ser médico –dijo él, enfermo por su repentina sensación de no ser adecuado para ella, de lo poco que le podía ofrecer.

–Hay un par de cosas que no sabes sobre mí.

–Me gustaría saber más sobre ti, Joanna –se encontró diciendo con sinceridad.

–Creo que nos hemos saltado un par de pasos –dijo ella con una sonrisa–, teniendo en cuenta que ya sabes cómo soy desnuda.

–La oferta respecto a Joseph sigue en pie –le volvió a ofrecer Rio, a quien le había sobrado el último comentario–. Así podría estar contigo todos los días.

–De verdad te lo agradezco –suspiró ella–, pero ya te dije que debe acabar el curso allí.

–Vale, pero si cambias de opinión quiero que sepas que será bien recibido.

Para sorpresa de Rio, Joanna se levantó, fue al sofá y se inclinó sobre él.

–¿Te vas a ir a la cama pronto? –le preguntó.

–Dentro de un rato –contestó él, que deseaba irse a la cama con ella, pero no si ella no lo invitaba.

–Supongo que estás muy cansado, ¿no?

–¿Necesitas algo? –preguntó él, que pensaba que no estaba lo suficiente cansado como para que, si se lo pidiera, no hicieran el amor hasta que amaneciera en un par de horas.

Se hizo un largo silencio en el que ella permaneció de pie mordiéndose el labio inferior, y en que a Rio le costó mucho no agarrarle las manos, sentarla a horcajadas sobre él y hacerle saber que necesitaba estar dentro de ella más que dormir. Por un momento pensó que de verdad iría a él y le calmaría el dolor casi insoportable de la entrepierna. El momento terminó cuando ella retiró la mirada.

–La verdad es que tengo que decirte una cosa, pero puede esperar; necesitas descansar.

–Unos minutos más no van a cambiar nada –dijo él, que además de necesitarla en un modo muy básico, necesitaba saber lo que le preocupaba.

–Es sobre Allison Cartwright –dijo ella al fin, tras sentarse en la otra esquina del sillón–. Creo que ha decidido tener el niño en el Centro.

–Entiendo sus motivos –contestó él, que no parecía muy sorprendido.

–Pero estás enfadado.

–Enfadado no, preocupado.

–Rio –dijo ella, acercándose a él, que sintió su aroma y la imaginó bajo él–, te prometo que estará bien. El embarazo está yendo muy bien, ¿no?

–Sí –replicó él, que no podía ocultar su aprensión más que su deseo por Joanna Blake, y fijó la mirada en la televisión–. Pero puede pasar cualquier cosa.

–O puede no pasar nada salvo que nazca un niño sano. Los dos lo sabemos.

Rio notó que lo estaba escudriñando con la mirada, pero en aquel momento estaba demasiado cansado para discutir, demasiado herido para pensar en otra cosa que no fuera escapar antes de apagar toda su frustración tomando a Joanna entre sus brazos e intentando persuadirla.

–Solo prométeme que si pasa algo me la traerás al hospital.

–Te llamaré si pasa algo, pero sinceramente lo dudo.

–Bien –aceptó él, y se levantó, para darse cuenta de hasta dónde llegaba su agotamiento.

–Rio –lo llamó Joanna, con una voz dulce que hizo levantar de nuevo su libido.

–¿Sí?

–¿Sabes? Aún podrías estar en el parto si quieres.

–No, gracias.

–Espero que algún día tengas la suficiente confianza en mí para contarme qué te pasó para que te opongas tanto a los métodos no hospitalarios.

–No me pasó nada –dijo, excepto que había visto morir a una joven

cuando apenas tenía edad para verla dar a luz–. Solo considérame extremadamente cauteloso.

–¿Vas a tu habitación?

–Antes voy por el periódico y a tomarme un café.

–Entonces tengo que pedirte un favor.

–Dispara.

–¿Te importa que use tu ducha? No tardaré mucho.

–Ningún problema.

Sí era un problema. Saber que Joanna estaba en su ducha, desnuda y mojada, no lo dejaría dormir en absoluto. Pero aquello no le iba a impedir negárselo; de hecho, empezaba a pensar que le iba a costar mucho negarle cualquier cosa.

No estaba sola. A través del vaho de la mampara de la ducha, Joanna vio a Rio apoyado en la puerta del baño, con los brazos cruzados sobre el torso desnudo. Estaba tan relajado que parecía una rutina que hiciera todos los días. Sin embargo Joanna no estaba lo más mínimo relajada; no lo había estado desde que había entrado en el salón y lo había visto con los vaqueros desabrochados mostrando ligeramente el tatuaje. Y bajo ellos, una fuerte evidencia de que estaba excitado, igual que ella. Y lo seguía estando.

Pero no le sorprendía precisamente la visita. Después de todo, ella estaba en su dominio privado y había dejado la puerta entreabierta para que no se empañara demasiado el baño. O aquello era lo que se había dicho, pues en su inconsciente esperaba que Rio se aventurara a entrar; en silencio se moría de ganas de que se despojara de la ropa y de la resistencia y se uniera a ella para más juegos acuáticos. Pero en vez de ello, él siguió de pie observando, y ella continuó frotándose el cuerpo lentamente, con el mismo jabón que había percibido en la piel de Rio en más de una ocasión, como si no hubiera notado su presencia. El simple acto de ducharse tomó un significado totalmente nuevo. Se imaginó sus manos diestras sobre ella. Con cada pasada sobre los senos, recordó sus apasionadas caricias. Con cada latido, un calor asfixiante la asaltaba en lo más profundo. La cabeza de Joanna había empezado a fantasear y su cuerpo a retorcerse al pensar a lo que podía llevar todo aquello.

Pronto se dio cuenta de que a ningún sitio, al terminar de lavarse y ver que él no había hecho el menor movimiento. Pensó que quizá no la encontraba atractiva, que quizá no le gustaban las estrías de la parte superior de sus muslos, la ligera redondez de su tripa o sus grandes caderas. Pero él ya había visto todos aquellos detalles en el jacuzzi y entonces no lo habían detenido. Definitivamente algo lo detenía ahora.

Resignada a que no fuera a hacer nada, Joanna cerró el grifo, abrió la mampara y tomó la toalla negra. Se secó despacio, siendo aún muy consciente de que la observaba, pero no se atrevió a mirarlo hasta que puso los pies en el suelo de madera con el albornoz. Entonces fingió tranquilidad al levantar la vista después de haberse apretado el cinturón.

–¿He tardado mucho? –preguntó, mostrando indiferencia.

–En absoluto –respondió él, con voz muy profunda y áspera.
–Salgo en un minuto. Solo deja que me dé un cepillado rápido.
Se sentó en el tocador y se peinó los rizos, sin ver mucho más que el reflejo de Rio en el espejo. Este seguía con la expresión calmada, tan desapasionada como mientras la miraba ducharse, pero sus ojos no traslucían tal calma y control. Estaban oscuros e inquietos, muy inquietos. Ella se giró en el taburete con el cepillo en la mano y él la miró de arriba abajo.
–Te sangra la pierna –le informó, con un rastro de preocupación.
–Lo siento –contestó ella, al ver un caminito rojo que manaba de un pequeño corte en el tobillo–, no me he dado cuenta.
Sin hablar, Rio fue a ella a zancadas dejándola casi sin aliento y con el corazón latiendo a toda prisa. Se agachó y abrió un cajón y Joanna miró el contenido mientras él revolvía; sobre todo se fijó en una enorme caja de preservativos de formato industrial.
El doctor sacó una venda, se arrodilló y se puso el pie sobre la pierna. Ella no pudo olvidar el hecho de que estaba sentada en un taburete con nada más que un albornoz de felpa rosa que le llegaba por las rodillas, con un pie en la pierna de él y el corazón en la garganta. Se le puso la carne de gallina, a pesar del calor que hacía en el baño o de la mirada cálida que Rio tenía fija en sus ojos.
Después de ponerle la venda, se quedó quieto, como si esperara alguna respuesta. Joanna supuso que debía darle las gracias pero fue incapaz de hablar cuando él le empezó a acariciar el empeine con el pulgar. Rio seguía mirando a Joanna en silencio y la tensión era tan espesa como el vapor de la ducha. Ella no tenía ni idea de lo que esperaba pero sospechaba que debía de ser una señal por su parte, algo que le indicara que lo deseaba, y sin duda lo hacía. Con él parecía no importar lo que no debía hacer. Lo único que sabía era que lo deseaba con una urgencia que desafiaba a toda lógica.
Los últimos restos de sentido común de Joanna se desvanecieron junto con su respiración normal. Como por sí mismas, sus piernas se abrieron y el albornoz cayó a los lados en una invitación descarada. Sin retirar la mirada de la de ella, Rio levantó el pie de Joanna junto con la cadencia de su corazón. Le dio un dulce beso en el tobillo encima de la venda, luego otro en la pantorrilla y después en la rodilla.
Consciente de su escalada y su posible objetivo, a Joanna le costaba respirar mientras él continuaba con su atrevida exploración. No podía sentirse mejor y apretó los ojos mientras él le dejaba con la lengua un camino húmedo y abrasador en la parte interior del muslo. Su boca, tan suave sobre la piel desnuda, generaba un calor tan sofocante que Joanna solo podía pensar en lo mucho que lo necesitaba.
En lo más profundo de su conciencia, sabía que sería más prudente detener lo que sabía que él estaba a punto de hacer. Pero su mente estaba tan débil como su cuerpo y tan flojo como el cinturón que él le desataba. Tuvo que agarrarse a los bordes del taburete cuando él le abrió del todo el albornoz, dejando al descubierto los senos. Al mismo tiempo abrió los ojos y descubrió su boca a escasos centímetros de terreno íntimo.

Joanna no reconocía a aquella mujer desinhibida que residía bajo su piel. La antigua habría protestado, se habría cuestionado su raciocinio, la pretensión del médico, o al menos habría mirado hacia otro lado. Pero la nueva versión no podía resistirse a Rio Madrid, no podía evitar mirar, ni siquiera cuando él puso los labios entre sus muslos temblorosos, ni cuando le abrió la piel vulnerable con la lengua, le apretó los pechos con sus expertos dedos, o la siguió explorando mientras ella se balanceaba al borde de algo que no estaba segura de poder soportar.

Al ver la escena surrealista, al verlo mirándola, sintió un clímax cegador. La intensa sensación estuvo a punto de hacerla apartarse del tormento de Rio, pero no pudo. Solo pudo apoyar la barbilla en el pecho mientras se retorcía de puro placer.

Antes de que Joanna se recuperara del todo, Rio la abrazó y le dio un beso que amenazó con disolverla, un cruce de lenguas, dientes y sabores que le afectaron al equilibrio.

Buscando donde agarrarse, lo abrazó por la cintura. Necesitaba sentir cada parte de él, cada centímetro, y le abrió la cremallera del pantalón. Como él no la detuvo, le metió las manos en los calzoncillos. Él le puso las manos sobre los hombros y los estrujó cuando ella lo tocó con movimientos firmes.

Al oírlo gemir, Joanna creyó que la agarraría y la llevaría a la cama, pero él siguió tocándola del mismo modo en que ella lo tocaba a él, y la besaba con pasión irrefrenable. Ella carecía por completo de voluntad. Un atisbo de aprensión intentó captar su atención, pero no le hizo caso, decidida a concentrarse exclusivamente en su propósito, hacer perder el control a Rio. Como respuesta, este murmuró unas palabras en su lengua materna, frases que sabía que Joanna no entendería. Eran palabras sexuales; la reacción de su cuerpo no necesitaba interpretación alguna. Estaba más duro de lo que hubiera estado en su vida, y más desesperado por ella de lo que hubiera estado por ninguna otra mujer.

Las caricias suaves y sólidas de Joanna pudieron con la resistencia de Rio, lo llevaron al límite y terminaron con su sentido común, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

Con la mente en una bruma carnal y el cuerpo gritando en busca de alivio, tumbó a Joanna en el suelo y se quitó los vaqueros y los calzoncillos. Sacó un preservativo del cajón y dudó, pero la duda se desvaneció cuando ella emitió un sonido de súplica. Entonces lo abrió con los dientes y se lo puso. Sin ninguna formalidad, sin ninguna pausa, se introdujo dentro de ella. El placer extremo que sintió en aquel momento lo expresó en un ronco suspiro mientras luchaba por mantener la compostura. Desinhibidos y sin control, rodaron hasta que Joanna se colocó encima, tomando las riendas que él estuvo más que feliz de concederle. Él jugó con los rizos empapados de ella mientras mantenía la mirada firme en la suya, buscando alguna resistencia, alguna señal de que la había malinterpretado. Solo vio el retrato perfecto de una mujer bella y sensual en busca de liberación que se movía con un ritmo erótico y lo montaba como si quisiera robarle la salud.

Decidido a retardar el clímax lo más posible, Rio se acercó a Joanna

hasta llegar a sus pezones rosados con la boca, le agarró las caderas y empujó suavemente hasta introducirse por completo en su atrayente calor. Ella se incorporó y echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y los labios temblorosos. Rio adivinó que estaba próxima a otro orgasmo, y no anduvo muy desencaminado.

A partir de aquel punto, Rio dejó de pensar, dejó de considerar cualquier cosa que no fuera la salvaje pasión que le bloqueaba todo razonamiento al tiempo que sintió un clímax por todo el cuerpo que lo llevó más allá del reino de la consciencia, donde no existía más que el orgasmo de Joanna, que lo metía más dentro.

Un rato después, Joanna se tumbó sobre su pecho con la respiración entrecortada. Rio la sujetó con fuerza y saboreó, entre el aroma a limpio de la ducha proveniente de su cabello de seda y su piel suave, el sabor de ella aún latente en la lengua y en los labios. Joanna Blake era más de lo que había imaginado como amante, hasta en sus sueños más íntimos. A pesar de todo lo que le había hecho a su cuerpo y a su mente, no podía compararse con el hueco que había abierto en su corazón. Había abierto algo en él que nunca hubiera esperado, algo más allá de la satisfacción física, y Rio sabía que nunca volvería a ser el mismo. También reconoció que ella necesitaba algo más que sexo. Necesitaba un hombre que la quisiera bien, día a día. Un hombre seguro y estable al que no le importara ceder su libertad para adecuarse a la rutina. No estaba seguro de poder abrirse algún día a un compromiso para siempre, a pesar de que Joanna era la única mujer que se había acercado a despertar aquellos sentimientos en él. Sentimientos que le aterrorizaba reconocer.

Con tantas preocupaciones en la cabeza, Rio empezó a arrepentirse de haber cedido a sus instintos. Disfrutaba de un sexo caliente, duro y rápido si la situación lo requería, y en efecto, Joanna había participado de buena gana, pero no se lo había pedido exactamente, al menos no de forma verbal. Había llegado a la conclusión de que había empezado él, algo que había jurado no hacer, y había terminado sin importarle lo que ella necesitara, algo lento, tierno y considerado en una cómoda cama y no el suelo de un cuarto de baño, sobre todo la primera vez.

En aquel instante Rio necesitó alejarse de ella para meditar, para castigarse lo suficiente por haber perdido el control. La quitó de encima despacio, rompiendo todo contacto íntimo y sintiéndose vacío. Se puso de pie y fue a la puerta. Le pesaban las piernas por la satisfacción, pero la cabeza y el corazón le pesaban por el sentimiento de culpa.

Sin recoger la ropa y ni siquiera mirar hacia detrás, murmuró.

–Lo siento.

Capítulo Siete

Joanna solo pudo mirar en silencio la espalda robusta de Rio mientras este salía del baño, dejándola tumbada desnuda en el suelo, boquiabierta y con el cuerpo aún temblando después de haber hecho el amor. Aunque pensándolo bien, aquello no había sido hacer el amor. Sexo sería una descripción más aproximada. Un sexo salvaje, rápido e increíble, salvo por una cosa, que cuando Rio se había deslizado dentro de su cuerpo, le había llegado hasta el corazón. Y ella lo odiaba, odiaba haberse abierto tanto y haber sido tan vulnerable a un hombre que solo le había prometido un lugar donde vivir y le había jurado que serían amantes. Ahora eran amantes y él se arrepentía.

Recogió el albornoz del suelo y se lo cerró tanto que pensó que se iba a cortar la respiración. Con paso firme, fue a la habitación de Rio, donde lo encontró tumbado boca arriba en la cama con la sábana de satén negro cubriéndole una pierna. Se obligó a mirarlo a la cara, tapada con un brazo y por donde el pelo oscuro se mezclaba con la almohada negra. Incluso entonces, cuando debería clavarle las uñas por haberse marchado de aquel modo, volvió a sentir un deseo que amenazaba con hacerle sentir el impulso de meterse en su cama e invitarlo de nuevo dentro de su cuerpo.

–¿Te importaría explicarme de qué iba todo eso?

–Ya sabes de qué iba –contestó él con una voz grosera, quizá de la falta de sueño o quizá de la abundancia de arrepentimiento.

–No me refiero al sexo, me refiero a cómo te has ido sin más que una disculpa pobre.

–Me disculpo otra vez –dijo él, tras quitarse el brazo de los ojos pero sin dejar de mirar al techo–. Nunca debí haber permitido que ocurriera.

–No estabas solo –replicó ella, pensando que nunca debió haberlo permitido entrar en su vida y mucho menos en su corazón–. Y si lo recuerdas, yo no te he parado.

–Tampoco me lo has pedido.

–¿Se supone que debía decirte «Rio, tómame ahora»? –preguntó ella, con fuego en las mejillas de la frustración–. Creo que era más que obvio que yo quería que pasara.

Él se volvió hacia ella, apoyando la cabeza en un brazo. La sábana se le bajó lo justo para que ella alcanzara a verle la mata de vello negro bajo el ombligo y el jaguar. Hacía unos instantes había tenido un conocimiento íntimo y personal de aquella zona, y desde luego no la había decepcionado. Se le aceleró el pulso al recordarlo. Quiso revivirlo otra vez, en aquel lugar y en aquel momento. Se apretó la mandíbula, enfadada por su repentina falta de disciplina. No sabía qué le pasaba; se suponía que debía estar furiosa con él, no desearlo, pero lamentablemente así era. Él

fijó la mirada dorada en sus ojos.

–Te mereces algo más que un revolcón, Joanna.

–Merezco sinceridad y respeto.

–Precisamente porque te respeto me siento tan culpable ahora –dijo él, que se volvió a poner de espaldas–. Si no me hubiera ido, corría el riesgo de perder el control otra vez.

–¿Y qué tiene de malo exactamente perder el control, te hace demasiado humano? –preguntó Joanna, de mejor humor al saber que no lo había desilusionado y que la deseaba tanto como ella a él.

–Me hace menos hombre porque no me he parado a pensar lo que tú necesitabas. Pero al verte en la ducha, tocándote, no he podido pensar más que en lo que yo quería, estar por fin dentro de ti aunque significara tomarte en el suelo del cuarto de baño. No ha sido uno de mis mejores momentos.

–¿Por qué no lo dejamos en un puro instinto animal? –preguntó Joanna, que podría haberlo discutido pero no quería nutrir aún más su ego.

–Por mi experiencia he aprendido que las mujeres sois fuertes por encima de cualquier límite, más fuertes que la mayoría de los hombres en muchos casos. Merecéis ser tratadas con el mayor de los respetos –dijo, y la volvió a mirar–. Eres madre soltera, Joanna, tienes una responsabilidad con tu hijo y contigo. No necesitas mezclarte con alguien como yo.

–¿Quieres decir que no mereces la pena?

–Quiero decir que probablemente no pueda darte más que sexo. ¿De verdad quieres solo eso?

Joanna no sabía lo que quería en aquel momento, solo sabía que cuando estaba con él sentía una especie de conexión espiritual, algo doloroso desde que Rio admitió que solo podía ofrecerle satisfacción sexual, un revolcón de vez en cuando.

Aburrida y cansada, no vio razón de continuar una conversación que no llevaba a ningún sitio, al menos en aquel momento. Tenía que ir a trabajar, cumplir con sus responsabilidades y dejar a Rio con sus remordimientos mientras ella trataba con los suyos. Tenía que aprender a aceptarlo tal y como era, un hombre que no quería ataduras, muy parecido a su ex marido en aquel aspecto a pesar de no parecerse en nada más.

–Ahora que lo has aclarado todo me voy a preparar para el trabajo. Podemos olvidar que esto ha ocurrido –dijo, consciente de que no podría olvidarlo nunca.

Cuando se giró para irse, él le agarró la mano, asustándola y enervándola, pero ella no se atrevió a mirarlo.

–Ojalá las cosas fueran distintas, Joanna, y a lo mejor lo entiendes algún día –indicó él, con voz triste y de arrepentimiento–. Pero ahora mismo solo tienes que entender una cosa: no recuerdo haber deseado tanto a una mujer como te deseo a ti.

Cuando le besó la mano, un recuerdo punzante como una aguja saltó en su mente, el recuerdo de unos labios besándola concienzudamente por todas partes. No le habría costado ningún esfuerzo perderse en los recuerdos, ir con él y volver a experimentarse mutuamente, aceptar el hecho de que podía darle todo cuanto deseaba en lo que se refería a hacer

el amor, pero no podía darle amor.

En el silencio de la habitación, con la mano aún sujeta por la de él, y su vida mezclada a su pesar con la de él, admitió que una parte de ella necesitaba su amor. Se soltó y se alejó a toda prisa. Como la primera noche en el salón de baile, su instinto le dijo que quizá nunca podría librarse del poder que ejercía sobre ella, sin importar lo lejos o lo rápido que huyera.

Rio optó por ir en moto al hospital con la esperanza de que el aire fresco le aclarara las ideas, pero no había sido así. Ahora que se estaba preparando para las visitas de la mañana la niebla mental de la cabeza no se disipaba, ni siquiera tras dos tazas de café espresso que había tomado en casa y un café bien cargado que se había hecho en la sala de médicos. Pero no era el cansancio lo que le dificultaba el razonamiento, sino Joanna. No podía detener el sentimiento de culpa que parecía escalar en su interior, ni podía olvidar lo que había ocurrido entre ellos. Tampoco podía dejar de pensar que quería que sucediera otra vez.

Pero en aquel momento debía dejar de pensar en otra cosa que no fueran sus pacientes. Recorrió a zancadas el pasillo con el piloto automático puesto. Al llegar a su destino, miró la pizarra de la puerta y entró en la habitación. La mujer cuyo hijo había ayudado a nacer hacía tan solo unas horas lo miró expectante desde la cama.

–Buenos días, doctor Madrid –saludó, a pesar de que parecía agotada.

–¿Cómo está, señora Rutherford? –preguntó él con una sonrisa forzada.

–Muy bien, pero estaría mejor si me trajeran al niño.

–¿No lo ha visto desde el parto? –preguntó él después de mirar la cuna vacía.

–No; la enfermera me dijo que me lo traerían en cuanto lo bañaran y lo vistieran.

–¿Cuánto hace de eso?

–Hará unas dos horas, creo –contestó ella tras mirar el reloj–. Espero que me lo traigan pronto porque mi marido está viniendo antes de irse a trabajar y va a traer a nuestra hija.

–Vuelvo enseguida.

Regresó al vestíbulo y encontró a la enfermera jefe en el mostrador.

–Sara, ¿sabe por qué no le han llevado a su hijo a la señora Rutherford?

–Lo siento, no sabía que no lo hubieran llevado –contestó ella, encogiéndose de hombros–, no es paciente mía. Estamos inundados desde el cambio de turno.

–¿Le importaría llamar a enfermería para ver qué pasa?

–Claro, doctor Madrid. ¿Algo más?

–No, eso es todo.

–¿Una noche dura? –preguntó ella con los ojos grises fruncidos en un ceño.

–Lo de siempre –contestó él, pensando en que había tenido una mañana dura.

–Bueno, espero que descanse el fin de semana. El lunes hay luna llena;

ya sabe.

Sabía lo significaba la luna llena, un infierno en la maternidad. Pensó en su madre, en parte porque Sara le recordaba a ella con sus ojos grises y su sabiduría, pero sobre todo porque cada vez que pensaba en la luna se acordaba de ella, una mujer que creía fervientemente en los poderes del universo, en las leyendas de la cultura maya, pero sobre todo creía en el poder infinito del amor. Ella había amado al padrastro de Rio, aunque este no lograba comprender por qué.

–Gracias –masculló a Sara con una sonrisa, y se marchó.

Una tristeza inesperada lo envolvió mientras caminaba por el pasillo, un inconsolable sentimiento de pérdida, pero pensó que solo tenía que ver con su madre en parte y mucho con Joanna. Cuando llegó a ver a su paciente, el señor Rutherford ya había llegado con su hija de cinco años, y lo saludó con una mano fuerte.

–Me alegro de verlo, doctor Madrid. Muchas gracias por lo que hizo anoche.

–Su mujer hizo todo el trabajo; yo solo estaba allí para pararlo.

Mientras el matrimonio se reía, se abrió la puerta y entró una enfermera con un fardo amarillo en los brazos.

–Parece que por fin ha llegado el invitado de honor –comentó Rio, mientras tomaba al recién nacido de los brazos de la enfermera, que salió corriendo como si esperara una reprimenda, que ya se había llevado de Sara.

Rio se aproximó a la cama para reunir por fin a madre e hijo, pero antes le miró los mofletes y la inocencia dormida y sintió otro golpe de melancolía.

–¿Ya tiene nombre?

–Rufus Harold júnior –contestó el señor Rutherford con evidente orgullo.

–¿Y tú eres? –preguntó a la niña que parecía no interesarle su hermano lo más mínimo.

–Rita Louise Rutherford, y no me gustan los bebés.

–Rita –la reprendió su madre–, si aún no lo has visto. Ven a mirarlo.

–No quiero.

Rio decidió que se trataba de los típicos celos entre hermanos. Cuando el padre dio un paso para llevar a su hija, Rio lo detuvo con una mano y sacó una piruleta del bolsillo.

–Para la hermana mayor –dijo.

Esta pareció apaciguarse algo pero no demasiado emocionada mientras desenvolvía el caramelo y se lo metía en la boca. Rio se arrodilló delante de ella.

–Mi madre hablaba mucho del sol y la luna; decía que el sol es fuerte y por lo tanto debe cuidar de la luna. Como tu pelo tiene el color del sol, entonces tu hermanito será la luna, y te buscará para que le des consejo. Es un trabajo muy importante, ¿crees que podrás hacerlo, Rita?

–Supongo –dijo ella, tras mirar al bebé–, siempre que no se meta en mis cosas.

Rio mostró su primera sonrisa de verdad en todo el día cuando Rita lo

miró con gesto de ganadora.

–¿Por qué no vas a tenerlo un rato?

Rita asintió y le dio la piruleta a su padre; entonces el doctor la levantó y la sentó en la cama. La señora Rutherford le puso el bebé en los brazos y Rio vio una transformación inmediata en la pequeña. La madre lo miró agradecida.

–Gracias, doctor Madrid.

–No hay problema, y siento que hayan tardado tanto en traerle al niño.

–Dos horas es mucho tiempo para estar sin un hijo.

Rio pensó en los dos meses que llevaba Joanna sin el suyo. Al ver a la familia junta contemplando el milagro, se dio cuenta de lo mucho que lo necesitaba. Él llevaba tanto tiempo solo que solo ahora empezaba a percibir la importancia del concepto, así como de la magnitud de su soledad. No se había parado a pensar lo difícil que debía resultar para Joanna estar lejos de sus seres queridos; solo se había preocupado de lo mucho que la deseaba, de sus propios instintos. Se sintió tan egoísta que de algún modo decidió que tenía que arreglarlo. En aquel preciso instante.

Joanna despidió a la penúltima paciente y fue a ver a la siguiente, alegrándose al descubrir que se trataba de Allison Cartwright. Cuando entró en la habitación, esta le mostró una sonrisa, pero la borró enseguida.

–Parece que te hubieran pegado, Joanna.

–Ha sido un día largo –contestó ella, que sentía que le habían pegado en el corazón.

Se sentó en una silla junto a la mesa donde estaba Allison, que tenía los pies hinchados apoyados en un taburete.

–¿Cómo te sientes?

–Bastante bien, salvo lo típico del embarazo. Como tú ibas retrasada me ha examinado Caroline.

–Lo siento, hoy no ando muy deprisa. ¿Algo especial?

–La verdad –empezó Allison, cuya sonrisa desapareció– es que está un poco preocupada por mi tensión.

–Tienes la tensión un poco alta pero la orina parece normal –comentó Joanna después de revisar las notas–. De todos modos tienes un principio de edema. Para asegurarnos te voy a poner a reposo en cama las próximas semanas. También quiero mirarte el lunes y mientras te haremos algunos tests de laboratorio.

–¿Reposo en cama? ¿Es necesario? No me siento mal ni nada y si tengo que dejar el trabajo antes de tiempo me arriesgo a perderlo.

–Allison, sé que es duro, pero no quiero que corras el riesgo de que le pase algo a tu bebé. Puedes tener preeclampsia y no queremos arriesgarnos. Preeclampsia es una condición…

–Lo sé todo –la cortó Allison–. Mi hermana y mi madre la tuvieron. De hecho mi madre murió al dar a luz a mi hermana por una preeclampsia.

–Siento mucho oír eso, Allison –dijo Joanna, cuya preocupación creció–. Y es una razón más para observarte con precaución si tienes predisposición genética.

–De acuerdo –suspiró ella–, me inventaré algo. Este bebé es muy importante para mí y no quiero correr riesgos. Después de todo, los médicos dijeron que no podría quedarme embarazada.

–Pues supongo que se equivocaron, ¿no? –dijo la comadrona con una sonrisa.

–Sí, y hablando de médicos, he hablado con el doctor Madrid.

–¿Ah, sí?

–Sí, por teléfono, y te agradezco que le contaras mi decisión.

–¿Ha estado bien contigo?

–Sí, por lo que yo he notado.

–Me alegro –dijo Joanna, que se preguntaba cómo de cooperativo se mostraría si supiera los recientes problemas de la paciente.

–Sin embargo parecía algo distraído.

–Estoy segura de que estará ocupado.

–Me ha dicho que estoy en buenas manos contigo –continuó, y sonrió–. ¿Tiene un conocimiento personal de tus manos?

–Muy graciosa, Allison.

–Lo siento, pero el día que lo vi aquí en el centro parecía que había algo entre vosotros.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Su forma de mirarte. ¿Me vas a negar que hay algo entre vosotros?

Tras un momento de duda, Joanna se dio cuenta de que podía hablar claro. Después de todo, le venía bien poder hablar con alguien. Muchas veces había estado a punto de llamar a Cassie O'Connor, pero no quería molestar a una madre de gemelos, y además en las últimas semanas había forjado una amistad con Allison. En aquellos momentos le hacía falta una amiga.

–La verdad es que vivo con Rio.

–No tenía ni idea de que fuese tan serio.

–Solo vivo con él temporalmente, hasta que encuentre un lugar decente para mí.

–Pero hay algo más que eso, ¿no?

–Supongo que podría decirse –contestó Joanna, jugando con su estetoscopio.

–¿Compartís la cama?

–Supongo que podría decirse que las cosas han ido progresando desde el punto de vista íntimo. Ahora mismo estoy bastante confusa por la situación.

–Definitivamente el sexo puede crear confusión. Desde luego cambia muchas cosas.

–Sí.

–¿Estás enamorada de él, Joanna? –le preguntó Allison, que se acariciaba la tripa.

–Yo, eh, bueno, la verdad es que me gusta mucho.

–Dios, estás enamorada. ¿No te enseñaron en la escuela a no enamorarte de un médico?

Joanna había jurado que nunca volvería a enamorarse, lo cual era probablemente un objetivo poco realista si no quería dejar de vivir al cien

por cien. Pero desde luego no pretendía hacerlo en aquel momento, y menos de un hombre como Rio Madrid.

–No estoy enamorada de él –dijo, y pensó, «aún».

–¿Estás segura?

–Claro. Créeme, he trabajado con muchos médicos que son fantásticos en su trabajo, atractivos en muchos aspectos y totalmente opuestos al compromiso.

–Yo también –replicó Allison con añoranza–. Y es lo más difícil de aceptar, ¿verdad?

–Párame si me meto demasiado, pero ¿tiene algo que ver un médico en la paternidad de tu hijo?

–Sí, el padre del bebé resulta ser médico.

–¿Lo sabe?

–No, aún no –contestó una nerviosa Allison.

–¿Se lo vas a decir?

–No estoy segura. Acaba de volver después de seis meses; no sé cómo se lo tomaría y ni siquiera si querría implicarse. Ocurrió una noche, un grave error. Salvo por el embarazo; eso no lo retiraría por nada. Este bebé es un milagro.

–Ahora mismo nos concentraremos en tu salud –le dijo Joanna, a quien le partía el corazón que Allison tuviera que criar a su hijo sola–. Descansa mucho, te observaremos con cuidado y por estas fechas el próximo mes ya tendrás a tu pequeño. Entonces podrás decidir qué hacer respecto al padre.

–Y a lo mejor tú también tendrás pronto lo que quieres. Sea lo que sea.

En aquellos momentos Joanna solo deseaba llegar a casa y pensar en lo que debía hacer con Rio. Al menos era viernes y no le tocaba guardia, pero tenía intención de telefonear a su hijo. Necesitaba oír su voz, hablar con él, el centro de su vida, el único hombre que debía importarle. Pero había algo que se mostraba evidente; a pesar de cómo la había enojado por la mañana, Rio Madrid estaba empezando a importarle también. Y mucho.

Capítulo Ocho

Joanna llegó a casa poco después de las ocho de la tarde y aparcó detrás de la camioneta de Rio. En cierto modo había esperado que no hubiera estado, pero por otra parte se alegró de saber que estaba en casa. Se dirigió hacia esta.

–¡Mamá!

Joanna se quedó boquiabierta. Antes de poder ver a su hijo corriendo hacia ella desde la casa, este ya se había aferrado a su cintura. Se agachó para abrazarlo con lágrimas de alegría y un nudo en la garganta.

–Te he echado tanto de menos, cariño –dijo, y se secó la cara con un brazo–. ¿Qué haces aquí?

–El señor Rio nos metió en un avión a la abuela y a mí para que pudiéramos verte este fin de semana.

–¿En serio? –preguntó Joanna, tan sorprendida como agradecida–. Eso ha sido muy amable por su parte. ¿Dónde está la abuela?

–En la casa con el señor Rio.

–Es doctor, cariño, no señor –lo corrigió ella, mientras se dirigían a la casa, sintiendo los deditos de su hijo en las manos–. Es el doctor Madrid.

–Él dice que puedo llamarlo Rio, pero la abuela dice que siempre hay que llamar señor a la gente que no conoces.

–Si te ha dicho que lo llames Rio, entonces llámalo así.

Un minuto antes, Joanna quería llamarle otras cosas, pero ahora solo quería darle las gracias y abrazarlo. Al llegar al vestíbulo vio a su madre esperándola, con sus ojos azules aún brillantes y llenos de picardía a pesar de su edad, y su cabello plateado con el mismo corte informal que llevaba desde que ella recordara.

–Hola, querida hija.

–Lo has hecho muy bien esta vez, Margaret Ann Mathis –la saludó, abrazándola y derramando más lágrimas–. No recuerdo haber tenido una sorpresa como esta.

–Tendrás que agradecérselo al doctor Madrid; me persuadió para que montara en avión, ¿puedes creerlo?

–¿Dónde está el doctor? –preguntó Joanna, que no se sorprendió, pues sabía que Rio podía ser muy persuasivo.

–En el garaje. Ha dicho que no quería estar en medio cuando nos saludáramos. Le he dicho que no hacía falta que se fuera pero ha insistido. También ha insistido en que pidiéramos algo para cenar. Espero que no te importe, pero nosotros ya hemos comido; el niño se moría de hambre y Rio dijo que no sabía cuándo llegarías. Te hemos guardado un poco.

–No importa, no tengo mucha hambre –la disculpó ella, que solo quería encontrar a Rio para darle las gracias–. ¿Por qué no voy a ver si viene con

nosotros? Podemos hacer una visita antes de acostar a Joseph.

–No tengo sueño –dijo categóricamente el niño, que se agachó para abrazar a Gabby. La perra agitó el rabo con fuerza y le lamió la cara hasta hacerlo reír a carcajadas.

–Mientras vas a buscar el doctor, yo bañaré al niño –dijo Margaret.

–Hay una preciosa bañera antigua en mi habitación; a Joseph le encantará. Está arriba.

–Ya lo sé –la cortó la madre–. Rio nos ha enseñado la casa. Ha dicho que Joseph y yo podemos dormir en su habitación y él en la de invitados.

–Yo quiero dormir con mamá –dijo el crío–, en la habitación de Rio.

–Está bien –contestó Joanna acariciándole el pelo–, siempre que no me quites las sábanas ni me des patadas.

–Entonces yo dormiré en tu habitación. Ahora vete a buscar a tu hombrecito.

–No es mi hombrecito, mamá; es mi casero.

–Lo que tú digas, cariño –dijo, con una sonrisa que indicaba que ella creía otra cosa, y le dio la mano al niño–. Vamos, tipo duro; es hora de llavarse.

Joseph corrió donde su madre y la rodeó por la cintura y entonces subió las escaleras con su abuela. Joanna se quedó mirándolos hasta que llegaron al segundo piso, donde el niño se detuvo a mirar la vidriera.

–Cómo mola.

Sin poder terminar de creer que estaban allí, Joanna cruzó la cocina y salió hacia el garaje. Vio luz debajo de la puerta cerrada y oyó una música estridente. Llamó dos veces y, al no obtener respuesta, entró y encontró a Rio sentado junto a una moto negra y brillante, vestido con vaqueros gastados y una camiseta con la inscripción *Deja que la potencia te consuma*. Y ciertamente ella se sintió consumida por su potencia al observarlo apretando un tornillo cerca de la rueda trasera. Tenía los tendones del brazo tensos y a Joanna le empezaron a llegar a la mente imágenes de aquella mañana, imágenes de besos y caricias, de cuerpos entrelazados…

Intentó apagar las imágenes al tiempo que apagó la radio sobre una mesa de trabajo. La música paró de golpe, pero para su desazón los recuerdos persistieron. Rio levantó la vista, confuso, hasta que la vio.

–Lo siento, no sabía que estabas ahí –dijo, mientras se ponía de pie y se limpiaba las manos con un trapo.

–¿Qué haces? –preguntó Joanna, observando el trabajo.

–Unos pequeños ajustes. Me he comido un bordillo hoy cuando iba a trabajar; supongo que no estaba demasiado atento, pero ya casi lo he arreglado.

Joanna lo comprendió, pues había estado a punto de llevarse por delante tres árboles. Entonces percibió una mezcla del olor inconfundible de Rio mezclado con grasa y tuvo que repeler la necesidad de lanzarse a sus brazos como había hecho su hijo con ella.

–Solo quería hacerte saber que nuestros invitados de honor requieren tu presencia.

–Espero que no te haya molestado que los invitara sin preguntarte.

–¿Molestarme? Estoy extasiada. ¿Cómo has dado con ellos?

–No ha sido muy difícil, teniendo en cuenta que tienes su teléfono y su dirección colgados en la nevera. Ha sido un impulso; pensé que te vendría bien tener compañía.

Aunque sintió deseos de agradecérselo de forma perversa, optó por abrazarlo de forma inocente. Así que se acercó a él, lo abrazó, se puso de puntillas y le susurró al oído.

–Gracias, Rio.

–Te voy a manchar, Joanna –solo pudo contestar él.

–No me importa –respondió ella–. Estoy muy feliz y contenta por lo que has hecho.

–Un placer –aseguró él, que por fin respondió al abrazo.

La palabra «placer» pareció tomar vida en el garaje vacío, y Joanna, olvidando todo razonamiento, apretó sus labios contra los de él. No estaba muy segura de lo que podía esperar de Rio, y lo que se llevó fue un beso que podía fundir la motocicleta que la hizo olvidar a qué había ido, a darle las gracias de forma verbal. Se olvidó de sí misma.

Le acarició la espalda, deleitándose en el tacto de los músculos bajo la camiseta empapada. Él le puso las manos en las caderas y la apretó contra sí. Sin deshacer el beso, la arrinconó contra una estantería, tirando varios objetos que cayeron estruendosamente al suelo, pero ni siquiera aquello los detuvo, ni detuvo a Rio de meterle las manos bajo la camisa y acariciarle con fuerza los senos. Joanna sabía que debía parar, pero no podía.

–¿Mamá?

Tras un momento de shock, Joanna pasó por debajo del brazo de Rio y encontró a su hijo en la puerta, mirando con curiosidad. Se retiró el pelo del rostro y trató de fingir que nada ocurría.

–Hola, cariño, creía que te estabas bañando.

–La abuela quiere saber dónde podemos encontrar toallas –dijo el niño, mirando a Rio.

Joanna también lo miró, como si no supiera lo que era una toalla y mucho menos dónde su hijo podía encontrar una.

–Hay en mi habitación –contestó el dueño de la casa tras aclararse la garganta–. Y también en la cesta de la ropa limpia.

–Sí, en la cesta –asintió Joanna–. Lavé algunas pero no he tenido tiempo de guardarlas.

Joseph regresó a la puerta, los miró con una sonrisa enorme y salió corriendo a la casa. Joanna se agarró la nuca y cerró los ojos.

–Dios, no puedo creer que haya pasado esto.

–¿Que nos hayamos besado o que tu hijo nos haya pillado?

–Las dos cosas.

Rio le puso las manos en los hombros y ella abrió los ojos mirando a la puerta como si esperara ver a su madre que se hubiera acercado a ver qué ocurría.

–Siento que nos haya visto –dijo él en voz baja–. Pero no siento que me hayas besado.

–No tienes nada que sentir –dijo ella, quitándose las manos y volviéndose hacia él, enfadada una vez más–. He sido yo quien ha

empezado.

–No me has oído protestar, ¿verdad?

–¿Qué me está pasando? –dijo ella, llevándose las manos a la cabeza–. ¿Qué nos pasa?

–Cuando dos personas se atraen, estas cosas tienen que pasar.

–No es normal –replicó ella, mirándolo de nuevo a la cara–. Al menos no para mí.

–Oh, claro que es normal. Es solo que hasta ahora no has querido reconocerlo.

–Si tú lo dices –chistó ella, que no iba a reconocerlo delante de él.

–¿Crees que Joseph tendrá algún problema con esto?

–No lo sé; nunca me ha visto con un hombre, y menos besándolo.

–A lo mejor es hora de que comprenda que su madre podría necesitar algo de compañía aparte de la suya.

–No quiero que ni él ni mi madre piensen…

–¿Que tienes algo con alguien como yo? –dijo, con un tono de dolor que la hizo echarse atrás.

–No quiero que piensen que tengo nada con nadie. Podrían imaginar más de lo que es.

–A lo mejor estás postulando para la santidad.

–No estoy haciendo eso.

–¿Seguro?

–No puedo creer que me preguntes eso después de lo de esta mañana. No creo que fuera muy santo.

–No puedo discutírtelo. Pero entonces yo tampoco podría ganar muchas medallas como santo. La verdad es que sabías muy bien.

–Tú también –susurró Joanna.

–Vuelve dentro –la advirtió él mientras volvía a la moto–, antes de que…

–¿Antes de qué?

–Antes de que te tumbe en este suelo de cemento y entre en tu cuerpo.

Joanna sintió un escalofrío; se sentía en la cuerda floja. Era obvio que se deseaban con una pasión más allá de todo sentido común. Pero debía recordar que un sexo genial era todo cuanto podía esperar de él. También debía recordar que Joseph estaba presente y no debía creer que Rio estaría en sus vidas. Al llegar el verano debería tener dinero suficiente para tener su propia casa y no quería que su hijo se encariñara con el doctor.

–Creo que será mejor que intentemos mantenernos alejados mientras ellos estén aquí.

–¿Y después?

–No lo sé.

–Como ya te he dicho antes, tendrás que venir tú.

–Interesante; no recuerdo que haya ocurrido así esta mañana.

–Lo de esta mañana fue una excepción. Desde ahora depende totalmente de ti.

Una hora más tarde, Joanna se preparó para meterse en la cama de Rio

con su hijo. Al salir del baño vio al pequeño observando las figuras que adornaban la mesita frente al sofá. En concreto una figura de cristal con la forma de una pantera.

–Ten cuidado, Joseph, no queremos romper nada –le dijo su madre, y este dejó la figura en su sitio y se lanzó sobre la cama.

–¿Cómo es que a Rio le gustan los gatos?

–Es parte de su cultura –contestó Joanna, tumbándose a su lado–. Su madre descendía de los mayas de México y ellos creen que los animales son especiales.

–Yo también creo que los animales son especiales. ¿Podemos ir mañana al zoo?

–Suena bien.

–Me cae bien Rio, ¿a ti te gusta?

–Sí –contestó ella, acariciándole el cabello negro.

–¿Por eso lo estabas besando?

–Sí. ¿Te molesta, cariño? –preguntó ella, asustada.

–Da un poco de asco.

–Seguro que no piensas eso cuando seas mayor –aseguró ella, riéndose.

–Pues yo creo que sí –replicó el niño, arrugando la nariz.

–Bueno, aún te queda mucho tiempo para decidirlo. Ahora tienes que dormir –dijo ella, apagó la lamparita de la mesilla y apoyó la cabeza en la almohada.

Enseguida percibió el olor característico de Rio y se sintió extrañamente bien. De repente la recorrió una sensación de ansia, que tenía más que ver con su parte emocional que con la meramente física. No podía permitirse desear tanto de él.

–¿Mamá?

–¿Qué?

–Me gusta Rio.

–Bien –contestó ella, pensando que a ella también, y demasiado–. Duerme bien.

–Mamá, una cosa más, ¿alguna vez tendré un padre de verdad?

–Si encuentro a alguien que creo que sería un buen padre, serás el primero en saberlo.

–Vale, pero creo que Rio sería un padre chachi.

Rio no tenía ni idea de por qué lo hacía, pero no podía parar. En todos los lugares a los que fueron, fue incapaz de controlar sus manos. En el zoo se vio agarrando el brazo de Joanna con cierta posesividad masculina y en el restaurante, sin darse cuenta, le había puesto una mano en el muslo bajo la mesa. También había visto un par de miradas encubiertas de la madre, quien le había caído bien; le había parecido divertida, amable y preocupada por su hija sin resultar dominante. Respecto al niño, le había parecido un crío genial; veía en él la fuerza de Joanna, aunque era bastante más extrovertido.

A pesar de lo cansado que estaba, tanto por falta de sueño como por haber peleado varias veces a lo largo del día contra un niño de seis años,

estuvo de acuerdo en jugar a los videojuegos con Joseph y después ver una película de acción. Ahora estaban los dos tumbados frente al televisor. En algún momento de la película, el niño se había quedado dormido con un brazo alrededor de Gabby.

–Parece que ha quedado fuera de combate –dijo Joanna desde arriba.

Rio se sentó para mirarla; le dolía todo el cuerpo por la postura que había guardado durante dos horas. Pero una parte de él se despertó al ver el pelo mojado por la ducha y el albornoz que llevaba, el mismo que había llevado en la mañana anterior.

Joanna se había mostrado esquiva casi toda la tarde, que había aprovechado para charlar con su madre en la cocina. Y ahora la veía más feliz de lo que la hubiera visto desde que la conocía, y le gustaba verla así, tanto como hacerla feliz.

–No se ha movido desde que los malos han secuestrado al bueno.

–Voy a despertarlo para meterlo en la cama.

–Ya lo llevo yo.

Rio tomó al niño en brazos y lo subió a la habitación, sorprendido por los extraños sentimientos que lo recorrieron cuando el pequeño lo abrazó con sus diminutos brazos. Cuando llegó al dormitorio, Margaret estaba en la puerta.

–Yo dormiré con él esta noche, en tu habitación, Joanna. Si a Rio no le importa subir un poco más.

–En absoluto.

–No importa, mamá –contestó la hija, cuya expresión seria indicaba que a ella sí le importaba–. Es vuestra última noche aquí y me gusta tenerlo cerca.

–Sé cómo duerme, como un mono intentando salir de la jaula. Te he oído regañarlo esta noche por patearte la cara. Además, está tan hecho polvo que no sabrá con quién duerme.

–De verdad, mamá, no me importa.

Rio entró en su habitación con el pequeño aún en brazos hasta que Margaret lo detuvo.

–Espera un momento.

El doctor se volvió a ella deseando que se decidieran. Él personalmente habría apoyado que Joanna durmiera con él si necesitaba compañía, pero no creía que aquello fuera a suceder. Margaret le quitó el pelo de la cara a su hija en un gesto muy maternal.

–Estás cansada; ya tendrás tiempo de estar con él mañana, no nos vamos hasta la tarde.

–Pero…

–No hay peros. Necesitas dormir bien o mañana no estarás para nadie.

–Está bien, si insistes –aceptó Joanna–. Pero te lo advierto: te llevarás un par de patadas.

Antes de que volvieran a cambiar de opinión, Rio subió por la escalera empinada hasta el ático. Una vez allí, dejó al niño tumbado en la cama y lo cubrió con la sábana. Los tres se quedaron observando al pequeño como si esperaran algo.

–Buenas noches a los dos –susurró Margaret, y bostezó–. Que disfrutéis

del resto de la noche juntos.

Mientras Joanna pareció atónita, Rio aceptó el comentario y salió. Joanna mantuvo cierta distancia mientras bajaban las escaleras, invadidos por el silencio hasta llegar al segundo piso. En lugar de despedirse en el rellano, Rio la siguió a la habitación, una habitación con una cama doble con suficiente espacio para dos. Quería estar en ella con Joanna, llevarla a un viaje a la inconsciencia que durara toda la noche. Después de todo, Margaret prácticamente les había dado su permiso.

Era obvio que Joanna no lo veía igual, por la mirada fulminante que le lanzó desde la puerta abierta. A pesar del ceño fruncido y del horrible albornoz, Rio se sintió con una energía sorprendente, sobre todo al imaginarse desatando el nudo con los dientes.

–¿Lo has pasado bien hoy? –le preguntó ella.

–Me lo he pasado muy bien. Y tienes un niño fantástico.

–En eso tengo que estar de acuerdo contigo. Espero que no te haya vuelto demasiado loco.

–En absoluto, no recuerdo habérmelo pasado tan bien –contestó él, y tras mirar el baño, rectificó–. Bueno, la verdad es que sí lo recuerdo, ayer por la mañana…

–No creo que sea buena idea hablar de eso ahora –lo interrumpió ella, poniéndole una mano en la boca–. Las paredes oyen y no quiero que mi madre escuche por accidente… ya sabes.

–A lo mejor deberíamos llevar esta conversación a la cama y discutir… ya sabes.

A Joanna le brillaban los ojos con el mismo deseo que él había visto la noche anterior en el garaje, la mañana en el baño, hacía unos días en el jacuzzi. Estaba duro como una piedra y quería hacer algo para remediarlo, pero no sin que ella lo sugiriera.

–Por si no lo recuerdas te dije que teníamos que evitar ese contacto. Lo cual me recuerda, ¿a qué ha venido todo ese tocamiento hoy?

–¿Te refieres a que te agarrara de la mano? –preguntó él haciéndose el inocente.

–Me refiero a meter la mano bajo la mesa.

–Tenía la mano en tu pierna. Si hubiera querido algo más, querida, puedo asegurarte que te habrías dado cuenta.

–Vale, a lo mejor solo me pusiste la mano en la pierna –admitió ella, con cierto temblor–, pero tendrás que reconocer que ha sido un poco provocativo.

–¿Qué crees tú que estaba provocando? –le preguntó él tras acorralarla en la puerta.

–No sé, bueno, ya sabes.

Rio decidió que le resultaría muy fácil besarla y meterla en la habitación y en su cama, quitarle otra vez el albornoz, quitarse los pantalones y hacerle el amor. Justo cuando estaba pensando en besarla, Joanna se metió en la habitación y señaló el extremo opuesto del pasillo.

–Vete a la cama, Rio.

–Es lo que intento hacer.

–Dijiste que esperarías a que yo diera el siguiente paso, ¿no?

–Sí.

–Entonces vete a la cama antes de…

–¿Antes de qué?

–Antes de que cambie de opinión y te tumbe en el suelo para tenerte dentro de mí –contestó ella, y le cerró la puerta en las narices.

Capítulo Nueve

–Me cae muy bien Rio.

–Es un buen hombre –contestó Joanna, mientras levantaba la vista del dominical para ver la mirada evaluadora de Margaret. Primero su hijo y ahora su madre.

–Y por lo que se ve tiene mucho éxito. ¿Has visto su increíble cuarto de juegos?

–Sí lo he visto –repuso ella, pensando que había estado a punto de estrenar la mesa de billar con Rio, aunque se lo ahorró a su madre.

–Joseph está allí ahora; es el paraíso de un niño con tantos juegos.

–A Rio le van los juegos –repuso Joanna, y, dándose cuenta de que su madre quería hablar, dobló el periódico y lo dejó a un lado–. A veces pienso que es como un niño pequeño.

–A lo mejor es un poco descuidado, pero parece muy responsable. Quiero decir que es médico, y sabes mejor que nadie el grado de compromiso que eso requiere.

–¿Esta conversación lleva a algún sitio, mamá?

–La verdad es que me preguntaba si hay algo más entre vosotros.

–¿Por qué preguntas eso? –preguntó ella, tratando de contener el pánico.

–Porque ayer no dejó de mirarte de aquella manera.

–¿De qué manera?

–De la misma en que me miraba tu padre cuando salíamos –contestó la madre con sonrisa triste–. La misma en que me miró todo el tiempo que estuvimos casados.

–Mira, mamá, Rio no es de esos. Es un gran médico y un buen amigo.

–Y bastante guapo, dejando a un lado el pendiente.

–Pero no es de los que se compromete.

–¿Cómo lo sabes?

–Confía en mí, lo sé.

–Los hombres pueden cambiar, Joanna.

–Sí, como Adam, ¿no?

–Así que es eso, comparas a todos los hombres con Adam. Nunca serás feliz con nadie si sigues haciéndolo.

–A lo mejor no necesito a nadie más que a mi hijo.

–Pero Joseph sí.

A Joanna se le partió el corazón. La conversación con su hijo de hacía dos noches le había dejado ver que este había pensado en tener un padre, y también que había disfrutado de la compañía de Rio, lo cual la preocupaba.

–Rio no es un buen candidato.

–Yo creo que sería un padre genial para Joseph.
–Mamá, por favor.
–La vida te sorprende de muchas formas –expresó Margaret, acercándose a su hija y tomándole las dos manos–, igual que las personas, si les das la oportunidad. No te cierres las puertas o acabarás como tu tía May. Fue una vieja amargada y vengativa desde que la dejó tirada aquel predicador.
–Intentaré no volverme una bruja.
–Solo recuerda, Joanna, a veces tienes que hacer un acto de fe y dejarte caer para aprender a vivir de nuevo.
Joanna no quería cometer aquel acto de fe. No se atrevía a esperar que Rio cambiara su idea respecto al compromiso. De hecho, no cambiaría nada de él, pues le encantaba casi todo, su sonrisa, su compasión, su sabiduría innata, su espíritu libre… No se atrevió a continuar, pues lo siguiente era reconocer que lo amaba, y no pretendía llegar tan lejos. Aunque temía que era demasiado tarde.

Rio se mantuvo aparte mientras Joanna se despedía en el aeropuerto. No le gustaban las despedidas, y menos aquella que tanto la hacía sufrir. Lo pudo ver en las lágrimas de sus ojos azules mientras Joseph le rogaba que lo dejara quedarse.
–Puedo dormir solo, como en casa de la abuela. Y Gabby puede dormir conmigo.
–Cariño –dijo Joanna, agachándose al nivel de Joseph–, te prometo que enseguida vendrás a vivir conmigo, en cuanto termines el curso. Entonces tendré un sitio para que vivamos, un apartamento muy bonito con piscina. ¿Te gustaría?
–No quiero un apartamento viejo, quiero vivir con Rio y Gabby. Además, Rio tiene piscina, y muy grande. Y un montón de juegos.
–Joseph, solo estoy viviendo con el doctor Madrid hasta que encuentre otra cosa.
–Pero me dijiste que te gustaba.
–Claro que me gusta, pero no puedo vivir con él para siempre.
Rio no pudo negar la punzada en el corazón ante la idea de la marcha de Joanna. No quería hacerle caso, pero le dolía en lo más profundo, y sencillamente no sabía qué hacer, sobre todo cuando ella estaba tan decidida. Pero quería que se quedara; no se había dado cuenta de hasta qué punto hasta entonces. Pero no podía obligarla a tomar aquella decisión. Joanna se puso de pie al oír la llamada para embarcar. Rio se acercó a ellos y le dio la mano al niño.
–Puedes venir a verme siempre que quieras, colega.
Joseph no hizo caso de la mano y directamente lo abrazó. Sin comprender muy bien por qué, Rio lo levantó en brazos y lo agarró con fuerza. El niño lo miró fijamente con unos ojos muy parecidos a los de su madre, pero con una confianza que ella no tenía.
–¿Guardaste nuestra última carrera?
–Claro; la he grabado para que podamos seguir por donde la dejamos.

–Es hora de irse, cariño –dijo Joanna cuando dieron el último aviso.

–Nos vemos, Rio –se despidió el niño, tras darle un abrazo aún más fuerte.

–Nos vemos –contestó él, y se volvió a Margaret–. Señora Mathis, ha sido un placer.

–Oh, basta de formalidades, soy solo Margaret –replicó ella, quien también lo abrazó y le susurró–. Cuida de nuestra chiquilla, ¿vale? Pero no le dejes ver que lo haces.

Joseph y su abuela fueron hacia el avión, observados por Rio y Joanna. Consciente de lo sola que se sentiría, el doctor la tomó entre sus brazos y ella apoyó la espalda en su pecho, como si las piernas no le fueran a responder al verlos desaparecer. En aquel momento, Rio quiso cuidar de ella, darle todo cuanto deseara; quería ser el hombre que ella necesitaba, pero la verdad le dio una bofetada cuando ella se separó.

Ahora sabía que estaba dispuesto a llevar una relación seria. El problema radicaba en Joanna, que hacía lo posible por no necesitar a nadie, y menos a él.

Joanna necesitaba a Rio más que a nada en aquel momento. Tenía la cama y el corazón vacíos ahora que su madre y Joseph se habían marchado. Rio también se había ido al garaje nada más cenar, y apenas había hablado durante toda la cena, aunque a veces la había mirado como si quisiera decirle algo.

Ella también quería hablar con él y explicarle por qué no podía quedarse más. Temía que permanecer más tiempo en su casa y en su vida solo serviría para sentirse más apegada a él. Pero en aquel momento no quería pensar en ello; solo quería que Rio llenara el vacío en su alma, aunque se equivocara. Ansiaba tanto su compañía y sus caricias que decidió ir a buscarlo para estar con él aunque fuera por última vez.

Joanna abandonó la soledad de su habitación y bajó las escaleras sin hacer ruido, vestida tan solo con un camisón de algodón y un abrigo. Al notar un casi imperceptible olor a madera quemada en el segundo piso, entró en el dormitorio de Rio, que estaba completamente a oscuras, tanto que pensó que quizá este seguía en el garaje.

Entonces oyó el ruido de la ducha y solo imaginar que estaba allí sin nada de ropa le hizo sentir escalofríos y pensó en meterse con él, hasta que oyó que se cerraba el grifo.

No le importó, pues decidió que lo esperaría en la habitación de todas formas. Quería que fuera a él y eso es lo que pensaba hacer, ir a él. Se quitó el abrigo y lo dejó en el sofá. Al aproximarse al borde de la cama decidió quitarse también el camisón y los calcetines, para que no hubiera ninguna duda de lo que quería. Si no podía tenerlo para siempre, se conformaría con lo que le diera el tiempo que le quedaba. Desnuda y avergonzada, abrió las sábanas de seda negras y se deslizó bajo ellas. Se sentía valiente y atrevida y decidió taparse solo hasta la cintura. Entonces se abrió la puerta. Joanna cerró los ojos y se tapó; de repente no se sentía tan seductora. Pero seguía igual de caliente, sobre todo cuando al abrir los

ojos vio a Rio desnudo junto a la cama.
–¿Te has perdido, o echabas de menos mi cama?
–Te echaba de menos a ti –contestó ella, que se giró y dejó caer la sábana.
Él no se movió ni dijo nada, pero su cuerpo sí respondió.
–He pensado que a lo mejor tú también me echabas de menos –continuó ella, mirándole descaradamente el tatuaje.
–¿Qué es lo que quieres, Joanna?
–A ti.
–¿Estás segura de que me quieres a mí? ¿O quizá solo necesitas algo que te haga sentir bien, que te haga olvidar el haberte tenido que despedir de tu hijo?
–Quiero estar contigo, Rio. Me dijiste que tenía que dar el siguiente paso y lo estoy dando.
–Será mejor que estés segura, porque si me meto contigo en esa cama me aseguraré de que no tengas posibilidad de cambiar de opinión.
–¿Y cómo piensas hacer eso?
–Con mis manos, con mis labios, y todo lo demás.
–No pienso cambiar de opinión –concluyó ella, abriendo la sábana.
A Rio se le oscurecieron los ojos y se quedó de pie, lo cual hizo a Joanna dudar de que se fuera a meter en la cama hasta que se acercó a ella. Pero de repente, Rio se dio la vuelta y fue al baño. A Joanna se le cayó el corazón a los pies hasta que lo vio entrar de nuevo en el dormitorio con dos preservativos que dejó en la mesilla. Se metió en la cama, pero en lugar de abrazarla, le tomó las manos y tiró de ella hasta que ambos estuvieron sentados frente a frente.
–Convénceme.
–¿Perdona?
–Convénceme de que deseas esto.
Joanna solo sabía una manera de convencerlo, y llevó una mano temblorosa al pecho de Rio, donde el corazón le latía con fuerza. Le deslizó la mano sobre la piel mojada, bajando hasta el ombligo. Se detuvo en el tatuaje para explorarlo como había querido hacer la primera vez. Aunque no se veía muy bien por la escasa iluminación, pudo sentir su poder, igual que el poder que ejercía ahora ella sobre Rio. A medida que iba bajando le miraba la cara en busca de alguna reacción, pero él parecía indiferente, hasta que lo rodeó con las manos y él cerró los ojos y respiró con gravedad. Tenía la carne caliente, dura y tentadora. Entonces Rio la tomó por la muñeca y detuvo la exploración.
–Me has convencido.
–Pero no he terminado –dijo ella, con una sonrisa siniestra.
–Claro que sí.
–No.
Antes de que pudiera seguir protestando, bajó la cabeza y lo tomó con la boca, notando el cambio en él, que la agarró del pelo. Entonces la detuvo levantándole la cabeza para darle un beso demoledor. El beso duró muy poco porque, como había hecho ella, Rio hizo su propia exploración por el cuerpo de ella, le acarició los senos y los pezones con movimientos

circulares, y le metió las manos entre las piernas para tocarla con un movimiento suave pero insistente que estuvo a punto de llevarla al clímax. Pero justo antes, retiró la mano.

–¿Quieres más?

–Sí –rogó ella.

–¿Cuánto más?

–Todo, maldita sea.

–Me gusta cuando te pones caliente, me excita.

–Cuando quiero algo lo suficiente –dijo ella, acariciándole el pendiente con la lengua– sé cómo lograrlo.

–Yo también –contestó él, llevándole la mano a su erección.

–Convénceme.

–Será un placer.

Rio la tumbó boca arriba y se puso un preservativo, mientras ella le arañaba la espalda con impaciencia. Entonces él la agarró de las manos y la penetró lentamente y empezó a retirarse hasta que ella lo empujó con las caderas. Rio continuó con un ritmo lento, permitiendo a Joanna guardar aquel momento en la memoria y absorber las sensaciones mientras le susurraba palabras de cariño. Cuando le soltó las manos, ella lo agarró del pelo mojado y sedoso. En aquellos momentos de tranquilidad, Joanna se dio cuenta de que estaban haciendo el amor, al menos ella, porque a pesar de su determinación a no amarlo, lo amaba. Y por un segundo se permitió creer que él también la amaba.

Rio la acarició con las yemas de los dedos sobre el lugar por el que estaban unidos, llevándola a otro increíble clímax al tiempo que se movía dentro de ella. Joanna nunca había sentido un placer semejante, nunca se había sentido tan unida a otra persona, tan perdida ante un hombre que la había cautivado en cuerpo, alma y corazón.

–¿Sabes lo que estás haciendo conmigo, mi amante? –preguntó Rio con voz tensa mientras intentaba aguantar un poco más.

Joanna respondió con otro golpe de caderas para meterlo más dentro, y él se rindió con un ritmo más rápido y salvaje, y llegó a un clímax con la fuerza de una explosión que lo hizo temblar y sentir cosas que nunca había sentido.

Poco a poco fue recuperando la conciencia, y supo que había vuelto a ocurrir algo extraordinario que poco tenía que ver con el sexo. La mujer que tenía entre los brazos, a la que se encontraba unido, había logrado invadir su alma y su corazón. Esta se revolvió y, aunque no quería dejarla marchar, se movió para aliviarla de su peso.

–No te vayas –le dijo ella–. Quiero recordar esto.

Rio nunca olvidaría aquel momento ni a aquella mujer, a la que parecía no poder unirse lo suficiente. Cuando se dio la vuelta con ella encima, Joanna apoyó la mejilla sobre su hombro y suspiró. Él le recorrió la espalda con el dedo, y pensó que quería hacer el amor con ella una vez más, y otra y otra. Pero antes tenía que decirle algo.

–He estado pensando.

–¿Sobre qué? –preguntó ella, y le dio un beso en el cuello.

–Sobre este verano. He pensado que nos podríamos ir un par de meses a

recorrer el país. Joseph, tú y yo, y tu madre si quieres.

–No me puedo ir así como así, tengo responsabilidades y deudas. Y un buen empleo, igual que tú.

–Mi trabajo seguirá aquí cuando vuelva, y te pagaré las deudas.

–¿A cambio de qué?

–De tenerte aquí. Podemos arreglar una habitación para Joseph y otra para tu madre si quiere quedarse aquí una temporada.

Joanna se puso boca arriba, rompiendo así el contacto íntimo y construyendo un muro.

–Eso no es posible. Joseph ya te quiere demasiado, no quiero que crea que este arreglo es para siempre.

–¿Arreglo? –preguntó él enfadado.

–Lo de vivir juntos.

–¿Estás diciendo que no quieres probar a ver si funciona? –preguntó él con ilógica desesperación.

–¿Qué ha pasado con tu nada de ataduras ni compromisos?

–No lo sé. Estar contigo y con Joseph este fin de semana me ha hecho darme cuenta de que falta algo en mi vida.

–Pero han sido solo dos días, Rio –suspiró ella–. ¿Estás siendo sincero contigo? ¿Estás dispuesto a comprometerte en serio a algo más que un fin de semana ocasional?

–Estoy dispuesto a intentarlo, ver hasta dónde llega.

–Llámame anticuada si quieres, pero no puedo vivir contigo, y menos con Joseph bajo el mismo techo.

–No sé qué es lo que quieres de mí.

–No quiero nada de ti, Rio –contestó ella, mientras se sentaba–, no más allá de lo que ha pasado esta noche. Sé lo mucho que disfrutas de tu libertad salvo por lo que respecta a tu trabajo. Aunque supongo que en eso también me equivocaba.

–¿Por qué, porque me quiero tomar un tiempo libre?

–Porque parece que te resulta muy fácil dejarlo todo, y me preocupa que acabes haciéndonos lo mismo. No quiero que me abandonen otra vez, y desde luego no lo quiero para mi hijo. Me asusta pensar que eso pueda suceder.

–¿Crees que es fácil para mí? –preguntó él, reclinándose en el cabecero–. Nunca he tenido una relación seria, Joanna, nunca había querido, hasta ahora. Me has cambiado.

–Me encantaría creerte pero me temo que ya he oído antes eso.

–Yo no soy tu ex marido, soy más honrado.

–Eres un hombre honrado, Rio, lo sé muy bien; es una de las razones por las que más te quiero.

–¿Qué has dicho?

–He dicho que te quiero, y es verdad. Y créeme que es lo último que quería que ocurriera, pero no puedo evitarlo.

–Si eso es verdad, ¿por qué no quieres quedarte conmigo?

–Temo que no te satisfaga una existencia mundana, y no puedo quedarme sabiendo que no estamos totalmente comprometidos.

–¿Hablas de matrimonio? –preguntó Rio, a quien la palabra le sonaba

amarga, al recordar la desgraciada unión de su madre con su padrastro–. Nunca he entendido por qué es tan importante un papel si dos personas se importan. Y tú me importas.

–Tienes razón –dijo Joanna, que se levantó y se puso el albornoz–. El matrimonio es lo último que necesitamos ninguno de los dos. Buenas noches, Rio.

Aquello sonó como una despedida y antes de que pudiera salir de la habitación, Rio saltó de la cama y la agarró del brazo.

–Quédate conmigo.

–Los dos necesitamos dormir.

–No solo esta noche. Quédate después del verano.

–Tengo que hacer lo mejor para mí, Rio, y para mi hijo. Por favor, entiéndelo.

Después de que se marchara, Rio desahogó su furia con el fuego casi apagado, pinchando los restos de madera con el atizador. Había sabido todo el tiempo lo que necesitaba Joanna, alguien que se quedara a su lado para bien o para mal, y también necesitaba oír las palabras que él había sido demasiado cobarde para pronunciar, que la amaba, y estaba empezando a pensar que así era, más de lo que podía expresar.

También reconoció que tenía que convencer a Joanna de que tenía intención de estar allí para ella y para Joseph con o sin un papel, convencerla de que una vez que se comprometía a algo, lo cumplía, como había hecho con su meta de ser médico.

Tenía muchas cosas sobre las que meditar y no mucho tiempo. En lo profundo de su corazón, sabía que Joanna se marcharía antes del verano si no lograba persuadirla. Pero no sabía cómo.

Capítulo Diez

Al día siguiente por la tarde, Rio estaba en su consulta y recibió una llamada de Joanna, que le pedía verse en el hospital porque Allison Cartwright tenía problemas, así que fue corriendo a la planta de maternidad, donde encontró a Joanna cansada y preocupada.

–¿Dónde está? –le preguntó al verla.

–En la 502. Tiene la tensión muy alta y proteínas en la orina.

–Preeclampsia.

–Eso parece, pero solo tenía la tensión un poco más alta de lo normal la semana pasada. Le mandé reposo en cama pero parece que no ha servido. Por eso la he traído.

–Has hecho lo correcto. ¿En qué semana de gestación está, la treinta y cinco?

–Treinta y seis.

–Entonces el niño es viable, así que probablemente lo mejor sea provocarle el parto. ¿Estás de acuerdo?

–Claro, pero tú decides; es tu paciente.

–Es nuestra paciente, y quiero que estés conmigo.

–Estaré contigo todo el tiempo, al menos durante el parto de Allison.

Rio se volvió y recorrió el pasillo a zancadas para no sucumbir a la tentación de tomarla entre los brazos, no decirle todas las cosas que lo habían estado rondando toda la noche y todo el día, lo que debía haberle dicho la noche anterior. Pero ahora no tenía tiempo. Al llegar a la habitación de Allison, seguido de Joanna, vio el gesto de miedo de aquella.

–Hola, Allison –saludó, con su preparada voz de calma a pesar de la preocupación.

–Hola, doctor Madrid, me alegra que se haya unido a la fiesta.

–Supongo que Joanna te habrá hablado de la preeclampsia –dijo él, mientras observaba el monitor del latido del corazón del niño, que parecía estar bien.

–Sí, ¿y qué hacemos ahora?

–En vista de la situación, Joanna y yo hemos decidido seguir adelante e inducirte el parto y observarte con precaución.

–Pero aún me falta un mes –dijo ella, mirándolo con ojos de pavor.

–El riesgo para el bebé y para ti será mayor si no das a luz ahora –la asesoró Joanna.

–De acuerdo entonces –aceptó Allison, que notó cómo le caían lágrimas por las mejillas y se las secó con una mano temblorosa–. Si no hay más opciones supongo que lo tendré.

–Todo va a salir bien, Allison –le aseguró la comadrona–. Tendremos

cerca un equipo de neonatólogos.

–Entonces que comience el espectáculo; estoy lista.

Cuando ya habían empezado con los preparativos del parto, una enfermera metió la cabeza en la sala para comunicarle a Rio que tenía un parto inesperado.

–Yo me quedo aquí –le dijo Joanna–. Tú ve a ver a tu otra paciente; estoy segura de que volverás a tiempo.

–Vale, pero mantenme informado. Si pasa cualquier cosa, me avisas por megafonía.

–Lo haré, no te preocupes.

Pasaron cuatro horas hasta que Rio hubo terminado el parto y su ronda de tarde. Joanna lo saludó enseguida desde la puerta.

–Está pasando muy deprisa. Ha roto aguas y está totalmente dilatada. Lleva ya un rato empujando. Nos ayuda la enfermera jefe, Sara Gilmore.

–¿Por qué no me has avisado? –le preguntó él, aunque estaba aliviado por las noticias.

–No hacía falta; sabía que volverías pronto.

–¿Y la tensión?

–Todavía está alta pero no en zona de peligro. Por ahora.

–Los dos sabemos que lo único que se puede hacer es que salga el niño, así que vamos –dijo, pero Joanna lo detuvo antes de entrar.

–Solo quería darte las gracias, Rio.

–¿Por qué?

–Por confiar en mí.

–Eres una comadrona increíble, Joanna –le dijo él, que solo quería que ella también confiara en él–. Serías una médico estupenda.

–¿De verdad lo crees?

–Lo sé. Ahora vamos por ese niño. Juntos.

–La presión está en 16/11 –les informó Sara al verlos entrar–. La buena noticia es que la cabeza del bebé ya está asomando.

Al ver la cara pálida y empapada en sudor de Allison y el monitor que señalaba su tensión extremadamente alta, Rio se encontró en otro tiempo, otro lugar y con otra joven a la que no había sido capaz de salvar. Por un momento volvió a ser aquel adolescente incapaz de hacer nada más que estar de pie viendo morir a la joven madre.

Se recordó que ya no era aquel niño, ahora era médico y tenía los conocimientos suficientes. Aunque reconocía que algunas situaciones se le escapaban de las manos, no iba a permitir que le pasara nada a Allison Cartwright ni a su bebé.

–Allison, Sara te va dar un medicamento para que no tengamos problemas adicionales. A lo mejor te sientes un poco mareada, pero es normal.

–¿Y el bebé?

–Ya está casi pero vamos a necesitar tu ayuda.

Se abrió la puerta y entró el neonatólogo Brendan O'Connor con una enfermera.

–Justo a tiempo, doctor O'connor –saludó Joanna.

–Me alegro de verte otra vez, Brendan –añadió Rio.

–Lo mismo digo –dijo él, y se acercó a Allison–. Señora Cartwright, soy el doctor O'Connor, el neonatólogo de guardia. Me haré cargo de su bebé como medida de precaución. Aunque teniendo en cuenta que le falta poco para salir de cuentas, con suerte no necesitará de mis servicios mucho tiempo.

–Eso espero –dijo Allison, y chilló con gesto de dolor–. Aquí viene, otra vez.

Rio fue al final de la camilla con Joanna mientras Brendan se quedó a un lado esperando la llegada del bebé. Allison se apoyó en la cama y Rio se dio cuenta de que se quedaba sin fuerzas.

–Sé que estás cansada, pero necesito un poco más de ti –le dijo.

–Lo intento. Pero no me queda nada.

–Vamos, Allison –la animó Joanna–. No puedes rendirte ahora.

Rio miró al monitor y al ver las constantes vitales de la mujer supo que sus opciones eran limitadas si esta no cooperaba, así que tenía que estar preparado.

–Avisa a personal de que estén listos para una cesárea por si acaso –le dijo a Sara.

–No quiero cesárea, puedo hacerlo –aseguró Allison, mostrando una fuerza asombrosa.

–Vale –dijo Rio–. Da todo lo que puedas.

Joanna alentó a Allison a que empujara otra vez, esta vez más fuerte. Rio y ella trabajaron en equipo, totalmente sincronizados. Por fin Allison dio un empujón más, que permitió a Rio sacar la cabeza del bebé. La comadrona le hizo una señal de aprobación con los pulgares y el doctor le dijo a Allison que siguiera empujando, con más suavidad. Al fin salió el niño del todo.

–Es una niña, Allison. Felicidades.

Mientras Rio acunaba al bebé, pensó en todas las veces que lo había visto como un proceso natural. Pero con Joanna al lado, vio un atisbo de futuro, la posibilidad de que algún día fuera él el padre, de un niño suyo y de Joanna.

–¿Haces los honores? –le preguntó a esta, mientras sujetaba el cordón umbilical.

La comadrona cumplió con una sonrisa de satisfacción y le dio el bebé a Brendan O'Connor, que se sintió aliviado de que la niña tuviera buen color.

–¿Está bien? –preguntó Allison.

–De momento parece que sí, y respira por sí misma –contestó el doctor O'Connor–, pero tengo que llevarla a Neonatología para observarla al menos veinticuatro horas.

–¿La puedo ver antes? –preguntó la madre.

–Claro –contestó el doctor, y le puso el bebé en los brazos.

–Tenías que ser un niño –le dijo la madre a su hijita; se le había disipado toda la angustia al verla, y le dio un beso–. Pero aún eres un milagro.

Para Rio cualquier nacimiento era un milagro, como lo era haber encontrado a Joanna. Quería decírselo en aquel momento, pero sin

público.
Tras terminar sus labores de médico y dejar al bebé en manos de Brendan O'Connor, miró a Allison, que estaba reclinada en la cama con los ojos cerrados. Al buscar a Joanna se dio cuenta de que no estaba. Tenía que encontrarla deprisa para contarle lo que tenía dentro, así que decidió dejar a Allison al cuidado de Sara.

–Doctor Madrid –lo detuvo la voz de la paciente, que ahora lo miraba muy despierta.

–Creía que estabas dormida.

–No creo que pueda dormir hasta saber que mi hija está bien.

–Tienes que intentar descansar. Cuando la tengas en casa te va a resultar muy difícil.

–Dado que dudo que aún tenga trabajo, tendré mucho tiempo para eso.

–¿Quieres que llame a alguien?

–No, dentro de un rato llamaré a mi padre, pero está en Nueva Jersey con mi hermana.

–¿Alguien más que quieras que lo sepa? –le preguntó él, que se dio cuenta de que se estaba metiendo donde no lo llamaban, pero no le gustaba que Allison tuviera que pasar por aquello sola. Esta miró a la ventana con lágrimas en los ojos.

–No.

–De acuerdo. Avísame si cambias de opinión.

–Gracias por todo –dijo ella, mirándolo a los ojos–. ¿Sabes una cosa? Sois increíbles.

–¿Perdona?

–Joanna y tú. La forma en que habéis trabajado juntos para sacarme al niño ha sido increíble, como si fuerais uno. La mayoría de la gente vive soñando con esa sintonía en una relación.

–Trabajamos bien juntos.

–Va mucho más allá de una relación laboral. Cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta de que os queréis.

Rio miró a Sara, que parecía estar más ocupada en la limpieza que en la conversación, aunque el médico no era tonto.

–Duerme un poco –le dijo a Allison en tono de burla.

–Te prometo que lo intentaré. Siempre que me prometas que te aferrarás a lo que sea que tengas con Joanna.

–Veré qué puedo hacer. Deséame suerte.

–Suerte –le dijo Sara sonriendo, aunque de espaldas.

–No necesitas suerte –dijo Allison–. No mientras os tengáis el uno al otro.

Después de despedirse de Sara y Allison fue a buscar a Joanna con una determinación que le hizo acelerar los pasos. Se había convertido en una parte muy importante de su vida, tal y como le había predicho su madre que haría la mujer que le cambiara la vida. Aunque nunca la había creído, pues nunca se había creído capaz de enamorarse tanto como lo estaba de Joanna, o que le doliera tanto la idea de perderla.

Decidió mandar al infierno sus antiguas ideas respecto al matrimonio. Valoraba a Joanna como persona, valoraba su amor, y si necesitaba un

papel para probarlo, lo tendría. Experimentó una sensación repentina de liberación al reconocer que había encontrado la verdadera libertad a través del amor que sentía hacia Joanna. Ahora solo tenía que encontrarla.

Joanna fue a Neonatología para ver a la niña de Allison y se encontró a Brendan O'Connor hablando con un terapeuta.

–Hola otra vez –lo saludó cuando hubo terminado la conversación con el otro médico.

–¿Qué hay, Joanna? Buen trabajo el del parto de Cartwright. A lo mejor te contratamos Cassie y yo para nuestro próximo hijo.

–Lo tendré en cuenta en los próximos dos años.

–Mejor dentro de siete meses.

–¿Cassie está embarazada otra vez? –preguntó ella con los ojos muy abiertos.

–Sí –contestó él con sonrisa de satisfacción–. No esperábamos que fuera tan pronto, pero Cassie siempre dice que las mejores cosas de la vida no se planean, y yo no podría estar más de acuerdo.

Joanna tampoco; ella desde luego no había planeado conocer a un médico arrollador, y a pesar de no ver futuro para ellos, nunca se arrepentiría de haber conocido, y amado, a Rio Madrid.

–Felicidades, Brendan, es fantástico. Dile a Cassie que la llamaré.

–Seguro que agradecerá una conversación adulta.

La comadrona pensó que quizá ella también iba a necesitar el hombro de su amiga para llorar en el futuro próximo. Repasó las filas de cunas, la mayoría con bebés prematuros.

–¿Dónde está la bebé Cartwright?

–Por el final. Está muy bien; probablemente la deje ir en un par de días.

–Qué buena noticia. Si no te importa me gustaría verla antes de irme.

–No hay ningún problema. Pero, solo para que lo sepas, ahora tiene otra visita.

–¿Está aquí el doctor Madrid?

–No, el doctor Billings, el neurocirujano.

–¿Es normal una revisión neurológica?

–No, y él no hace pediatría. Se presentó de repente y me preguntó si podía verla. Aparte de eso, no tengo ni idea de por qué está aquí.

–Dime una cosa, ¿está casado?

–No, ¿por qué? ¿Te interesa?

–No, curiosidad. Voy a ver a la niña –dijo, y fue, también para examinar al doctor.

Cuando una residente le señaló la cuna, Joanna se quedó dubitativa en el pasillo al observar al cirujano de pie frente a la incubadora. No hubiera adivinado que era médico de no ser por la bata que le cubría los vaqueros y por la etiqueta de la solapa. Tenía el pelo castaño, y la piel morena indicaba que había pasado mucho tiempo a la intemperie. Su expresión seria revelaba que muy bien podría acabar de recibir un shock, como por ejemplo, enterarse de que tenía una hija. Joanna se sintió como una intrusa y pensó en dejarlo solo, pero se dejó llevar por las preguntas sin

respuesta.

–Un bebé precioso, ¿verdad?

–Sí, lo es –contestó él, mirándola sorprendido.

–Soy Joanna Blake, la comadrona que asistió al parto –se presentó, ofreciéndole la mano.

–Doctor Lane Billings.

–Encantada. ¿Ha venido a revisar a la niña?

–No.

–¿Solo está de visita entonces?

–Podría decirse.

–Supongo que conoce a Allison –insistió ella, que pensó que era un hombre de pocas palabras, o que quizá le molestaba su curiosidad.

–Trabajó para mí.

–¿De verdad? Creía que trabajaba con abogados.

–No hasta hace siete meses. He estado fuera un tiempo; hace solo un mes que he vuelto al Memorial. ¿Cómo está?

–El doctor O'Connor dice que está muy bien.

–Me refiero a Allison. El doctor me dijo que había tenido un parto difícil, algo de preeclampsia.

–Lo ha pasado mal pero ya está bien. Lo más seguro es que se tenga que quedar unos días más –explicó, tomó aire y se arriesgó–. Dado que no tiene familia cerca, estoy segura de que le gustará verlo.

–Yo no estoy tan seguro.

–Oh, entonces no fue una separación amistosa.

–No sabía que estaba embarazada –dijo él, agachando la cabeza–. Si lo hubiera sabido no me habría ido como lo hice.

–A lo mejor debería decírselo.

–No estoy seguro de que me crea, y no la culparía –dijo él, y entonces la miró a la cara–. No tengo ni idea de por qué estoy contándole esto.

–Yo tampoco, pero Allison es mi amiga además de mi paciente y creo que debería hablar con ella.

–A lo mejor lo hago. Al menos puedo intentarlo.

–Se lo debe –dijo Joanna, señalando con la barbilla al bebé, totalmente ajena a todo.

El doctor Billings volvió a mirar a la niña, que también tenía el pelo castaño y un hoyuelo en la barbilla, como una copia en miniatura de su padre.

–Se lo debo a las dos. La vida es demasiado corta como para seguir cometiendo los mismos errores una y otra vez.

Joanna lo sabía muy bien, y por ello mismo sabía lo que debía hacer en cuanto dejara el hospital.

–Buena suerte –le deseó, y se fue, esperando que Allison y él pudieran arreglarse, si no formar una familia.

Ella también deseaba una familia, una que incluyera a Rio. Pero sabía que aquello no era posible, a menos que este estuviera dispuesto a cruzar los límites autoimpuestos que lo alejaban del compromiso También se dio cuenta de que cada día que pasara le resultaría más difícil alejarse de él. Por ello llegó a la conclusión de que dejar a Rio en aquel momento sería lo

mejor, antes de no poderlo dejar nunca.

Capítulo Once

Joanna recogió todas sus pertenencias y dio un último repaso a la habitación lila con añoranza y tristeza. Sabía que iba a echar de menos aquel lugar, pero más aún a Rio.

Al salir del hospital había ido a hablar con el administrador del Centro sobre si podía quedarse un tiempo en la sala de guardias, y había recibido una respuesta afirmativa a cambio de aceptar la mayor parte de las guardias durante los cuatro meses siguientes. Para ella no suponía ningún problema, pues necesitaría tener todas las horas cubiertas para no pensar en Rio o en lo mucho que echaba de menos a Joseph. Mientras tanto, se centraría en lo bueno que le había dado aquel día; había recibido una crítica estupenda y un aumento de sueldo sustancioso. Con una caja bajo un brazo y la ropa en perchas en el otro, bajó las escaleras y se quedó mirando el jaguar de la vidriera, que parecía juzgarla.

–Tengo que irme, no tengo elección.

De repente oyó un sonido de patas que venían trotando, y, para su sorpresa, Gabby se abalanzó sobre ella.

–Buen momento para ponerte sentimental conmigo. Aunque supongo que tan solo necesitas algo de atención y soy la única disponible. Bájate un segundo y te acaricio.

La perra obedeció sin dejar de menear el rabo. Joanna dejó sus cosas en el suelo y se sentó en el último escalón para rascarla detrás de las orejas. Se le llenaron los ojos de lágrimas y Gabby la miró con comprensión, como si entendiera lo duro que le era irse.

–Está bien –le dijo en voz baja–. Él va a estar bien. Después de todo, te tiene a ti; no me necesita.

–Claro que te necesita.

Joanna levantó la vista hacia la entrada, donde vio a Rio con las manos en los bolsillos, una camiseta negra ajustada y el pelo recogido en la nuca, mostrando el pendiente de oro. Casi el mismo aspecto que tenía la noche que lo había abandonado en el baile, salvo por el traje y la sonrisa. Le dio un vuelco el corazón. Dudó si lo había oído bien; había dicho que la necesitaba. Aunque así fuera, pensó que necesitar y amar eran dos cosas diferentes, así que tenía que permanecer fuerte. Él se acercó y la contempló pensativo.

–Te he buscado por todo el hospital.

–Me pasé por Neonatología para ver a la hija de Allison.

–Yo también, pero probablemente te acababas de ir.

–Probablemente.

–¿Vas a algún sitio? –le preguntó al ver sus cosas.

–No puedo quedarme –contestó ella mientras se levantaba con lágrimas

en los ojos y las rodillas temblorosas–. No tal y como están las cosas entre nosotros.

–Ven conmigo arriba –le pidió él, dándole la mano–. Quiero enseñarte una cosa.

–No creo que…

–Confía en mí; es importante.

Como si no tuviera voluntad, le dio la mano y lo siguió por la escalera. Entraron en el dormitorio de Rio, donde este la sentó en el sillón frente a la chimenea. El olor a leña quemada mezclada con el incienso le recordaron a la noche anterior, en que el doctor había apagado su fuego dentro de ella, una llama que aún seguía viva a pesar de sus esfuerzos por apagarla. Pero no era fácil ignorar al doctor Madrid, que cruzó la habitación hacia su mesilla de noche. Ella se concentró en el movimiento de su trasero bajo el vaquero desgastado y pensó que era una dicotomía entre el hombre sensual y el doctor consumado. Otra cosa que adoraba de él. Rio regresó con una cajita color jade, que abrió tras sentarse a su lado. Dentro había un anillo de plata con un topacio.

–Era de mi madre –explicó–. Se lo dio mi padre cuando se casaron. Por lo visto se lo compró a un vendedor ambulante en San Diego con todo el dinero que tenía.

–Qué historia más bonita –comentó Joanna, mientras contemplaba el anillo.

–Pruébatelo.

Ella lo miró a los ojos y él, sin esperar respuesta, lo sacó de la caja y se lo puso en el dedo anular de la mano izquierda.

–Es perfecto –dijo–. Lo sabía.

–No puedo aceptarlo, Rio –protestó Joanna, que no comprendía lo que estaba sucediendo. No sabía si le estaba dando un regalo de despedida, una prueba de su afecto, algo para recordarlo…–. Tiene que tener un valor sentimental enorme.

–Te pertenece, Joanna. Como nos pertenecemos el uno al otro.

–No entiendo –dijo ella, casi sin habla.

–Sí entiendes. Te estoy diciendo que te quiero, que estoy dispuesto a comprometerme contigo y con Joseph, y quiero demostrártelo.

–¿Dándome un anillo?

–El anillo es un símbolo, pretendo darte más –le explicó, y la besó en los labios–. Mi madre me habló una vez de una ceremonia maya en la que los amantes se unen para siempre. Pero no le presté mucha atención, así que supongo que tendremos que seguir el rito contemporáneo, con una licencia y una persona oficial que lleve la ceremonia.

–¿Me estás pidiendo…?

–Que te cases conmigo, sí. Me doy cuenta del daño que te hizo tu ex marido y sé que probablemente te aterrorice todo lo que tenga que ver con el matrimonio y, créeme, a mí también, pero prometo darlo todo por hacerte feliz.

–Me encanta mi trabajo –dijo ella, que se moría de ganas de decirle que sí, pero antes tenía que aclararlo– y pretendo seguir haciéndolo pase lo que pase con nosotros.

–Hoy, cuando hemos trabajado juntos –comenzó él, agarrándole las manos–, no recuerdo haber admirado nunca tanto a nadie. Eres fuerte y lista y muy buena en tu trabajo.
–¿Entonces he cambiado tu opinión sobre las comadronas?
–Mi madre era comadrona. Atendía a mujeres indigentes que no podían pagar un seguro, y yo la ayudaba de adolescente. Normalmente las atendía muy bien, hasta que una noche una chica joven murió mientras yo estaba allí de pie mirando, incapaz de hacer nada por ayudarla. Después de aquello mi madre lo dejó, y yo me prometí que haría todo lo que estuviera en mi mano por que nada semejante volviera a pasar.
–¿Es lo que te llevó a ser tocólogo?
–Sí. Aparte de aquella noche horrible, mi madre me enseñó muchas cosas y yo no había sido capaz de comprenderla hasta que te conocí. Era una gran mujer.
–Tu madre crió a un niño horrible que resultó ser un médico fantástico, un hombre maravilloso que yo estaría encantada de tener como marido.
–Estás diciendo…
–Sí.
–¿Qué?
–Sí –repuso ella, que manifestó su alegría en una carcajada–, quiero casarme contigo.
–Gracias a Dios, prensé que a lo mejor me mandabas al infierno –le confesó él, aliviado, tomándole la cara entre las manos–. Siempre seré sincero contigo, Joanna, lo juro.
–Me he dado cuenta de que para confiar en ti antes tengo que confiar en mí –contestó ella, agarrándole las manos–, en lo que siento. Y ahora mismo me siento muy bien.
–Aún no puedo creer que le hayas dicho que sí a un granuja como yo.
–¿Sabes una cosa? Te habría dicho que sí si me lo hubieras pedido anoche. Qué demonios, te habría dicho que sí la primera noche, cuando me besaste en Nochevieja.
–Te habría pedido algo más esa noche si te hubieras quedado.
–¿Y qué me habrías pedido?
–A lo mejor te lo enseño –dijo, y la besó apasionadamente, para luego meterle la mano por debajo de la blusa. De repente se quedó quieto y apoyó la frente en la de Joanna.
–Debes de estar muy asustado –dijo esta, abrazándole el cuello–; estás temblando.
Él levantó la vista y entonces ella por fin lo vio, un sentimiento que no había visto antes, o quizá no se había atrevido a percibir por si se equivocaba. Pero estaba allí, en sus ojos, un amor tan interminable como su ternura, y tan fuerte como su magnética mirada.
–Tiemblo porque te deseo demasiado –dijo él al fin–. Ha pasado mucho tiempo.
–Rio, hace menos de veinticuatro horas.
–Demasiado para mi gusto.
Entonces la tomó en brazos y la tumbó en la cama, donde le quitó el resto de la ropa, dándole besos en las zonas que desnudaba con cada

prenda. Cuando la desvistió del todo, Joanna estuvo a punto de rogarle que detuviera aquel tormento. Entonces él la penetró con suavidad y le dio un beso profundo y lleno de significado.

–No voy a abandonarte, Joanna –le dijo, mientras se movía con un ritmo pausado.

–Lo sé.

Era cierto; lo sabía desde el fondo de su corazón. Se agarró a Rio y dejó salir todo su miedo. Mientras se dejaba llevar por un dulce orgasmo, pensó en lo fácil que era dárselo todo, lo fácil que era amarlo, confiar en él. Rio se deshizo con un largo temblor y una declaración de amor que ella respondió con una propia. Permanecieron unidos un largo rato e, incluso cuando se hubieron despegado, Joanna supo que ya nunca se separarían.

–Tengo noticias –dijo Rio entonces–. Creo saber quién es el padre.

–Lane Billings.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo encontré en Neonatología y poco menos que me lo confesó. ¿Y tú?

–Te estaba buscando por la planta y me preguntó por Allison. Le informé y fue a su habitación corriendo, no sin antes mencionar algo sobre hacer las paces.

–A Allison le queda un camino duro por delante y espero que esté con ella.

–Yo también lo espero. Van a tener que enfrentarse a muchas cosas, pero con un poco de suerte serán tan felices como nosotros.

–¿De verdad eres feliz? –le preguntó Joanna, que levantó la cabeza para buscar algo de indecisión en su mirada.

–Muy feliz –contestó él, besándola por toda la cara–. Pero ¿sabes qué otra cosa me haría feliz? Que volvieras a la Escuela de Medicina. Podría tener una buen compañera.

–¿Así que por eso te casas conmigo, para tener un compañero disponible?

–Me caso contigo para tener una compañera de por vida, pero creo que serías una obstetra genial.

–Rio –comenzó ella, que se sentó frente a él–, espero que lo entiendas, pero no necesito ser médico. Soy feliz como comadrona y creo que es algo muy honorable.

–Yo también. Entonces podríamos abrir una clínica sin ánimo de lucro con dinero del coronel. Yo conseguiré lo que haga falta del hospital sin cargo. ¿Qué te parece?

–Absolutamente maravilloso –dijo–. Haremos un gran equipo, tú y yo.

–Ya lo hacemos. Y contrataremos un montón de personal, pero mientras tú logras que las cosas marchen, yo puedo encargarme de cuidar a Joseph, ser un verdadero padre para él, y así ensayar para nuestros hijos.

–Oh, me olvidaba –exclamó Joanna, y se estiró para tomar el inalámbrico junto a la cama.

–¿Qué haces? ¿Vas a pedir una pizza? Yo tengo hambre de otra cosa.

–Paciencia, doctor –le dijo ella mientras le quitaba la mano de los senos–, tendremos un montón de tiempo.

–Me gusta como suena.

–Hola, cariño –saludó ella, más alegre aún al oír la voz pizpireta de su hijo–, soy mamá; tengo una sorpresa. Joseph, cariño, por fin te he encontrado un papá.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

